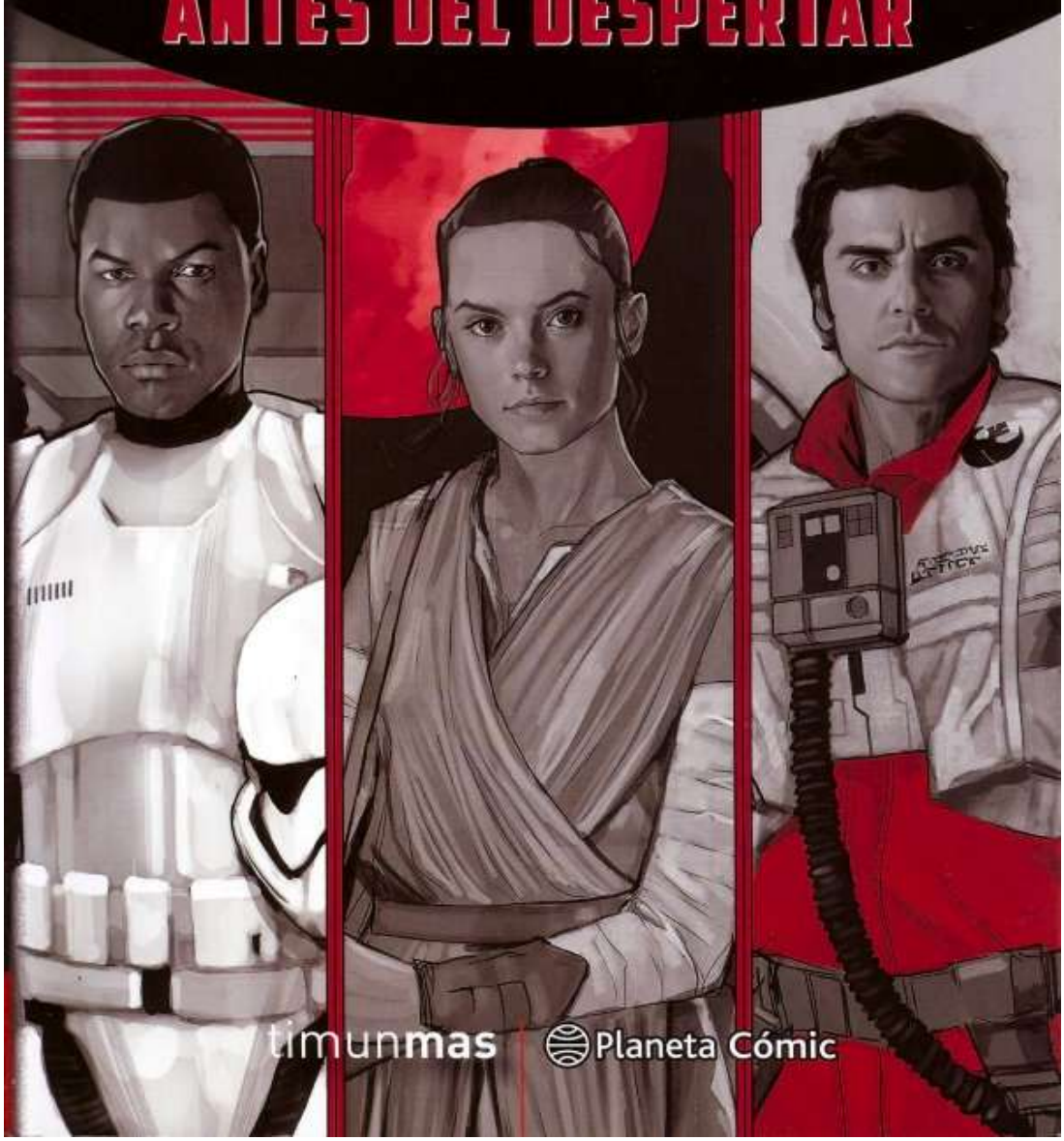
RUMBO A **STAR WARS: EL DESPERTAR DE LA FUERZA**

GREG RUCKA

STAR WARS™

ANTES DEL DESPERTAR



timunmas | Planeta Cómic

ANTES DE QUE SE UNIERAN PARA COMBATIR A LA MALVADA PRIMERA ORDEN, REY, POE Y FINN LLEVABAN VIDAS MUY DISTINTAS.

REY era una solitaria que vivía de lo que encontraba en el planeta desierto Jakku.

POE era un piloto de primera categoría de la República.

Y **FINN** era simplemente FN-2187, un soldado de asalto prometedor pero receloso.

Estas son sus historias, esto es lo que ocurrió…

ANTES DEL DESPERTAR.

Antes del despertar

Greg Rucka

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Before the Awakening*

Autor: Greg Rucka

Arte de portada: Phil Noto

Ilustraciones: Phil Noto

Traducción: Daruma (Serveis Lingüístics, S. L.)

Publication del original: diciembre 2015

días, semanas y meses antes de El Despertar de la Fuerza, 34 años después de la batalla de Yavin

Digitalización: Bodo-Baas

Revisión: Satele88

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

23.05.16

Base LSW v2.21

Declaración

TODO EL TRABAJO de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

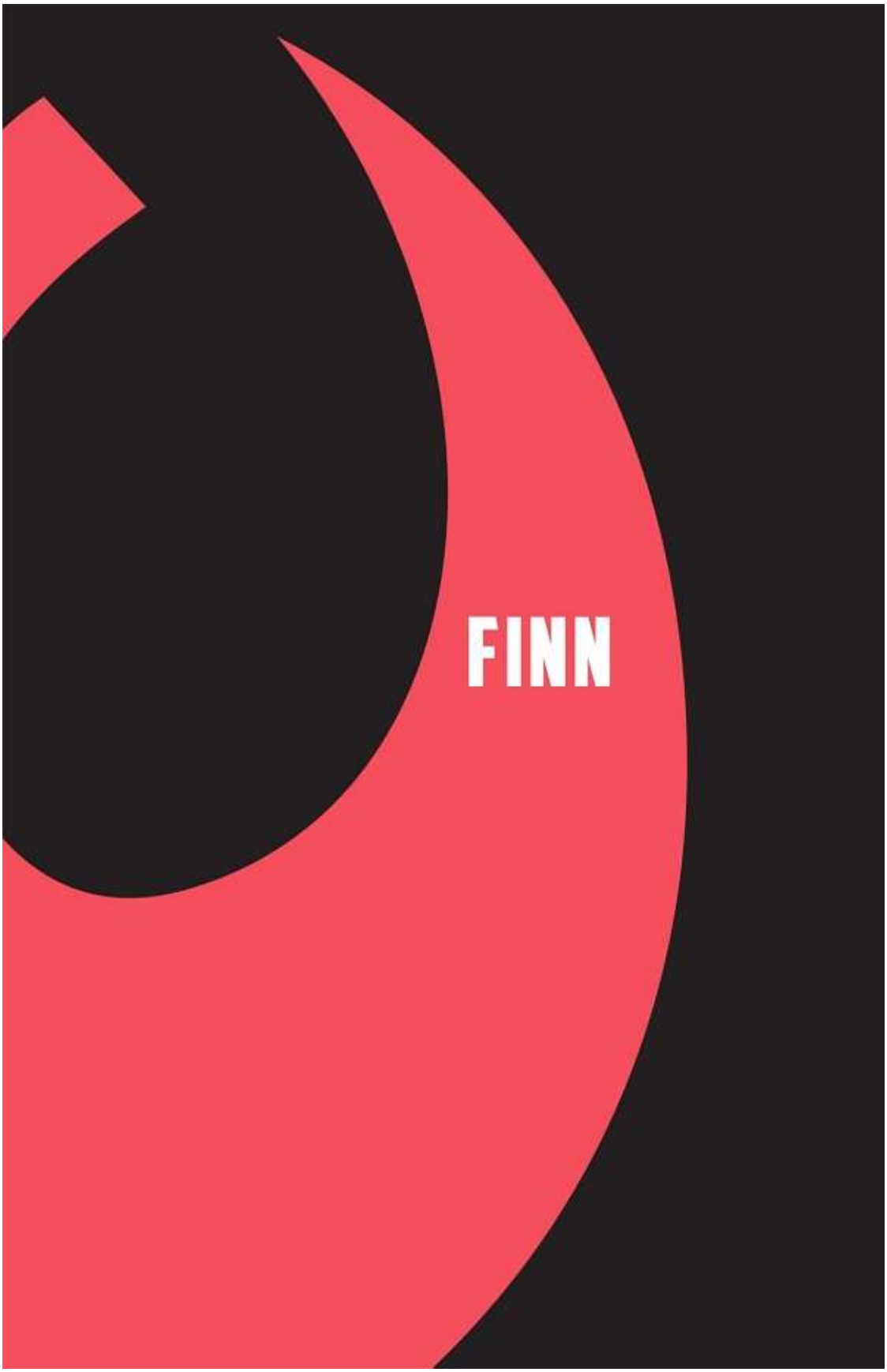
HACE MUCHO TIEMPO, EN UNA GALAXIA MUY, MUY LEJANA…

Una sombra se cierne sobre la galaxia. Donde antes había paz y esperanza, ahora hay miedo y una amenaza de guerra. La PRIMERA ORDEN se alza, su poder está creciendo y puede que la NUEVA REPÚBLICA sea incapaz de detenerla.

Entre los millones de millones de seres de la galaxia, tres individuos se verán arrastrados hasta el corazón del conflicto. Todos ellos desempeñarán un papel fundamental en los acontecimientos que se avecinan. Todos ellos se enfrentarán a la oscuridad. Todos ellos lucharán para alcanzar la luz.

FN-2187 es un SOLDADO DE ASALTO entrenado por la Primera Orden atenazado por las dudas. En Jakku, una joven que se hace llamar REY se esfuerza para mantenerse en un aislamiento necesario para su propia supervivencia. Y entre las estrellas, POE DAMERON lucha para servir a una República en la que siempre ha creído, mientras poderes siniestros amenazan con quebrantar su determinación.

Estas son sus historias en los días, semanas y meses previos al DESPERTAR DE LA FUERZA.


FINN

ERAN CUATRO EN LA ESCUADRA Y, puesto que gritar cosas como «FN veintiuno ochentaisiete, ¡vigila tu espalda!» era un engorro, sobre todo cuando el fuego de los blásters perforaba el aire a su alrededor, usaban siempre versiones más cortas. En presencia de los oficiales, sobre todo ante la capitana Phasma, siempre empleaban las designaciones apropiadas, por supuesto. Pero en los barracones y en combate, se llamaban por los nombres que se habían puesto unos a otros y los nombres que se habían dado a sí mismos.

FN-2199 era Nueves, simplemente porque le gustaba como sonaba, tan sencillo como eso. FN-2000 le había pedido a todo el mundo que le llamaran Ceros, porque estaba orgulloso de que le hubiera tocado un número tan redondo como designación. Pensaba que le hacía especial y, o bien nadie le había dicho nunca que ser un cero no era nada de lo que sentirse orgulloso o no le importaba lo más mínimo.

FN-2003 era el único con un mote de verdad: lo llamaban Slip. Siempre les había parecido un poco más lento, un poco más torpe que los otros miembros de la escuadra, y no sólo por una cuestión física. En ocasiones —en las sesiones informativas, en las prácticas, en los entrenamientos—, tenías la sensación de que las órdenes no se le quedaban del todo; de que o no entendía o no era capaz de entender lo que tenía que hacer ni cómo hacerlo.

Cuando alguien quería acortar su designación, FN-2187 era tan solo Ochentaisiete. No lo hacían muy a menudo. Era, en la opinión del personal de entrenamiento y de sus compañeros, uno de los mejores soldados de asalto jamás vistos. Tenía todas las cualidades que sus instructores podían desear —leal, solícito, valiente, listo y fuerte—. Fuera cual fuese la prueba, fuera cual fuese la evaluación, FN-2187 se encontraba sin ningún género de duda en el uno por ciento superior. Así era FN-2187, de camino a convertirse en un soldado de asalto de la Primera Orden ideal. Al menos, eso era lo que todos pensaban.

Menos el propio FN-2187.

FN-2003 —Slip— se había quedado atrás.

FN-2187, Ceros y Nueves se habían puesto a cubierto tras los restos de una muralla del perímetro exterior, con la sección que estaban protegiendo aún más o menos intacta pero agujereada y agrietada por innumerables disparos de bláster. La pared marcaba el borde del recinto de la República, todavía bien defendido, y el fuego de saturación dirigido contra ellos resultaba devastador. Los rayos de un azul brillante crepitaban sobre sus cabezas y se estrellaban contra la pared con tanta fuerza que los soldados podían sentir su impacto incluso a través de la armadura.

—Lo ha vuelto a hacer —dijo Ceros, dándole un codazo a FN-2187 y apuntando hacia atrás, desde donde habían avanzado.

FN-2187 se acuclilló y miró en la dirección que le indicaba su compañero. Todos parecían indistinguibles con la armadura de asalto, pero dentro de su casco, junto a la casi constante transmisión de información proyectada a través de las lentes —telemetría, soluciones de tiro, condiciones atmosféricas, todo lo necesario, incluyendo la cantidad de munición de su rifle bláster— aparecían etiquetas individuales cada vez que miraba directamente a otro soldado y el ordenador de su traje leía identificaciones amigas. Según la misma transmisión, 2187 podía ver que Slip se encontraba justo a 29,3 metros de distancia, agachado a cubierto bajo los restos de un deslizador republicano destrozado por los disparos.

También veía algo que Slip no podía ver: un escuadrón de cinco soldados republicanos avanzando hacia él, invisibles desde el flanco izquierdo. FN-2187 levantó su rifle, apuntando, pero sabía antes de que su casco lo confirmara que estaban fuera de su alcance. Podía abrir fuego, pero no había manera de que pudiera dar en el blanco.

—Está acabado —dijo Nueves—. Tenemos que avanzar.

—Es uno de los nuestros —protestó 2187, bajando el rifle.

—Tenemos un objetivo —replicó Ceros. Sacudió un pulgar sobre su hombro, apuntando hacia la base—. Está allí. Si volvemos a por él, estamos fritos.

Con el rostro oculto por el casco, FN-2187 frunció el ceño. Sí, tenían un objetivo, y sí, estaban rodeados de enemigos, y sí, Ceros tenía razón. Su objetivo estaba en el recinto: una posición enemiga defendida por un bláster pesado de repetición. Y los soldados republicanos que se encargaban de él sabían cómo hacer su trabajo. Los habían visto liquidar a dos escuadrones completos durante su avance. La única razón que se le ocurría a 2187 para que no se hubieran encargado todavía de Slip era que quienquiera que estuviera a cargo del gatillo estaba esperando para ver si alguno de ellos iba a hacer justo lo que FN-2187 estaba pensando hacer: volver a por él.

—Se nos acaba el tiempo —lo apremió Ceros.

FN-2187 miró hacia atrás por encima del hombro, en dirección al recinto. El terreno era irregular y había suficiente cobertura para un avance bajo fuego sostenido. Sería más liso cuanto más se adentraran en el recinto y se acercaran al emplazamiento del bláster pesado, pero era factible si lo hacía bien.

—Ceros, a la izquierda. Nueves, a la derecha —dijo FN-2187—. A mi orden. Esperad en la pared interior.

—Vamos a echar por tierra la misión —replicó Nueves.

—Esperad en la pared interior —repitió 2187—. ¡Ya!

2187 se daba cuenta de que Nueves y Ceros estaban descontentos con la situación, pero eran soldados de asalto, y eso quería decir que, cuando recibían órdenes, las cumplían, y lo hacían con rapidez. Se movieron de inmediato, y 2187 esperó un instante, dejando que cada uno atrajera el fuego enemigo, antes de lanzarse hacia adelante. El terreno era igual de malo en esa dirección. Escarpado, desigual y salpicado con rocas rotas y restos de la batalla. Las nubes, negras y espesas del fuego de los motores se adherían al suelo, rodando de un lado a otro como una marea irregular. Corrió los primeros doce metros, tratando de permanecer agachado, zigzagueando entre puntos de cobertura y saltando de vez en cuando los obstáculos en su camino.

Había recorrido la mitad de la distancia cuando uno de los soldados republicanos lo vio y dio un grito de alarma que resonó por todo el campo de batalla, al tiempo que abría fuego. FN-2187 se lanzó hacia delante, rodando hasta un cráter recién formado, y se quedó tumbado durante un segundo antes de apoyarse en los codos de un salto. Disparó dos veces antes de volver a tirarse al suelo, rodó hacia la derecha y volvió a disparar tres veces. Le complació ver que había liquidado a dos enemigos.

Pero aún quedaban otros tres, y ahora iban a por él.

FN-2187 buscó en su radio.

—FN-2003, ¡comprueba a la derecha, comprueba a la izquierda!

Escuchó estática y a continuación la voz de Slip:

—¡No los veo!

—¡*Tu* izquierda!

Otro estallido de estática, tan alto que provocó una mueca en FN-2187. Rodó de nuevo hasta su posición original y se acercó lentamente hacia el borde del pequeño cráter, justo a tiempo para ver a Slip abrir fuego contra los soldados republicanos que quedaban rodeando su posición. Ahora 2187 podía tomarse su tiempo. Apuntó con cuidado y acarició el gatillo de su rifle bláster tres veces seguidas. El último de los soldados enemigos cayó al suelo.

—¡Ven aquí! —gritó, pero no tendría por qué haberse molestado, puesto que Slip había abandonado su posición y corría hacia él. FN-2187 rodó sobre su espalda, dejando sitio en el cráter mientras Slip se deslizaba a su lado y lo golpeaba en el protector del pecho con tanta fuerza que sonó como si estuviera llamando a una puerta.

—Gracias, 2187 —dijo Slip—. Gracias, tío. Pensé que ibais a dejarme atrás.

—Eres uno de los nuestros —señaló en la dirección de la que había venido—. Pégate a mi espalda.

—Justo detrás de ti.

FN-2187 se dio otro momento para recuperar el aliento y entonces se impulsó fuera del cráter, con Slip trepando tras él. El fuego de la base republicana parecía haberse

reducido, pero FN-2187 sabía que no era más que una ilusión, que era tan intenso como antes, sólo que menos concentrado. Por supuesto, ese había sido su plan: separando a Ceros y Nueves había obligado al enemigo a dividir su atención y eso le había proporcionado el espacio que necesitaba para alcanzar a Slip. La parte negativa era que ahora Ceros y Nueves estaban aislados, acorralados sin lugar al que escapar.

Pero eso también tenía sus ventajas, se dio cuenta 2187. Con el fuego enemigo dividido, tenía una apertura directa hacia el bunker, hacia el repetidor pesado y su objetivo. Lo único que tenía que hacer era actuar con rapidez y no perder los nervios.

Empezó a correr más rápido. A su espalda, oía a Slip esforzándose por seguirle el ritmo, pero ya no podía preocuparse por eso, pensó. Si lo conseguía, si podía hacerlo tan rápido como debía, no importaría si Slip lo seguía o no. Sí lo conseguía, no sólo alcanzaría su objetivo, además lo cumpliría sin ninguna baja en su escuadra.

Otra nube de humo llenó su campo de visión mientras la atravesaban los rayos rojos y azules del fuego de los blásters —los de Ceros y Nueves y también los del enemigo—. Oía su respiración, amplificada dentro del casco, sentía su pulsó latiéndole en las sienes. El bunker estaba delante, la información que aparecía en sus lentes indicaba que el objetivo se encontraba a veinte metros, luego a quince, a diez.

Entonces lo detectaron, pero ya era demasiado tarde. Podía ver movimiento dentro del bunker, a los soldados republicanos a cargo del arma reaccionando ante la visión de su carrera hacia ellos e intentando girar el cañón a tiempo. Podía imaginarse cómo lo veían, la inmaculada armadura blanca, el símbolo de unidad, fuerza, poder y destreza que era un soldado de asalto de la Primera Orden.

Justo antes de que lo tuvieran a tiro, se lanzó hacia abajo, deslizándose con los pies por delante hacia el borde del bunker —una mano sujetando su rifle contra el pecho, la otra alcanzando una de las granadas de su cinturón—. Rodó sobre sí mismo en el último momento, al tiempo que presionaba con fuerza el activador con el pulgar mientras colisionaba con la pared del bunker. Con un movimiento fluido, levantó la mano y arrojó la granada a través de la apertura, dentro del bunker. Casi al instante notó el sonido y el destello del explosivo detonando. Lo sintió resonar, con la vibración reverberando a través de su armadura.

Por un momento se hizo el silencio, interrumpido tan solo por la respiración de FN-2187 al tratar de recobrar el aliento.

El mundo parpadeó, se congeló y desapareció. Donde antes había un puesto republicano sin nombre, donde antes había soldados republicanos y de asalto muertos, ahora sólo quedaban cuatro paredes y un suelo de metal completamente liso. Donde antes había un campo de batalla, sólo quedaba la habitación de simulaciones, vasta, vacía, fría y estéril. En lo alto de la pared, pudieron ver la ventana de observación, con un cristal tan oscuro que hacía imposible apreciar quién estaba dentro.

En ese momento, la voz de la capitana Phasma resonó a través de altavoces ocultos.

—Simulación completada. FN-2187, FN-2199, FN-2003, preséntense para ser evaluados e informados.

—Han completado el objetivo —dijo el General Hux—. Eso es así.

—Han completado el objetivo gracias al talento para el liderazgo de FN-2187 —añadió la capitana Phasma.

Permanecieron de pie, una junto al otro, frente a la ventana de observación, contemplando como la escuadra desfilaba fuera de la habitación de simulaciones debajo de ellos. Era evidente que tres de los cuatro estaban exultantes, palmeándose la espalda y los hombros, satisfechos con su actuación. Pero el cuarto —FN-2187, Phasma lo sabía— los seguía un poco retirado, sin unirse del todo al grupo. Mientras ella y Hux observaban, 2187 se detuvo en la salida, mirando en su dirección. Phasma se preguntó qué estaría pensando.

—Se aísla de los demás —dijo Hux volviéndose hacia ella—. Un buen líder, parte de su unidad, pero manteniendo las distancias.

—Si eso es lo que está haciendo, general.

—¿Tiene usted dudas? —Hux alzó una ceja—. Expóngalas.

—Estos soldados de asalto serán los mejores que la Primera Orden haya producido jamás —planteó Phasma—, he supervisado cada etapa de su entrenamiento, desde su ingreso a su despliegue. Esta clase es ejemplar.

—Y aun así tiene dudas, capitana. Me gustaría oírlas.

—No sobre esta clase.

Hux suspiró, bordeando la irritación.

—FN-2187 —continuó Phasma— tiene el potencial para convertirse en uno de los mejores soldados de asalto que he visto nunca.

—Por lo que acabo de ver, capitana, estoy de acuerdo.

—Pero su decisión de dividir la escuadra y regresar a por FN-2003 es problemática. Habla de la posibilidad de… un nivel de empatía peligroso. Ha oído lo que ha dicho.

—¿«Eres uno de los nuestros»?

—Sí, señor. Aunque apoyo por completo la cohesión de la unidad, general, la lealtad de un soldado de asalto ha de ser superior, como bien sabe. Ha de ser a la Primera Orden, no a sus camaradas.

Hux echó un vistazo hacia la ventana, escudriñando la habitación de simulaciones vacía.

—Confío en que se deshará de las impurezas del grupo, capitana —dijo Hux—. Dondequiera que se encuentren.

La sala de reuniones, como todas las otras secciones de la base en las que la capitana Phasma supervisaba su entrenamiento, era austera hasta el punto de resultar estéril. Sin embargo, eso no significaba que careciera de color. Entre la amplia variedad de grises

industriales siempre había negro y, por supuesto, rojo (aunque en general este se reservaba para la insignia de la Primera Orden). Pero fue sólo cuando los soldados de asalto en prácticas se quitaron los cascos cuando el color de verdad apareció: en la complexión pálida y los ojos color avellana de Slip; en los ojos tan azules que casi asustaban de Nueves y su cabello rojo; en la cicatriz que se había curado sobre la mejilla de Ceros, contrastando clara sobre su piel oscura; en el propio reflejo de FN-2187, sorprendido en esos raros momentos frente al espejo en los que se preparaba para una inspección o en la superficie pulida de las mesas de la cantina.

Cuando llevaban la armadura, todos eran iguales, y ese era el objetivo, lo sabía. Pero disfrutaba de esos momentos en los que podía ver su variedad y su diversidad, esos momentos en los que podía atisbar a las personas debajo de la armadura y verlos como algo más que soldados sin rostros ni nombres, identificados por letras y números y nada más.

No sabía mucho de la vida más allá de su entrenamiento, ni tenía, de hecho, muchos recuerdos de un tiempo anterior. Lo que sabía era lo que le habían enseñado, y lo que le habían enseñado era sencillo: la Primera Orden se mantenía firme ante las depravaciones de la República. La Primera Orden trajo el orden a una galaxia sin ley. Lo poco que había visto de la galaxia había sido filtrado a través de su entrenamiento, a través de los ojos de la Primera Orden, pero no había necesidad o razones para dudar de su veracidad.

Aun así, quería verlo con sus propios ojos.

Quería saber qué había allá afuera. Como todo el mundo en su escuadra, estaba esperando el día en que los movilizarían por primera vez, cuando podrían tomar sus habilidades y su entrenamiento y ponerlos en práctica por fin sirviendo a la Primera Orden, bajo el mando del Líder Supremo. Estaba esperando su oportunidad para defender a los habitantes de la galaxia de todos aquellos que los amenazaban.

Tales eran sus pensamientos mientras permanecía sentado en la sala de reuniones junto a Slip, Nueves y Ceros, todos aún con la armadura pero ya sin los cascos, esperando a que llegara la capitana Phasma. Slip estaba nervioso, notó 2187, aunque Nueves y Ceros no lo estuvieran. FN-2187 no estaba seguro de cómo debería sentirse. Sabía de manera empírica que lo había hecho bien; de hecho, había sido el responsable de que hubieran completado la simulación de forma satisfactoria. Eso debería ser suficiente para llenarle de orgullo, incluso de una sensación de éxito. Sin embargo, no podía sacudirse de encima la impresión de que, de algún modo, había cometido un error, de que había dado un paso en falso.

Las puertas se abrieron deslizándose con un siseo y 2187 se puso en pie de inmediato, a la vez que sus compañeros, todos ellos con la mirada fija al frente y colocándose en posición de firmes. La capitana Phasma entró en la habitación con la misma autoridad y resolución, la misma precisión sin tacha, con las que parecía hacerlo todo. Su armadura, al contrario que las de ellos, relucía como la superficie de un estanque en calma; mientras caminaba hasta la parte delantera de la habitación, pudo ver como se reflejaban sus imágenes, distorsionadas y curvadas.

No hubo preámbulos. Nunca los había. La capitana Phasma los miró de hito en hito, examinándolos, y al fin dijo:

—Aceptable.

FN-2187 había aprendido que «aceptable» era lo más cerca que la capitana Phasma estaba nunca de decir «bien hecho» o «buen trabajo».

—FN-2000, estás malgastando la munición —continuó Phasma—. Telemetría indica que has disparado ciento veintisiete tiros, con un índice de aciertos de menos de cinco a uno. Mañana se te asignará al campo de tiro durante tu segundo servicio. Espero una mejora destacable e inmediata.

Ceros se estiró todavía más y respondió:

—Sí, capitana.

El reluciente casco se desplazó de manera casi imperceptible hacia la izquierda. Era otra de las cosas que 2187 había notado acerca de su capitana; nunca sabías con exactitud a quién o qué estaba mirando. Pensó que era a Slip, pero, en cambio, se dirigió a Nueves.

—FN-2199, los biosensores detectaron que tu frecuencia cardiaca estaba un ocho por ciento por encima del nivel aceptable, con un retraso adicional de veinte segundos en la vuelta de sobreesfuerzo a pulso en reposo. Tu peso ha aumentado un dos por ciento sin el correspondiente aumento de masa muscular. Modificaremos tus comidas y comenzarás un entrenamiento físico adicional mañana en el segundo servicio.

—Sí, capitana —respondió Nueves.

Phasma no se movió, ni siquiera un ligero desplazamiento en el ángulo de su casco, pero FN-2187 estaba cien por cien seguro de que ahora estaba mirando a Slip. No dijo nada. El silencio se alargó y, mientras continuaba, empezó a cambiar. FN-2187 pudo ver cómo Slip se ponía más y más nervioso, luchando contra la necesidad de decir algo. El silencio se hacía cada vez más denso, hasta el punto de que también 2187 podía sentirlo. Se encontró a sí mismo exhortando a Slip en silencio para que permaneciera callado, para que se limitara a esperar, porque de algún modo se daba cuenta de que, si Slip hablaba, cometería un error, y eso era justo lo que la capitana Phasma quería que hiciera.

Al fin, habló:

—FN-2187, tu puntería ha sido ejemplar. Según la simulación, has disparado tu arma tan solo treinta y seis veces, y has conseguido muertes en treinta y cinco de los tiros. Has utilizado un explosivo, cuyo resultado ha sido el cumplimiento del objetivo y la muerte de otros seis enemigos.

Esta vez, todos vieron cómo movía la cabeza mientras los miraba uno a uno.

—Todos vosotros deberíais tomar ejemplo de FN-2187 —dijo la capitana Phasma—, podéis retiraros. FN-2187, quédate.

Los demás recogieron sus cascos y se dirigieron a la puerta. Slip le echó una última mirada antes de que se cerrara de nuevo. FN-2187 permaneció de pie.

—¿Por qué regresaste a por FN-2003? —preguntó Phasma.

—Es uno de los nuestros —respondió FN-2187.

—Esta no es la primera vez que le has ayudado. Tus instructores han notado en múltiples ocasiones que le has estado asistiendo en varias de sus obligaciones. ¿Por qué lo haces?

—Sólo somos tan fuertes como nuestro eslabón más débil, capitana.

—Estoy de acuerdo.

—Gracias, capitana.

—Quiero que dejes de comportarte así.

Pestañeó, sorprendido:

—¿Capitana?

—Somos tan fuertes como nuestro eslabón más débil, FN-2187. Aunque creas que estás tratando de reforzar ese eslabón, te aseguro que eso no es lo que está pasando. En vez de arreglar el problema, estás permitiendo que persista. Como resultado, estás debilitándonos a todos, de hecho. Más aún, te estás debilitando *a ti mismo*.

FN-2187 frunció el ceño y una arruga surcó su frente.

—Capitana Phasma, yo no…

—Tienes un gran potencial, 2187. Tienes madera de oficial del cuerpo. Tu deber es para con la Primera Orden por encima de todo. No debe haber nada antes que eso. FN-2003 debe resistir por sí mismo o caer él solo. Si resiste, la Orden se verá reforzada. Si cae, nos ahorrará su debilidad. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, capitana.

—Noto cierta vacilación.

—No, capitana. Ninguna.

—Así que esto se ha acabado.

Tragó saliva antes de asentir.

—Sí, capitana.

—Entonces eso es todo. Puedes retirarte.

A FN-2187 le llevó un par de días tras su éxito en la simulación —y la advertencia de la capitana Phasma— darse cuenta de que algo había cambiado. La actividad en la base y su entrenamiento parecían estar repuntando: una nueva urgencia silenciosa permeaba todo lo que hacían, todo lo que debían hacer. La instrucción parecía de repente más intensa. Sus clases y lecciones, que hasta entonces se habían centrado en los deberes de un soldado de asalto —en tácticas para unidades pequeñas, mantenimiento de armas, estructura en integración militar— dieron paso a discusiones sobre auténticos despliegues, especialización de deberes y escenarios localizados con posiciones conocidas y con nombre propio. Durante la mayor parte de una semana, estudiaron diferentes batallas históricas, muchas de las Guerras Clon, otras incluso anteriores, y fueron examinados sobre ellas.

Eran soldados de asalto, pero no del todo aún. Eran cadetes, y como cadetes tenían deberes adicionales aparte del entrenamiento. Tales deberes incluían desde el mantenimiento de la armería a pequeñas reparaciones en el equipo, pasando por trasladar el equipo de una localización a la siguiente. A menudo debían desempeñar esta última tarea a mano, pero, cuando lo que tenían que mover era demasiado grande, con frecuencia contaban con la ayuda de droides de carga pesada. Pero sus obligaciones no acababan aquí: también fregaban el suelo, vaciaban la basura, trabajaban en la cocina preparando la comida…

El tiempo libre para relajarse, simplemente descansando en los barracones o leyendo libros o viendo vídeos aprobados por la Primera Orden, desapareció. Siempre había algo que hacer, algún sitio al que ir, otra sesión en el simulador o más platos por fregar. Siempre había alguien vigilando su rendimiento, sin importar qué estuvieran haciendo, alguien para decirles que tenían que trabajar más rápido, más duro, que lo tenían que hacer *mejor*.

No les quedaba mucho tiempo para pensar, hasta el punto de que FN-2187 empezó a preguntarse si no sería esa la intención.

Aunque el horario se había vuelto extenuante para todos, era Slip quien se llevaba la peor parte. Nunca había sido bueno bajo presión y sus errores se volvieron más habituales. Sometido a escrutinio, cada error se magnificaba. Infracciones menores —un plato roto cuando lavaban la vajilla, un *pack* de baterías guardado en la estantería equivocada en la armería, cosas que le podrían haber pasado a cualquiera— se trataban de forma punitiva y *todos* ellos eran castigados, no solo Slip.

Nueves y Ceros no ocultaban su creciente resentimiento. Incluso FN-2187 lo notaba. Veía a Slip esforzándose cada vez más y pensaba en ayudarle, en tratar de aliviar su carga, en facilitarle las cosas. Pero entonces recordaba a la capitana Phasma y, en vez de eso, no hacía nada.

No le gustaba cómo le hacía sentir la situación, casi como si estuviera enfermo, como si algo en el estómago le provocara náuseas. No ayudaba el hecho de que no viera ninguna señal de que cualquiera de los otros —ya fuera Nueves o Ceros— se sintiera como él. Estaba seguro de que estaba solo en esto.

Empezaba a preguntarse si era él quien tenía algún problema.

Dos veces al día tenían sesiones de moral obligatorias, en las que se requería que todo el mundo dejara lo que estuviera haciendo y dirigiera su atención al holoproyector más cercano para ver un discurso grabado del Comando Superior, casi siempre del mismísimo general Hux. Tales discursos se intercalaban con noticias que mostraban las deplorables condiciones en las que se encontraba toda la República: las hambrunas de Ibaar y Adarlon, el brutal exterminio de la población de Balamark, los descontrolados avances alienígenas a través del Borde Exterior. Siempre las seguía al menos una historia sobre

una victoria de la Primera Orden, la liberación de un campo de trabajo en Iktotch o una batalla de la flota en el sector Bormea, Todos vitoreaban y FN-2187 se dio cuenta de que Slip gritaba más fuerte que los otros, quizá porque lo estaba pasando tan mal con todo lo demás.

Por su parte, a FN-2187 no le impresionaban demasiado las sesiones de moral y las consideraba una pérdida de tiempo que podría usarse mejor en otras cosas. Después de todo, eran miembros de la Primera Orden; no es que ninguno de ellos fuera a olvidar quiénes eran o por qué estaban luchando. Aplaudía cuando tenía que aplaudir, jaleaba cuando tenía que jalear, vitoreaba cuando era lo correcto. Pero lo hacía sin ganas y se preguntaba si también en esto era el único. Quizá Nueves o Ceros se sentían igual. Quería preguntarles, pero le daba miedo. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si de verdad era el único que se sentía así?

—No puedo esperar a entrar en combate —dijo Ceros.

Estaban en la cantina, apresurándose en vaciar sus platos. Todo en su día estaba reglamentado, con un número de minutos asignado para bañarse, vestirse, entrenar, comer. Si excedías el límite, alguien venía a quitarte el plato mientras tratabas de terminarlo. Todos habían aprendido a comer deprisa o a pasar hambre. El resultado era que si tratabas de hablar y comer al mismo tiempo, fracasabas en las dos tareas. El comentario de Ceros, por tanto, resultaba un tanto sorprendente.

Nueves se rio.

—Tienes la cara cubierta de crema numiana, Ceros. No dejes que la capitana Phasma te pille así.

Ceros se limpió el estropicio con el dorso de la mano y se inclinó sobre su plato.

—Ya llega, se nota en el aire. No más ejercicios. Un despliegue de verdad.

FN-2187 lo miró con curiosidad.

—¿Sabes algo que nosotros no sabemos? —le preguntó.

—Oí hablar a algunos de los oficiales de instrucción.

Esto captó la atención de todos.

—¿Y de qué hablaban? —preguntó Slip.

—Están acelerando nuestro entrenamiento. Dicen que tenemos que estar listos.

—Tiene sentido.

FN-2187 usó la esquina de un trozo de pan para rebañar el resto de la crema de su plato. La comida, como tantas otras, no había sido diseñada por su sabor, sino por su eficiencia —rodajas finas de carne demasiado hecha en una salsa numiana que sabía más a tiza que a otra cosa—. Pero era sustanciosa y les proporcionaba energías; de eso se trataba.

—Espero que sea pronto —dijo Slip—. De veras, espero que lo sea.

—No lo esperes demasiado —Nueves vació su vaso, lo dejó sobre la mesa con brusquedad y clavó la mirada en Slip—. Tal y como vas, tu primer despliegue será también el último.

—Eh —intervino FN-2187—, es uno de los nuestros. Estamos juntos en esto.

Nueves y Ceros cruzaron las miradas.

—¿Sí? —repuso Ceros—. Pues tal y como le va, preferiría que estuviéramos solo los tres.

La expresión en el rostro de Slip lo decía todo. De hecho, hizo que FN-2187 se preguntara si no tendría también dudas.

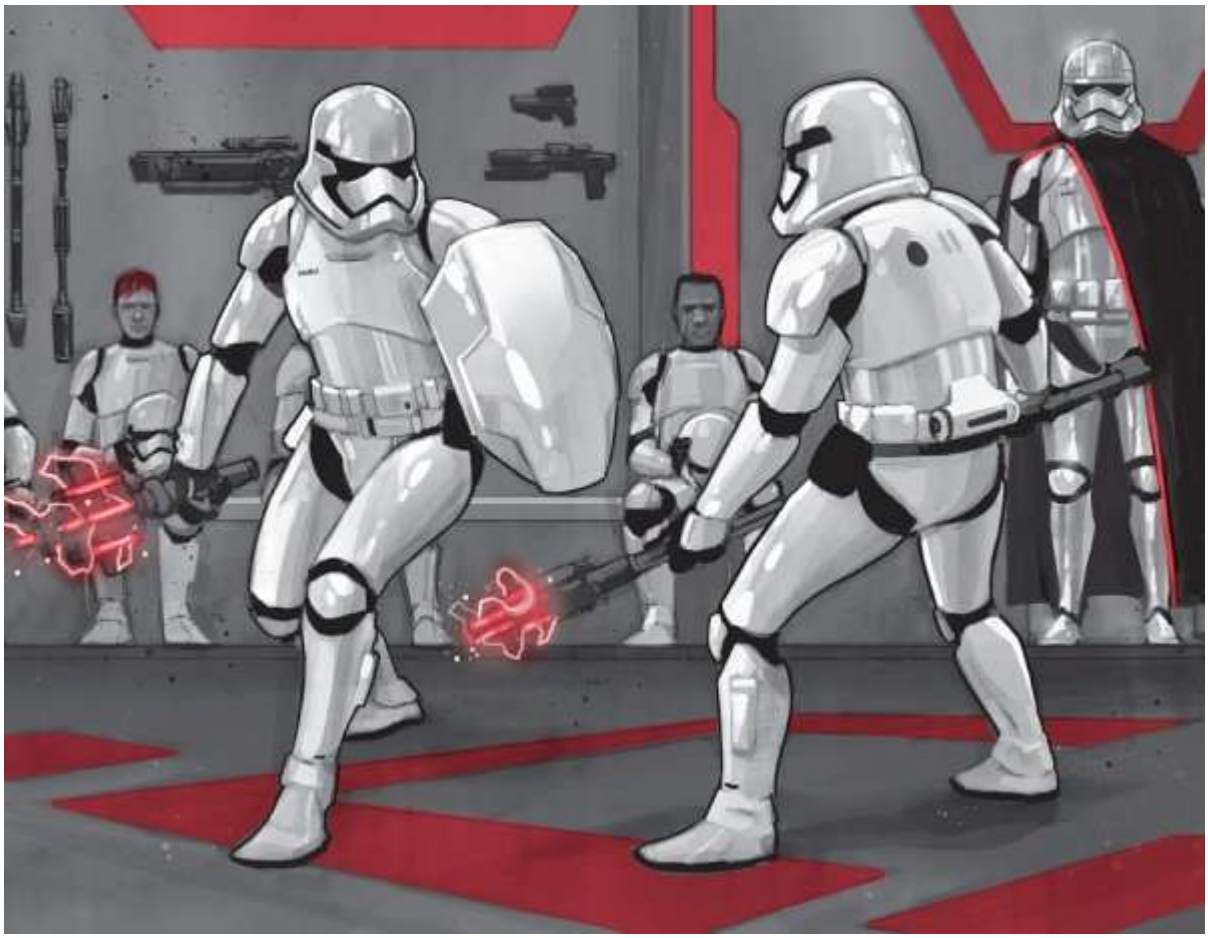
Puede que FN-2187 no estuviese solo después de todo.

Fuera por la razón que fuera, tuviera razón Ceros o no, el entrenamiento sí se aceleró. Tenían simulaciones dos y tres veces al día; en ocasiones ejecutaban misiones de combate como una única escuadra; otras, aunaban esfuerzos con los miembros de un escuadrón mayor.

Habían participado dos veces en batallas *multiforce*, asaltos a la base en los que su simulador estaba conectado a las acciones de otros cincuenta, todos funcionando al mismo tiempo. Hubo combates masivos, con apoyo aéreo total, avance de tanques, incluso bombardeos desde órbita de naves capitales. Los TIE chillaban sobre sus cabezas, enfrentándose a los cazas estelares de la República en combates aéreos que dibujaban estelas a través de cielos simulados.

FN-2187 descubrió que, de hecho, disfrutaba con las simulaciones, tanto que casi le sorprendió. Los ejercicios eran simples: los soldados de asalto tenían un objetivo claro, sabían quién era su enemigo y, para ser sinceros, por serias que pudieran ser las simulaciones, al fin y al cabo no eran más que un juego, uno al que sabía jugar. En ese ambiente era fácil seguir el consejo de la capitana Phasma, dejar que Slip resistiera o cayera solo. Cuando Slip se iba a pique —y siempre lo hacía— en realidad no importaba, porque nada de todo eso era auténtico, ¿verdad?

Después de la segunda simulación de batalla *multiforce*, la Capitana Phasma elogió a FN-2187 delante de todos los participantes. Hizo que se colocara delante de toda la reunión informativa —y esta vez eran cientos, todos los pilotos, soldados de asalto e instructores; parecía estar todo el mundo—. Habló de su destreza, su eficiencia y su crueldad, de que todos los aprendices podían sacar algo de él si lo observaban. Hizo que se sintiera incómodo, incluso avergonzado, hasta el punto de que agradeció llevar el casco puesto y que nadie le viera la cara.



A la mañana siguiente empezaron el entrenamiento intensivo de combate cuerpo a cuerpo. Este se desarrollaba fuera de los simuladores, en una de las habitaciones de ejercicios diseñada para este propósito. En el pasado, FN-2187 y los otros habían sido entrenados en combate cuerpo a cuerpo, trabajando con pies y puños en espacios cerrados. Esta vez encontraron la habitación preparada con expositores y estanterías repletos de armas forrando las paredes.

El instructor ilustró el uso de cada arma, las vibro-hachas, los bastones eléctricos, las picas de fuerza y las mazas resonadoras, explayándose en los puntos fuertes y débiles de cada una y cómo y cuándo emplearlas con el mejor efecto. Les explicó las aleaciones usadas para fabricar las armas y cómo parte del equipo era tan resistente que podía bloquear incluso un sable láser. FN-2187 se preguntaba al respecto no si era cierto, sino si alguna vez se esperaría de ellos que lucharan contra alguien armado con un sable láser. Según la Primera Orden, los Jedi se habían extinguido.

Al finalizar la explicación, los instructores repartieron las armas. FN-2187 se encontró con una maza y un escudo. Ceros y Slip acabaron cada uno con picas de fuerza, Nueves tenía una vibrohacha y un escudo. Les indicaron que todas las armas alimentadas llevaban tan solo una carga nominal, lo que hacía imposible que pudieran penetrar la armadura de un soldado de asalto.

Empezaron los ejercicios, primero con los movimientos básicos —posición, ataque, bloqueo— y luego con repeticiones, una y otra vez, hasta que FN-2187 pudo notar la transpiración corriendo por su espalda dentro del traje que llevaba bajo la armadura. Cuando terminaron, le dolían los brazos del esfuerzo de sujetar la maza y el escudo, pero también se sentía satisfecho por el placer de aprender algo nuevo, y de hacerlo rápido y bien.

A la mañana siguiente retomaron el entrenamiento donde lo habían dejado, pero esta vez añadiendo combates. Los instructores elegían a dos aprendices para que se pusieran en guardia uno frente al otro. Daban la señal y entonces empezaban: armas balanceándose por el aire, mientras las figuras de armadura blanca chocaban, bloqueando, golpeando y esquivando hasta que alguno de los dos era derribado o alguno de los instructores declaraba un ganador. El combatiente perdedor volvía a unirse a los otros esperando su turno en una fila en la pared de la habitación, mientras que el ganador se quedaba y volvía a empezar.

FN-2187 se dio cuenta de que, alimentadas o no, con armadura o sin ella, las armas podían causar un daño real. En dos ocasiones habían tenido que ayudar a los aprendices a levantarse, uno con dedos rotos por un golpe de maza demasiado salvaje, el otro apuñalado por la punta de una pica de fuerza que se había escapado de un plato de armadura y había perforado la membrana que unía las piezas.

Slip fue el primero de su escuadra en ser llamado al ring y, por un momento mientras observaba a su amigo pelear, FN-2187 pensó que quizás esa era una de las cosas en las que Slip destacaba. Su trabajo de pies era consistente y acertado y mantenía su pica de fuerza sujeta de manera correcta. No estaba cometiendo ningún error estúpido.

No le duró demasiado.

El oponente de Slip también llevaba una pica. Estaban intercambiando golpes por sexta vez, de mango a mango, como si pelearan con bastones, cuando de repente el rival de Slip dio un paso atrás, hizo girar la pica sobre su cabeza con ambas manos y le asestó un golpe que provocó tal chasquido sobre el casco de Slip que sonó como si el refuerzo —y su cabeza— se hubiera partido en dos. Slip trastabilló y su oponente dio la vuelta al arma, levantó el otro extremo con la misma fuerza y lo estrelló contra la barbilla de Slip. Esté cayó como una piedra, y cuando los instructores le retiraron el casco, FN-2187 pudo ver que tenía sangre en la boca y la mirada vidriosa.

Slip volvió a la cola.

La persona que aguantó más tiempo en el ring fue Ceros. Duró cuatro encuentros sin falla, pero entonces fue el turno de FN-2187 y su suerte terminó. La pica de fuerza le daba a Ceros mayor alcance y comenzó pisando fuerte, pero FN-2187 tenía su escudo y descubrió con rapidez que cuando lo inclinaba de la manera correcta, podía redirigir las estocadas casi en cualquier dirección que quisiera. Ceros trató de atacar cuatro veces —

abajo, abajo, arriba y blandiendo la pica con ambas manos hacia el corazón de FN-2187—. FN-2187 lo bloqueó, doblando el escudo hacia su derecha, para que, cuando el golpe rebotara, Ceros perdiera el equilibrio y se fuera agotando. FN-2187 giró sobre sus pies en dirección contraria, acercó la maza por debajo con la otra mano y golpeó a Ceros justo por encima de la rodilla y lo lanzó al suelo, desmadejado.

—¡Ganador! —gritó uno de los instructores.

FN-2187 soltó la maza para intentar ayudar a Ceros a levantarse agarrándole por el codo, pero Ceros se lo sacudió de encima con un enfado evidente incluso tras la armadura. FN-2187 imaginó que era porque había acabado con su buena racha.

Sin embargo, aquel era tan solo el inicio de la buena racha de FN-2187. El siguiente aprendiz que se enfrentó a él pertenecía a un grupo distinto, el FO, armado también con una maza y un escudo. La pelea duró tres segundos. FN-2187 fintó un golpe por encima de la cabeza con la maza y, cuando su oponente levantó el escudo para bloquearlo, le golpeó con el suyo propio y lo derribó. Sus dos siguientes oponentes también eran FO, uno con otra pica de fuerza y uno con escudo y espada. El segundo le llevó más tiempo, casi un minuto entero, antes de apañárselas para despojarlo de su escudo; entonces sólo tuvo que esperar a que se abriera un hueco y golpear en el momento preciso.

Llegó el turno de Nueves, con su vibrohacha y su escudo, y si a FN-2187 le había parecido que Ceros se había enfadado al perder, Nueves empezaba del mismo humor. Comenzó con un golpe directo a la cabeza de FN-2187 y lo siguiente que supo fue que Nueves lo estaba embistiendo, cuerpo a cuerpo, las armaduras entrechocando mientras lo empujaba por toda la zona de entrenamiento. Le costó toda su fuerza mantenerse en pie y no ofrecerle a Nueves otra abertura para el hacha. Finalmente, FN-2187 se deshizo de su escudo y usó la mano libre para agarrar la muñeca de Nueves. Giraron sobre sí mismos y FN-2187 clavó el hombro en el pecho de Nueves, con lo que consiguió desequilibrarlo el tiempo suficiente como para aumentar la distancia entre ambos. Pero antes de que pudiera recuperar su escudo, Nueves se volvió a lanzar contra él y FN-2187 se encontró usando la maza con ambas manos, deteniendo a golpes los ataques de Nueves a medida que llegaban. Sentía su corazón palpitando dentro de la armadura, el eco de su respiración mientras se volvía trabajosa. Le sobrevino el pensamiento, inesperado y sorprendente, de que Nueves pensaba que eso era *real*, no un ejercicio o un entrenamiento.

La vibrohacha cayó de nuevo, apuntando a su brazo, y FN-2187 la esquivó con un salto hacia atrás. Ambos rivales caminaban en círculos, tanteándose. Nueves realizó una finta con el hacha, balanceó el escudo y estuvo a punto de alcanzar su costado, pero FN-2187 se las apañó para subir la maza justo a tiempo para bloquearlo. Previó lo que iba a pasar antes de que Nueves se moviera, sabía que el hacha iba a volver a asestar un tajo y, esa vez, en lugar de apartarse, dio un paso adelante, bajo la guardia de Nueves. La maza estaba mal colocada, con la pesada cabeza hacia el suelo, así que en vez de eso, FN-2187 estrelló el mango contra el casco de Nueves. Este aterrizó sobre su espalda y se quedó tumbado, aturdido por un momento.

FN-2187 recogió su escudo y se lo colocó de nuevo en el brazo. No se acercó a ayudar a Nueves.

Con este hacían cuatro, lo que le empataba con la racha de Ceros.

El quinto encuentro fue contra Slip y, desde el primer momento, FN-2187 se dio cuenta de que algo iba mal. Quizás era por el golpe que Slip había recibido en la cabeza o por algún otro motivo, pero se movía con lentitud. Su trabajo de pies, antes impecable, era vago y torpe. La pica de fuerza se le escapaba de la mano, no de manera evidente, pero sí lo suficiente como para que la punta estuviera demasiado baja, de manera que a FN-2187 le iba a resultar fácil apartarla de en medio o incluso desarmarlo por completo. Dentro del casco, con el sabor del sudor en la boca, FN-2187 dirigió la mirada hacia los instructores, observándolos, buscando una señal de que veían lo mismo que él, que Slip no estaba en condiciones, de qué no iba a ser en absoluto una pelea justa. Los instructores permanecían impasibles, de pie, uniformados, con las manos a la espalda. En sus expresiones sólo se revelaba un ligero interés. No había signos de compasión.

Slip arremetió contra él y FN-2187 frenó el ataque con facilidad, retirando la punta de la pica con su escudo hacía la izquierda. Slip la siguió, incapaz de detenerse a tiempo y perdiendo el equilibrio de manera evidente. FN-2187 dio un paso atrás a fin de darle espacio para recuperarse. De nuevo, echó un vistazo a los instructores. Uno de ellos, le pareció, fruncía el ceño.

FN-2187 balanceó la maza formando un pequeño arco, sin poner demasiada fuerza en ello, poco menos que anunciando el movimiento. Slip apenas colocó su defensa a tiempo y fue incapaz de lanzar un riposte. Otro vistazo a los instructores, y esta vez ambos fruncían el ceño. Slip trató de cambiar su agarre de la pica y la balanceó como una vara, pero FN-2187 la esquivó sin pensarlo siquiera. Se le presentó otra abertura y casi la aprovechó, pero por algún motivo no fue capaz.

Se dio cuenta de repente de que, si perdía, Slip tendría que luchar contra el siguiente.

Se dio cuenta también de que a quienquiera que luchara contra Slip después no iba a importarle que ya estuviera herido, que otra herida fuera a ser demasiado para él.

«Eres uno de los nuestros», pensó FN-2187.

Atacó con la maza con un movimiento ascendente que Slip bloqueó, pero apenas sin fuerza. La parada destrozó la guardia de Slip, que levantó las manos y la pica casi por encima de su cabeza, con lo que dejó el pecho expuesto. FN-2187 dio un paso al frente, abriéndose paso con el escudo, empujando más que golpeando, mientras al mismo tiempo colocaba su pierna izquierda tras la derecha de Slip. Apenas tuvo que hacer presión; de repente, Slip estaba tumbado de espaldas, FN-2187 estaba sobre él y el instructor gritaba:

—¡Ganador!

Entonces fue cuando FN-2187 vio el reflejo cromado, el destello de luz de una armadura bruñida, y se dio cuenta de que la capitana Phasma los estaba observando.

Dio un paso atrás, esperando mientras Slip se ponía de pie tambaleándose.

El siguiente rival era de otra escuadra, la FL, pero a FN-2187 no le importó ni apenas prestó atención al combate. Estaba convencido de que Phasma le había estado

observando, aunque no podía asegurarlo. El aprendiz de la FL blandía dos armas, una espada y un hacha, y era salvaje con ambas. En este punto, la mente de FN-2187 iba a mil por hora —pensando en Slip, Nueves y Ceros y en Phasma mirándolo—, y no fue una sorpresa cuando el mundo estalló con un fulgor blanco al acertarle la empuñadura de la espada en la mandíbula y notar el sabor de su propia sangre. Un momento estaba de pie y al siguiente se encontraba tendido sobre su espalda, contemplando las luces del techo a través de las lentes del casco.

Se levantó y ocupó su lugar en la cola.

—Tengo una pregunta para ti, FN-2187.

—Sí, capitana.

—¿Estabas jugando con FN-2003? ¿Es eso lo que he visto?

FN-2187 dudó, y era consciente de que con ese simple hecho ya molestaba a la capitana Phasma. Si estaba enfadada, no lo sabía. Al otro lado del casco, su voz siempre sonaba modulada con cuidado.

—FN-2003 había sido herido en un combate previo —contestó—. No quería infligirle más daño.

—Ya veo —su casco se volvió hacia él, los ojos ocultos buscando los suyos y, de repente, FN-2187 se sintió expuesto de manera horrible, de pie en la sala de reuniones con su armadura y su casco bajo el brazo, a solas con ella—. No querías que peleara contra otra persona, contra alguien que no… se compadeciera de su situación.

—No, capitana.

—Tu objetivo era sencillo.

—Gané el combate, capitana.

—Pero primero consideraste perder contra él, ¿no es así?

FN-2187 no respondió.

—Un auténtico soldado de asalto no tiene lugar para la compasión —le dijo Phasma—. Un auténtico soldado de asalto es la extensión de la Primera Orden, de la voluntad del Líder Supremo Snoke, nada menos. ¿Crees que el Líder Supremo habría dudado, FN-2187?

—No, capitana.

—Reúne a tu escuadra —le ordenó Phasma—. Vais a ser movilizados.

Se trasladaron de la base al transporte y de ahí a la órbita, acompañados de otra media docena de escuadrones de principiantes, todos ellos con armaduras y rifles. Los rifles eran nuevos, ya no versiones de entrenamiento, sino armas reales: rifles bláster F-11D, cargados con auténtica munición y preparados para la batalla. Su primera visión del Destructor Estelar, majestuoso y ominoso al mismo tiempo, fue a través de las ventanas del casco, según apareció a la vista, primero de una pequeñez casi imposible, creciendo poco a poco hasta parecer inmenso a medida que la lanzadera aceleraba en su dirección.

—Esto está pasando de verdad —dijo Nueves, y a FN-2187 le pareció que lo decía maravillado, como si nunca hubiera imaginado que fuera a llegar tan lejos.

—¿Dijo la capitana adónde vamos o lo que vamos a hacer? —preguntó Slip.

—No —contestó FN-2187.

—Claro que no —intervino Ceros—. No va a compartir con unos simples soldados de asalto los planes del Líder Supremo, o los planes del General Hux, o los suyos propios. No está pidiendo nuestra opinión. Necesita que alguien haga un trabajo y cuenta con que ese alguien seamos nosotros.

Atracaron en el muelle principal y desembarcaron en formación, marchando tal y como les habían enseñado. Filas de cazas TIE/FO colgaban de los embarcaderos por encima de sus cabezas, resplandecientes a la luz de la plataforma de amarre, y FN-2187 tuvo que esforzarse para no quedarse mirándolos —naves de verdad, tan cerca—. Por intuición sabía que no existía una diferencia apreciable entre los cazas que colgaban sobre él y los que había visto volando por encima de su cabeza tantas veces en las simulaciones y, sin embargo, de un modo extraño, esto parecía distinto. Su poder resultaba palpable, incluso siniestro, esperando allí arriba como una manada de mynocks salvajes dormitando.

El oficial de cubierta, un hombre entrado en años con un uniforme inmaculado que le iba a la medida, los estaba esperando. Los separó por escuadras y les dio indicaciones sobre sus alojamientos. FN-2187 descubrió que les habían asignado unos barracones casi idénticos a los que habían dejado atrás en la superficie, con la única diferencia de que los de a bordo de la nave estaban ocupados por soldados de asalto «de verdad», quienes los ignoraron por completo mientras encontraban sus catres y almacenaban los equipos. Apenas habían tenido tiempo de quitarse los cascos y ponerse cómodos cuando oyeron la orden por el sistema de megafonía de la nave: todos a cubierta preparados para el hiperespacio. Y en menos de un minuto, FN-2187 sintió la nave estremecerse y ya estaban volando más rápido que la luz.

—Carne fresca —dijo uno de los soldados—. ¿Quién es quién?

Slip sonrió y se señaló a sí mismo y a los demás.

—Cuerpo FN. Slip, Ceros, Nueves y FN-2187.

—Deja que adivine —dijo el otro—. FN-2187 está al mando, ¿verdad?

—Así es.

Los soldados fijaron la mirada en FN-2187.

—Sin mote. Eres uno de esos.

—¿Uno de esos qué? —preguntó FN-2187.

El soldado de asalto rio. Parecía tener veintitantos, pero había en sus ojos un brillo duro, y su risa no sonaba alegre.

—Un marginado, cadete. Estás fuera y siempre vas a estar mirando desde la distancia, preguntándote por qué no encajas.

Los demás soldados rieron, incluyendo a Nueves y a Ceros, incluso Slip.

El despliegue tuvo lugar en una colonia minera establecida en un campo de asteroides artificial conocido como la Caída de Pressy. Tiempo atrás, había sido un satélite rico en minerales, pero la mena estaba enterrada en las profundidades y, en lugar de desarrollar operaciones en la superficie y perforar la mina, algunos ingenieros con predilección por los explosivos habían decidido que la mejor solución era volarlo en pedazos. Esos pedazos flotaban ahora en el Borde Exterior del sistema de Pressyla, junto con tres planetas inhabitables y una enana roja, que hacía brillar los fragmentos de la luna perdida con una luz infernal.

El fragmento más grande era la base de las operaciones mineras: el desarticulado complejo de refinería que cubría la mayor parte de la superficie se asentaba en las profundidades de la roca. FN-2187 no estaba seguro de qué era lo que estaban extrayendo; las opiniones variaban. Algunos de los soldados decían que era combustible, vital para las operaciones de la flota de la Primera Orden. Otros, que era algún tipo de mena necesaria para la generación de los escudos de las naves. Un soldado de asalto afirmó que era gas tibanna, pero era evidente que se equivocaba.

Lo que FN-2187 *sabía* era que estaban allí para «restablecer el orden», según la información que les había facilitado la misma capitana Phasma. Agentes de la República, les había contado, se habían infiltrado en las operaciones mineras y estaban saboteando el equipo y creando animosidad entre los mineros. La presencia de la Primera Orden era necesaria para poner fin a la situación, para que los mineros volvieran al trabajo y prevenir nuevos retrasos.

El suyo fue el segundo escuadrón en subir a la lanzadera, y este viaje fue diferente del que los había llevado al Destructor Estelar. Esta vez, FN-2187, Slip, Ceros y Nueves permanecieron en formación de combate durante todo el trayecto, junto con otras tres escuadras de soldados de asalto, algunos cadetes y otros veteranos con experiencia. Todos ellos estaban asegurados y armados con munición real y granadas; una de las escuadras, como pudo ver FN-2187, llevaba bastones eléctricos y redes de jaula neuronal, armas diseñadas para el control de masas, con el objetivo de reprimir más que de matar.

Se posaron dentro de la instalación principal, la rampa descendiendo incluso antes de detenerse por completo. Existía la preocupación de que toparan con cierta resistencia —disturbios o incluso saboteadores— al llegar, por lo que efectuaron una salida de combate, con todos los soldados de asalto desembarcando en sucesión rápida, con los rifles preparados. La maniobra se desarrolló sin errores, tal y como FN-2187 y los demás habían hecho cien veces antes en los simuladores, hasta que emergieron en un inmenso muelle de carga ocupado ya por otro transportador de la Primera Orden. El techo se alzaba casi cincuenta metros por encima de ellos, tallado en la roca y sujeto con andamios que goteaban agua oxidada, lo que daba lugar a charcos salobres, rojos y verdes, por todo el suelo. De varios soportes colgaban luces artificiales de diez metros de largo, parpadeando de manera irregular. Bajo sus pies, FN-2187 notaba una vibración apagada,

que imaginaba causada por los taladros que perforaban la piedra mucho más abajo. Aparte de un puñado de droides de mantenimiento en el muelle, no había señales de ocupación.

Uno de los veteranos, un sargento, ordenó a FN-2187 que llevara a su escuadra a la entrada del muelle y la asegurara. FN-2187 colocó a Ceros a la cabeza y ocupó la segunda posición, con Slip detrás de él y Nueves en la retaguardia. Las puertas eran enormes, casi llegaban hasta el techo, y se hincaron en la tierra al abrirse. Una oleada de ruido se vertió sobre el muelle, el sonido de innumerables máquinas trabajando, lo que FN-2187 imaginó que debía de ser la refinería propiamente dicha.

El muelle se abría a una enorme caverna, de al menos doce kilómetros de ancho y más profunda de lo que alcanzaba a ver. Ráfagas de vapor y humo teñido de verde se alzaban desde abajo, hinchándose como el aliento de una bestia oculta y dormida. La condensación empapaba las paredes; fluía en ondas regulares, goteaba como una lluvia perezosa. Los droides obreros flotaban por el vasto espacio en plataformas repulsoras, balanceándose y agachándose alrededor de las desvencijadas instalaciones de andamiaje. Estrechos puentes de vigas unían los distintos niveles, algunos de ellos en ángulos que parecían imposibles de mantener sin precipitarse hacia la muerte. Había plataformas sobresaliendo de las paredes de la caverna con un aspecto tan inestable como los puentes y los soportes, muchas de ellas cubiertas por lonas.

En una de las plataformas, casi directamente a su derecha, FN-2187 atisbo un movimiento y se giró, empuñando su rifle, a tiempo de ver a dos humanoides asomándose para observarlos. Uno era un talz, el otro un gran. Los vio durante un segundo antes de que se agacharan de nuevo y salieran de su vista, pero fue suficiente. El talz estaba demacrado, era alto y desgarbado y tenía sobre los brazos y los hombros zonas en las que le faltaba pelo, que dejaban al aire una piel despellejada, en carne viva. El gran estaba cubierto por cicatrices, lo que a FN-2187 le pareció el resultado de quemaduras, quizá químicas.

Ahora que los había visto, FN-2187 se dio cuenta de la presencia de los demás. Casi todos los mineros eran alienígenas, una mezcla tan variada como era posible en la galaxia. Y, sin embargo, todos ellos parecían malnutridos y enfermos, muchos de ellos con heridas evidentes. La mayoría ni siquiera dirigió la vista hacia los soldados de asalto y los que lo hacían apartaban la mirada con rapidez. FN-2187 sabía por qué y entendió que no estaban sólo asustados; estaban *aterrados*.

Sintió que el estómago se le revolvía. Por un momento, pensó que iba a vomitar dentro del casco.

Habían estado manteniendo la posición a la entrada del muelle durante casi tres horas cuando la radio de FN-2187 chasqueó en su oído. El muelle tras ellos se había vaciado de soldados hacía rato, cuando el sargento había conducido al resto de las tropas dentro de la

instalación, y Ceros, Nueves y Slip habían empezado a quejarse de lo aburrida que era su misión y de lo injusto que resultaba que les hubieran encasquetado la vigilancia de los transportes.

—FN-2187, responda —era la voz de Phasma.

—FN-2187. Adelante, capitana.

—Voy a enviar una unidad para que os releve. Cuando lleguen, procede con tu equipo hasta el nivel alfa-siete-siete, habitación cero-tres. Confirma.

—Confirmado.

Los otros lo miraban.

—Nos mandan un relevo —informó FN-2187—. La capitana Phasma quiere que nos traslademos a una localización distinta.

—Cualquier cosa tiene que ser mejor que esto —dijo Nueves.

—Podrías ser uno de estos mineros —repuso FN-2187.

—No me hagas reír. Se supone que no podemos reír cuando llevamos el uniforme, ¿recuerdas?

—No lo digo en broma.

—Podrían dejarlo si quisieran —dijo Slip. FN-2187 pensó en el muelle vacío tras ellos, ocupado tan solo por los transportes que les habían traído a ellos y a los demás soldados de asalto. No dijo nada más.

Su relevo, otra escuadra de cadetes, llegó. FN-2187 seleccionó el mapa que se había descargado al ordenador de su armadura de manera que se proyectara sobre su visión. Atravesaron el complejo siguiendo la pasarela de perímetro más estable y luego montaron en un enorme ascensor, que los sumergió más de cinco kilómetros antes de detenerse temblando en el nivel alpha-siete-siete. Cuando las puertas se abrieron, revelaron un paisaje similar al que habían dejado arriba, sólo que todavía más oscuro, con charcos extendiéndose por todo el suelo, tan profundos que sus botas salpicaban a cada paso que daban.

La capitana Phasma los estaba esperando al lado de una puerta marcada 0-3, acompañada por media docena de soldados de asalto.

—Presentándose a la orden —dijo FN-2187.

Phasma señaló la puerta cerrada y la capa se deslizó de su brazo mientras lo hacía. Su armadura emitía reflejos verdes y rojos.

—Los negociadores están dentro —dijo—. Tú y tu equipo me acompañaréis.

—¿Vamos a negociar con la República? —preguntó FN-2187 sin pensar. Se arrepintió al instante, y esperó que Phasma lo reprendiera.

—No, con los mineros en huelga —Phasma se dio la vuelta. Golpeó el panel de activación de la pared, abrió la puerta y los condujo adentro.

Cuatro humanoides se sentaban en el extremo más alejado de una mesa formada por una losa rectangular, en frente de la puerta. Sólo uno de ellos era humano, con los ojos hundidos y las mejillas hinchadas y brillantes por la cicatriz de una quemadura. Los otros eran un rodiano al que le faltaban dos dedos en la mano derecha, un abednedo y un

narquois. Todos se enderezaron en sus asientos cuando Phasma entró y observaron mientras la puerta se cerraba detrás de los soldados de asalto.

—¿Ha considerado nuestras propuestas? —preguntó el humano.

—Le he dado a vuestras propuestas la atención que merecen —Phasma miró a FN-2187 y al resto de la escuadra—. Matadlos.

Durante un momento, no pasó nada, ni un movimiento, ni una palabra, como si todos, tanto negociadores como cadetes, no estuvieran seguros de haber oído bien.

Entonces Slip abrió fuego.

A continuación Ceros, luego Nueves. FN-2187 se llevó el rifle al hombro, con el dedo en el gatillo y observó al abednedo a través de la mira. Vio sus ojos desencajados y todo su miedo, y en ese momento contempló una vida llena de sufrimiento que estaba a punto de terminar. Se dijo a sí mismo que quizá lo que estaba a punto de hacerle era un favor. Pero aun así, no pudo apretar el gatillo.

Al final no fue necesario.

Slip lo hizo por él.

En el Destructor Estelar había una sencilla habitación de simulaciones; FN-2187 reservó una hora en ella casi en cuanto estuvieron de nuevo a bordo. Seleccionó un programa de escalado básico, un escenario de combate de nivel bajo en un medio urbano que incrementara la dificultad de manera gradual. Comprobó su arma y entró en la simulación.

Al principio fue tan sencillo como siempre le había parecido. Un enemigo apareció —soldados republicanos, en este supuesto—, el rifle retrocedió con suavidad en sus manos y, de repente, ya no había enemigo. Otro salió desde detrás de una esquina y FN-2187 disparó de nuevo. El proceso seguía cierto ritmo y todos sus disparos iban a donde él quería. Un nuevo objetivo apareció, lo monitorizó, disparó mientras se movía y acertó el disparo. Los objetivos empezaron a aparecer más rápido y creyó que quizás esto apartaría sus pensamientos de lo sucedido, pero ocurría justo lo contrario: no podía dejar de pensar en los mineros.

No podía dejar de pensar en Phasma hablando con su escuadra, mientras los cuerpos de los negociadores aún no se habían enfriado en el suelo. En cómo se había colocado justo frente a Slip.

—Me tenías preocupada, FN-2003 —dijo—. Me alegra que no me hayas dado la razón.

—Gracias, capitana.

—Ahora sois soldados de asalto —dijo. Su casco se había girado de Slip hacia Ceros, hacia Nueves y, finalmente, hacia FN-2187. Le pareció que descansaba la mirada sobre él durante más tiempo que sobre los demás. Entonces se dirigió a todos ellos, golpeándose el peto de la armadura para dar énfasis a sus palabras:

—Ahora sois uno de los nuestros.

Ceros, Nueves y sobre todo Slip lo sintieron, la *creyeron*. De vuelta al muelle y en la nave que regresaba al Destructor Estelar, apenas habían sido capaces de contenerse, excitados, aliviados, orgullosos. Incluso los veteranos lo habían notado y les habían invitado a compartir una comida en la cantina para celebrarlo.

FN-2187 se había excusado. Tenía que entrenarse, dijo. Necesitaba practicar un poco de tiro.

Y puesto que ya le habían colocado la etiqueta de marginado, nadie discutió con él ni le pidió que se quedara. Ni siquiera Slip.

El problema tenía que ser suyo, pensó FN-2187. Esa era la única explicación. Es lo que todo el mundo le había dicho desde el principio, después de todo. Era diferente. A lo mejor era tan diferente que estaba roto. Así que se esforzaría en arreglarlo, en ser un auténtico soldado de asalto, uno de ellos. Eso era, pensó, lo que más ansiaba en el mundo. No estar solo.

Así que continuó con la simulación mientras se volvía más y más dura, pero sus disparos seguían dando en el blanco. No fue hasta que los civiles empezaron a entrar en escena cuando tuvo problemas. Al principio, aparecían como espectadores sin importancia, obstáculos que evitar. Luego aparecieron más y más. Hombres, mujeres y niños y, de repente, FN-2187 sólo podía verlos a ellos y no a los enemigos que ocultaban. Sólo pudo ver a los inocentes y, a partir de ese momento, no pudo apretar de nuevo el gatillo.

Entonces entendió que nunca había sido un juego.

Entendió que nunca iba a ser uno de ellos.

La Capitana Phasma observó a FN-2187 desde el monitor de su cuarto. Había dejado de disparar, incluso de moverse, y se limitaba a estar de pie entre el campo de figuras en constante cambio.

Suspiró. Tenía grandes esperanzas para FN-2187.

Recogió las órdenes de su escritorio y las revisó una vez más. Ya habían saltado al hiperespacio y sabía que en menos de una hora llegarían al punto acordado para subir a bordo a su nuevo pasajero. Kylo Ren ya había transmitido las coordenadas de su siguiente destino.

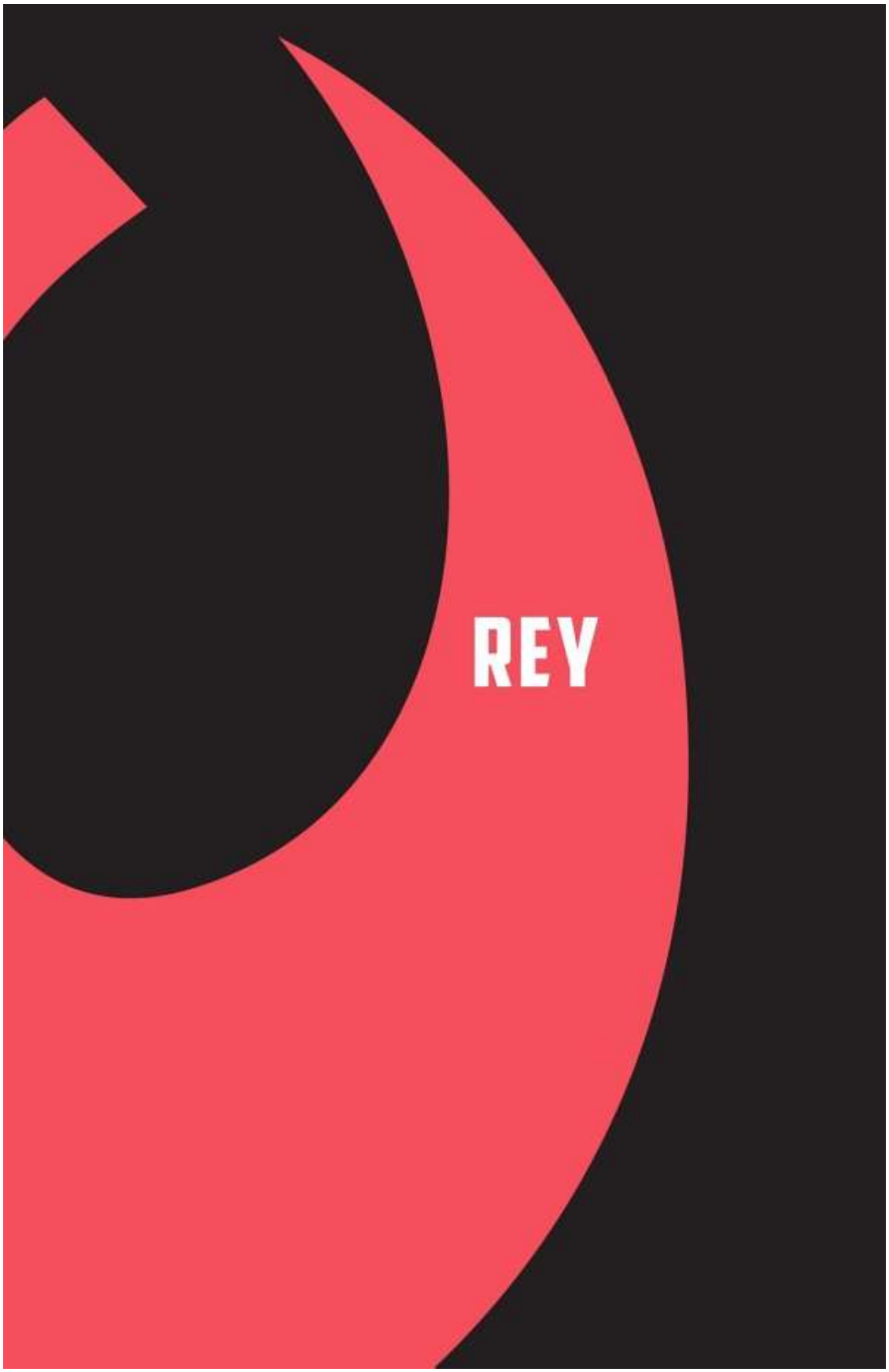
En el monitor, FN-2187 había dado la espalda a la simulación, aún activa. Inofensivos rayos bláster de enemigos republicanos ametrallaban su traje, golpe tras golpe. Por los altavoces se podía oír como el ordenador de la habitación de simulaciones declaraba el fracaso del simulacro. FN-2187 no pareció darse cuenta, ni pareció que le importara.

Phasma lo observó mientras las imágenes holográficas desaparecían y la habitación se vaciaba hasta quedar sólo el soldado y luego mientras este abandonaba la estancia.

Apagó el monitor. Lo haría formar parte de la misión cuando alcanzaran el punto de aterrizaje en Jakku, decidió. Quizá cuando alguien estuviera devolviéndole los disparos, se daría cuenta de lo que significaba ser un auténtico soldado de asalto, de lo que significaba servir a la Primera Orden en cuerpo y arma.

Le daría otra oportunidad, decidió Phasma.

Una última oportunidad para que FN-2187 decidiera su destino.


REY

LOS TEEDO LLAMABAN A LA TORMENTA *X'us R'iia*. Tenía nombre porque los teedo creían que siempre era la misma, que regresaba una y otra vez. Era el aliento del dios R'iia, decían.

R'iia no era un dios benevolente, y por ello culpaban a la tormenta de muchas cosas. Era el origen de la hambruna que había asolado aquella parte de Jakku durante años. Era la causa de que el agua hubiera desaparecido. Era el motivo por el que sus bestias lugga se habían vuelto desobedientes. Era la responsable de los intrusos que plagaban su tierra. Era, de manera apreciable, lo que había traído las grandes esquirlas de metal llenas de tantos y tantos seres blandos que se habían estrellado contra la arena todos aquellos años antes. Según los teedo, los cementerios de naves eran un monumento a la ira de R'iia. Eran una advertencia a la que los intrusos de Niima solían hacer oídos sordos, para la enorme irritación de los teedo. La mayoría de ellos eran inofensivos, chatarreros ocupados en sus asuntos, muy parecidos a Rey y los demás. Sin embargo, había teedos ortodoxos, fanáticos conocidos por atacar tanto a sus correligionarios como a los recolectores, asegurando que lo que hacían era una blasfemia para R'iia. R'iia los castigaría a todos por sus pecados. La *X'us R'iia* se encargaría de ello.

Rey no creía ni una sola palabra de esa historia, pero ella no creía en muchas cosas aparte de en sí misma.

Se encontraba en lo alto de la superestructura de uno de los viejos cruceros de guerra medio enterrados en la arena, esperando encontrar algún botín que los demás recolectores hubieran pasado por alto. Se asomó afuera y vio la tormenta formándose en el horizonte. Supo de inmediato que iba a ser intensa. Era hora de marcharse.

Había estado trepando sin sujeción por los escombros y siempre tardaba menos —lo que quizás era paradójico— cuando subía que cuando tenía que bajar. Cuando bajabas, la gravedad se convertía en tu gran preocupación, y hacerlo con prisas era un método casi garantizado de lastimarse. Aunque lo sabía por experiencia, bajó con rapidez, casi con demasiada rapidez, y se arriesgó a saltar los últimos tres metros que le quedaban para llegar al suelo. La arena podía ser blanda si estabas a una distancia adecuada, pero no era su caso. Desde esa altura, fue como aterrizar sobre metal. El impacto le sacudió los

tobillos e hizo que un dolor agudo la recorriera desde las pantorrillas a las rodillas. Usó el bastón para levantarse y apretó el paso hacia el deslizador.

A partir de ahí, era una carrera hasta casa, Rey y el deslizador disparados con toda la rapidez a la que podía forzarlo a través del desierto, con el viento creciente persiguiéndola. Con una mano tiró del extremo de su larga bufanda enrollada debajo del cinturón y se envolvió la boca y la nariz. No por primera vez deseó poseer unas gafas protectoras y se maldijo a sí misma por no haberlas conseguido unos meses antes. El último par que había encontrado se lo había cambiado a Unkar en Niima por dos porciones, apenas comida suficiente para hacer callar a su estómago durante un día. Había sido un mal negocio cuando aceptó y lo sabía. Tenía hambre, se había dicho a sí misma que encontraría otro par pronto y las había cambiado sin más.

Eso había ocurrido hacía casi tres meses.

La tormenta estaba a punto de alcanzarla cuando llegó a los restos del caminante. Apareció a rachas, con suficiente fuerza para voltear el deslizador desde atrás, y Rey tuvo que luchar para mantener el vehículo firme sobre los repulsores. La arena se arremolinaba cuando se deslizó hasta detenerse y desmontó. Empujó el deslizador entre dos de las piernas viejas y dobladas de la máquina gigante hasta dentro del refugio. El sonido de la tormenta se estaba volviendo ensordecedor, el viento un chillido casi constante, mezclado con el cruel rechinar de la arena repiqueteando sobre el casco del caminante. Los truenos estallaban sobre Rey, haciendo que se encogiera, y entornó los ojos hacia el cielo a tiempo para ver los últimos rayos de sol siendo devorados por las turbulentas nubes de polvo. Un rayo seco trazó un arco e iluminó el cielo, como si la luz del día hubiera vuelto de repente, por un segundo. Cuando cerró los ojos aún pudo ver el destello del relámpago. Los golpes de la arena le escocían sobre la piel, mientras el viento trataba de agarrarla por los pies y levantarla, de modo que tuvo que luchar para abrirse paso a lo largo del casco con asideros. Apenas consiguió abrir la puerta improvisada lo suficiente como para entrar a trompicones y entonces, con la misma rapidez, la cerró de golpe una vez más.

Por un momento, Rey se quedó de pie en la oscuridad de su hogar, recuperando el aliento, escuchando la ira de R'iia en el exterior. El sonido se había amortiguado, pero aun así se oía a través del casco blindado del caminante. Buscó a tientas por un momento antes de encontrar una de sus lámparas y accionó la llave. La luz parpadeó débilmente al principio y luego se estabilizó con un brillo más cálido.

Rey suspiró, se quitó las botas y las vació de arena. Se sacudió la ropa y el pelo. Cuando terminó, tenía a sus pies una sustancial porción del desierto de Jakku y se sentía como diez kilos más ligera.

Un trueno estalló sobre su cabeza de nuevo, vibrando a través del armazón metálico del caminante. Saltaron pedazos de chatarra variada. Uno de los viejos cascos cayó de donde estaba colgado en un gancho improvisado. Vivía en lo que una vez fue el compartimento principal para las tropas del tanque andante, pero eso había sido cuando la máquina estaba en pie. El interior hacía mucho que no albergaba ningún fragmento

reutilizable y ahora se parecía más a un taller abarrotado que a ninguna otra cosa. Rey había conseguido un generador en un trueque un par de años atrás, así que tenía energía cuando la necesitaba, sobre todo para la mesa de trabajo en la que desmontaba y volvía a montar y, más a menudo, reconstruía desde cero los trastos aprovechables que conseguía.

Unkar siempre pagaba más por los artefactos que aún funcionaban.

A través de una grieta fina en el casco, Rey percibió otro fulgor repentino, más relámpagos secos. Recogió una de las mantas del suelo y la usó para cubrir la grieta. La aseguró con tres de los escasos imanes que había sacado de un giro-estabilizador destrozado. Se acercó a su botín, oculto bajo uno de los paneles laterales, desatornilló la plancha y extrajo una de las tres botellas de agua que había escondido dentro. Bebió para limpiarse la boca de desierto, tragó con una mueca, tapó la botella de nuevo con cuidado y, con la misma cautela la volvió a dejar en su escondrijo antes de asegurar el panel.

Se sentó en una pila formada por las demás mantas y apoyó la cabeza en la parte trasera del casco, escuchando cómo la tormenta golpeaba su casa, llena de furia.

Cerró los ojos sintiéndose, por primera vez en mucho tiempo, muy sola.

La *X'us R'iia* duró tres días y medio.

Rey terminó una de las botellas y la mitad de otra, intentando racionar el agua y aguantarse la sed, porque no sabía cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera ir a Niima a por más. Se quedó sin comida el segundo día y, para cuando la tormenta terminó, su dolor de cabeza era tan intenso que se sentía aturdida y tenía que moverse con lentitud dentro de su pequeño hogar.

Había apañado un ordenador usando piezas recobradas de distintos cazas estrellados a lo largo de los años, incluyendo una pantalla rajada pero todavía utilizable de un viejo Ala-Y BTL-A4. No tenía comunicación por radio como tal —no tenía modo de transmitir o recibir y, para ser sinceros, nadie con quien quisiera hablar, en cualquier caso—, pero aun así, en los restos de un carguero de serie Zephra había encontrado una vez un puñado de chips de datos y, tras haberlos revisado a conciencia, descubrió tres con sus programas intactos; uno de ellos, para su alegría, había sido un simulador de vuelo.

Así que cuando no estaba durmiendo o sentada sin más, escuchando la tormenta o trasteando en su mesa de trabajo, volaba. Era un buen programa, o al menos ella creía que lo era. Podía seleccionar cualquier tipo de nave para pilotar, desde pequeñas embarcaciones atmosféricas accionadas por repulsores, pasando por una gran variedad de cazas hasta una buena selección de fragatas. Podía elegir los destinos, mundos que nunca había visitado y que no creía que fuera a visitar jamás, y las situaciones, desde carreras de velocidad o pistas de obstáculos a fallos de sistema.

Al principio se le había dado fatal, se estrellaba literalmente sólo un par de segundos después de despegar. Sin nada mejor que hacer y con la perversa determinación de que no se dejaría derrotar por una máquina que ella misma había construido con sus propias manos, aprendió. Aprendió tanto que no había mucho que el programa pudiera ofrecerle ahora que le supusiera un desafío. Había llegado al punto en el que, de manera deliberada, hacía todo lo que se le ocurría para ponerse las cosas difíciles, sólo para ver si

podía salir victoriosa. ¿Reentrada atmosférica a toda potencia con fallos en el motor de repulsión? Sin problema. ¿Fisuras múltiples en el casco en espacio profundo con motor en llamas? Pan comido.

Por lo menos era una forma de pasar el tiempo.

Cuando por fin se decidió a salir, le llevó una hora conseguir abrir la puerta. La arena se había amontonado a tal altura y compactado con tanta fuerza que al principio sólo pudo moverla unos centímetros. Con cada empujón, más fragmentos del desierto se colaban en su casa. Cuando por fin logró abrir la puerta, tuvo que pasar otra hora entera limpiando, pero su tardanza se debía sobre todo a que estaba trabajando con mucha lentitud. Cada vez que se agachaba y se volvía a levantar, el aturdimiento volvía y tenía que apoyarse con una mano en la pared.

El sol calentaba con fuerza cuando por fin emergió del refugio. Por puro milagro, su deslizador se había salvado de lo peor de la tormenta. Le quitó la arena de encima, comprobó la potencia, arrancó y recibió una agradable sorpresa cuando lo vio responder sin vacilaciones. Volvió a entrar para recoger el bastón y algunas piezas que tenía en la mesa de trabajo para ofrecer a Unkar. A continuación cerró, se montó en el deslizador e inició el camino hacia Niima. Condujo despacio, consciente de que no estaba en su mejor momento.

La pequeña ciudad —si es que podía llamarse así, y no estaba muy segura de que así fuera, aunque no tenía mucho con lo que comparar— todavía estaba desierta casi por entero. *X'us R'iia* había hecho pedazos las lonas sobre las estaciones de lavado y había dos centinelas trabajando en las reparaciones. Rey aparcó entre la estación y la tienda de Unkar y echó un vistazo a la pequeña pista de aterrizaje, por pura rutina, contando las naves. Estaban aparcadas las mismas tres naves que de costumbre, siempre esas tres. Todas parecían haber sobrevivido a la tormenta sin daños.

Se arrastró hasta la ventana de Unkar sintiendo los dardos del sol. Él ya estaba allí, observando con ojos saltones en su cara abotargada.

—La primera de hoy.

Rey rebuscó en su mochila, sacó las tres piezas de chatarra que había cogido de la mesa de trabajo y las colocó en el mostrador entre ellos.

—¿Qué me das?

Una de las gruesas manos de Unkar se adelantó, cogió las piezas una a una y las pasó a través de la abertura para examinarlas más de cerca. Rey esperó, mirando de reojo a su alrededor. Iba llegando más gente, aventurándose tras la tormenta. Al parecer, otro par de chatarreros había salido a *cazar* antes y se dirigía a la estación de lavado para limpiar sus capturas. Rey se maldijo en silencio por no haber hecho lo mismo. La tormenta habría movido la arena del cementerio. ¿Quién sabe lo que podría haber encontrado? Para cuando llegara allí, no quedaría nada.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó Unkar.

Rey observó la pieza que tenía en la mano.

—Es el activador de un compensador de aceleración Kuat-7.

—No, tal y como está, no. Y esto, ¿se supone que esto es parte de un set de memoria de datos?

—Sí.

Unkar refunfuñó.

—Este es bueno, un regulador de baja interferencia para un Z-70, esto lo puedo colocar —depositó las tres piezas entre ellos—. Te doy tres porciones, una por cada uno.

—Sólo el Z-70 vale tres porciones, Unkar.

—Te ofrezco tres, Rey. O lo tomas o lo dejas.

La joven hizo una mueca crispada. El sol estaba empeorando su dolor de cabeza.

—Tres porciones y dos botellas de agua —repuso Rey.

Estaba comiéndose la bazofia que se suponía que era comida —una porción— a la sombra de los puestos de vendedores cuando oyó los motores. Todo el mundo miró hacia arriba, Rey incluida. Contemplaron la nave flotar con indolencia sobre la pista de aterrizaje y posarse después con un suspiro. Era una vieja fragata ligera de clase Hernon, fea y con forma de caja. Rey la había visto ahí unas diez veces antes, al igual que todos los demás; con la misma rapidez, su atención se desvió del aterrizaje a las distintas tareas que tenían entre manos. Unkar tenía muchos negocios que atender con ciertos comerciantes, personas que pretendían comprar restos de naves baratos y al margen de la ley.

Quedaban restos de la masa azul en el paquete que tenía en las manos, así que Rey se lo llevó a los labios y apretó hasta que los restos le cayeron en la boca. Se levantó y deambuló hasta la estación de lavado, ahora con cada posición ocupada y media docena de chatarreros como ella esperando su turno. Tiró el paquete a la basura y volvió a dirigir la vista a la pista de aterrizaje. La rampa se había abierto y la primera figura que emergió fue exactamente la que ella esperaba: el mismo humano que había visto cada una de las veces. Se detuvo en la base de la rampa y se giró para hablar con alguien que aún estaba a bordo y Rey vio descender a otra figura, una chica joven, seguida por una tercera, una mujer mayor. Esas eran caras nuevas, y Rey sé encontró a sí misma observándolas.

Mientras hablaba con la mujer y la chica, el hombre gesticulaba señalando la tienda de Unkar. La joven metió las manos en los bolsillos, con el gesto abatido, y la mujer posó una mano sobre su cabeza mientras hablaba con el hombre. El hombre dejó de gesticular y apoyó las manos en los hombros de la chica. Ella lo miró y él se agachó hacia ella, quizá diciéndole algo, y entonces señaló la nave. La chica se dio la vuelta y siguió a la mujer de nuevo por la rampa hasta que desaparecieron de la vista. El hombre se dirigió a la tienda de Unkar.

Rey regresó a su deslizador, tratando de imaginar de qué habían hablado, lo que habían dicho la chica, el hombre, la mujer. Encendió el motor con una patada y condujo el vehículo de nuevo hacia el desierto, meditando sobre ello.

No tenía ni idea de lo que acababa de pasar.

Rey no albergaba muchas esperanzas de encontrar algo bueno. Ya había perdido la mañana y, para cuando llevó su deslizador a los límites del cementerio, ya estaba entrada la tarde. Cualquier cosa que la tormenta hubiera revelado ya habría sido reclamada. Mientras conducía, vio pequeños grupos de chatarreros trabajando en nuevos restos de naves. Mucha gente trabajaba en equipos, suponiendo que así podían cubrir más terreno, pero Rey trabajaba sola y siempre lo había hecho. Era más fácil hacerlo sin gente: menos complicaciones, menos cosas de las que preocuparse. La única persona en la que tenía que confiar era en sí misma.

Condujo más lejos, más allá de los botines fáciles, hasta el terreno más escarpado. Se sentía mejor, la comida había satisfecho su hambre prolongada, al menos de momento, y aceleró el deslizador. Rey se deslizaba rápido y con seguridad, disfrutando emocionada de la potencia y la aceleración de la máquina. Tenía el deslizador desde hacía años, lo había construido ella misma, como tantas otras cosas, y si podía permitirse el lujo de sentir orgullo por algo, esto la enorgullecía.

El cementerio no era, siendo precisos, una sola área, sino una vasta extensión. Podías caminar durante kilómetros sin percibir señales de nada, llegar a la cresta de una duna y de repente encontrarte contemplando desde lo alto un campo de restos. Sin embargo, la tormenta había hecho más que descubrir nuevos botines; había cambiado el terreno y reconfigurado el desierto, y no fue hasta que se encontró con el Crujido y vio la Púa cuando se dio cuenta de lo lejos que había llegado, del tiempo que había estado conduciendo. El Crujido era una de las pocas constantes del desierto, marcado por la casi completamente vertical espina dorsal de una gigantesca nave capital —la Púa— medio enterrada en el suelo. Nadie sabía qué clase de nave había sido, si republicana, imperial o de cualquier otro tipo de tiempos anteriores; era imposible saberlo porque todo lo que quedaba de ella era la silueta de la quilla, alzándose desde la tierra, y algunas vigas de soporte retorcidas aferrándose a lo que quedaba del armazón. El resto de la nave había desaparecido sin más, destruido en la explosión de plasma que había provocado con su impacto. El calor había sido tan intenso que había chamuscado la arena del desierto, quemándola tan rápido y a una temperatura tan elevada que había convertido el suelo en cristal ennegrecido. Con el tiempo, el cristal se había quebrado en trozos más y más pequeños, en el proceso de convertirse de nuevo en arena, pero, cuando conducías o caminabas sobre la tierra, lo oías crujir, con ecos que parecían susurrar durante kilómetros.

De ahí el Crujido.

Rey se detuvo antes de llegar a la Púa, entornando los ojos hacia el sol mientras separaba una esquina de la tela que le cubría la cara. Unas dos horas más de luz, calculó, e iba a necesitar casi todo ese tiempo para regresar a casa. La temperatura caía en picado por la noche, tan gélida como elevada era durante el día. Además, la poca fauna salvaje que habitaba en esa parte de Jakku aparecía durante la oscuridad, y en su mayor parte eran depredadores, tan desesperados por sobrevivir como todos los demás seres vivos de la zona. Manadas de roemandíbulas merodeaban por la noche, carnívoros que corrían sobre seis patas y sé alimentaban de sangre caliente. Quedarse atrapada en la oscuridad no era una buena idea.

Rey decidió que, aunque había perdido ese día completo, quizá pudiera empezar temprano al siguiente. Apagó el deslizador, desmontó y escupió más arena. Bebió la mitad de una de las botellas que le había sacado a Unkar y la volvió a guardar en la mochila. Rey contemplo la Púa con ojo crítico, pensando. Era escalable. En absoluto segura, pero escalable.

Se quitó el bastón que llevaba a la espalda, lo dejó apoyado en el deslizador y caminó hacia la base de la Púa. El suelo se rompía bajo sus botas, con cristales reventando y agrietándose. El pilar rechinó cuando llegó a su altura, al reasentarse la Púa en la arena, como advirtiendo a Rey de que reconsiderara su plan.

El metal, caliente tras un día bajo el sol, le quemaba las manos mientras trepaba. Usó los extremos de su mantón como guantes improvisados, pero aun así el calor se filtraba. Había más asideros para pies y manos de lo que había parecido en un principio, por lo que pudo ascender con rapidez, concentrándose en lo que estaba haciendo en lugar de en lo que estaba arriba o en lo que estaba dejando rápidamente abajo. No se dio cuenta de lo alto que había llegado hasta que sintió el viento tironeando los extremos de su bufanda. Rey se detuvo y a continuación se coló en un hueco de la Púa en el que casi se podía sentar. No era cómodo, pero era seguro, al menos por el momento.

La vista era increíble. Había escalado no menos de cien metros, quizá más, calculó. Mirando hacia atrás en la dirección por la que había venido, apenas podía distinguir lo que supuso que era Niima, resplandeciente y distorsionada por el calor. Entre ella y la ciudad se encontraba la mayor parte del cementerio conocido, su límite señalado por el destructor estelar muerto y, desde ahí, incluso este parecía pequeño. Rey pasó el peso de su cuerpo de un lado a otro y sacó unos macrobinoculares de la mochila. Sólo una de las lentes funcionaba, así que era más bien un macromonocular, suponía, pero funcionaba igual. Se lo llevó a los ojos y escudriñó el desierto que se extendía ante ella.

Había un par de teedos en el horizonte, a más de cincuenta kilómetros según el marcador de distancia de los macros. Caminaban junto a sus bestias lugga en vez de montarlas, lo que quería decir que volvían a casa después de una larga búsqueda. Barrió con la mirada hacia la izquierda, por encima de la uniformidad del desierto. Era decepcionante. No había nada nuevo que ver, y los pocos restos que sabía que había en aquella zona habían desaparecido, ocultos una vez más por el desierto.

Algo se destacó en su visión, un destello —metálico o de cristal— tan solo durante un instante. Rey volvió la vista a la posición anterior, más despacio, y sintió el latido de su corazón acelerándose. Se obligó a sí misma a escudriñar atentamente y a trazar de nuevo la ruta que había seguido con la vista, pero le costó toda su fuerza de voluntad conseguirlo. El sol se estaba poniendo y Rey sabía que fuera lo que fuese lo que había capturado la luz, había sido por estar en el lugar adecuado en el momento adecuado; en minutos, quizás incluso segundos, el sol bajaría más y lo que hubiera revelado se desvanecería para siempre.

Lo vio de nuevo, el fulgor del sol destellando sobre el metal descubierto, reenfocó los macros y aumentó el zoom. Lo que encontró casi hizo que se cayera de la Púa.

Era una nave.

Rey bajó los macros. Le echó otra ojeada al sol. Para cuando llegara al suelo, tendría el tiempo justo para volver a casa antes de que se hiciera de noche. Si se daba prisa, podía llegar a los escombros antes de que oscureciera, pero no había manera de que le diera tiempo de volver al caminante antes de que el desierto se volviera frío y peligroso con la puesta de sol y todo lo que comportaba. Podía dejarlo para mañana, salir al amanecer y esperar ser capaz de encontrar la nave y que nadie más la descubriera antes de que ella pudiera asegurársela.

Fueron esas dos dudas las que le hicieron tomar una decisión: el miedo a no ser capaz de encontrarla de nuevo y a que alguien se la robara.

Embutió los macros en la mochila e inició el largo descenso.

Era un viejo Ghtroc Industries 690, un pequeño carguero. Rey lo reconoció al instante gracias a su simulador de vuelo: había pilotado y estrellado una versión más moderna, el 720, más veces de las que podía contar. El sol ya besaba el horizonte, bañándolo todo con una suave luz dorada que hacía que la nave pareciera tan preciosa como Rey sabía que era, porque el mayor milagro de todos —más que el hecho de que no hubiera sido descubierta y reclamada por nadie, por lo que podía ver, más que el hecho de que estuviera al aire por completo— era que la nave estaba *intacta*.

Desde luego, había daños. Se dio cuenta de ello incluso mientras saltaba del deslizador y se quedaba de pie contemplando el navío. Algo había rebanado el plato de telemetría de la parte de arriba del casco y a las ventanas de la cabina les faltaban varios cristales, destrozados seguramente por el impacto, y los dos que quedaban estaban cubiertos por grietas en forma de telaraña. Una raja de al menos dos metros atravesaba el casco por el lado izquierdo —estribor, pensó Rey para sí— y dejaba al descubierto la instalación eléctrica fundida y corroída con pedazos de cable desaparecido. Quienquiera que la hubiera traído hasta aquí había tratado de cumplir con su ciclo de aterrizaje. El montante frontal, al menos por lo que podía ver donde la arena se había movido, faltaba entero.

Pero era una nave, estaba completa y Rey la había encontrado, y eso la hacía suya. Sentía algo extraño en la cara; las mejillas le dolían de manera peculiar y, cuando se acercó, pudo ver su reflejo en lo que quedaba de las ventanas de la cabina. Estaba sucia, pero eso era normal. Lo que la sorprendió fue que estaba sonriendo. Y cuando trató de dejar de hacerlo, el dolor en las mejillas no remitió y descubrió que seguía haciéndolo de todos modos.

Unkar pagaría… Rey trató de calcular lo que Unkar le daría por la nave, así sin más. ¿Cien porciones? ¿Quinientas? Suficiente comida para todo un año. Con agua y tal vez otras cosas también: mejores herramientas, quizás, o incluso un bláster para poder protegerse mejor en lugar de depender del bastón. Todo eso sólo por los restos, sin contar siquiera con lo que Rey pudiera encontrar dentro.

Las sombras empezaban a alargarse desde la fragata a través de la arena. La luz estaba desapareciendo. Sin perder un segundo, empujó el deslizador a cubierto bajo la cabina, que se proyectaba en un ángulo de veinte grados. Apagó el motor y gateó alrededor de la duna, tratando de ver mejor la nave. Estaba escorada hacia babor, bien por culpa de la tormenta o bien por cómo se había estrellado, y una duna grande estaba empezando a cubrir el casco por ese lado. Un día más, un viento fuerte, y la nave entera bien podría acabar oculta de nuevo.

La arena se deslizaba bajo sus pies mientras coronaba la cima de la duna. Tomando carrerilla, Rey saltó hacia abajo y aterrizó sobre el casco. El exterior de la nave estaba al rojo vivo a causa del calor acumulado de todo el día, y la joven bufó de dolor mientras se levantaba de nuevo. Notaba la quemadura incluso a través de las botas. La nave permaneció estable. No se tambaleó ni tembló mientras se abría paso hacia la cabina. Uno de los cristales que faltaban tenía la anchura suficiente para que se colara a través de su abertura. Cuando miró hacia abajo, vio que el desierto se había derramado dentro de la fragata y había creado casi una rampa de arena para ayudarla a descender. Se colocó a cuatro patas, apretó los dientes cuando se quemó con el metal caliente y gateó hacia dentro. Una vez en el interior, giró sobre su espalda y se deslizó durante el resto del camino de bajada.

Rey acabó entre dos asientos, en lo que eran las posiciones de piloto y copiloto. El interior estaba más fresco, dominado por un silencio extraño. El ruido del desierto, que llegaba apagado en el mejor de los casos, había desaparecido por completo. No había nada, sólo quietud. Frente a ella, la puerta de la cabina colgaba medio abierta, con los paneles quebrados y arqueados, y más allá sólo había oscuridad.

Rey resbaló sobre la arena al ponerse de pie y colocó una mano sobre el respaldo del asiento del piloto para enderezarse. Algo cayó del reposacabezas y resonó contra el metal. Sus ojos todavía se estaban acostumbrando a la penumbra y le llevó un momento reconocer lo que había caído. De nuevo, se descubrió sonriendo sin querer.

Recogió las gafas protectoras y sopló la arena que cubría las lentes. Las sujetó, examinándolas. No tenían un solo rasguño. Rey se colgó las gafas alrededor del cuello y sacó una linterna de la mochila.

Se dispuso a examinar su botín.

El mayor miedo de Rey era encontrar un cadáver, o peor, más de uno, los restos de la desafortunada tripulación. Supuso que alguien tenía que haber estrellado la nave, el piloto que había iniciado el ciclo de aterrizaje años antes. Era muy posible que aquello hubiera sido lo último que el piloto había hecha, así que se movió con cautela, no por remilgos, sino porque no quería verse sorprendida por un cadáver.

Sin embargó, no encontró ningún cuerpo, lo que tenía una explicación lógica: al carguero le faltaban las dos cápsulas de escape. El ciclo de aterrizaje, supuso Rey, había sido iniciado por el piloto automático en un intento de salvar la nave.

El Ghtroc era una nave pequeña, sobre todo para ser un carguero. El 720, el modelo con el que estaba más familiarizada, había sido diseñado para una tripulación máxima de dos, con espacio para otros ocho pasajeros y 135 toneladas métricas de capacidad de carga. El 690 era una versión en miniatura en todos los aspectos, diseñado para una tripulación de uno, con espacio para tres pasajeros y tan solo 60 toneladas métricas de capacidad de carga.

Fue avanzando con cuidado, empezando desde la cabina hacia atrás. Debido a la manera en que la nave se había asentado, el paso a través de ella era difícil, aunque no imposible. Rey tenía que andar despacio porque necesitaba una mano para apoyarse y tenía la otra ocupada con la linterna. Encontró los alojamientos de la tripulación y muestras de que había habido como mínimo dos personas —ropa vieja y efectos personales—, de las que pasó de largo. Topó con la cocina y observó que la mitad de las raciones se habían echado a perder o convertido en polvo, pero quedaban diecisiete paquetes de comida precocinada aún intactos y sellados y una jarra purifica-dora que transformaba el agua sucia en algo que se podía beber. Casi se echó a reír de alegría.

Cuando vio la luz verde, sin embargo, *sí* que se rio.

El reactor principal se ubicaba en la popa y debería haber estado inservible. No debería de quedar potencia manteniendo ninguno de los sistemas de abordo. Casi se le pasó. Creyó que era un reflejo de la linterna, un fosfeno, pero cuando se dio la vuelta se clavó en su visión periférica. Se abalanzó sobre el panel de control. Estaba tan excitada que no podía calmar su respiración. La luz era débil, pero estaba ahí, real, e iluminaba dos palabras en el botón. Con el corazón en un puño, Rey lo pulsó.

Sobre su cabeza y a su alrededor, las luces parpadearon al volver a la vida cuando la energía auxiliar de la fragata se restableció.

Si Unkar podía pagar quinientas porciones por los restos, ¿qué pagaría por unos restos que no eran tales? ¿Qué pagaría por una *nave*?

Y la idea más alocada de todas, la que había estado tratando de ignorar desde que se deslizó dentro de la cabina del piloto, en la que no se había permitido detenerse porque se

acercaba de manera peligrosa a la esperanza: ¿qué pagaría Unkar por una nave que *funcionaba*?

Rey pasó la noche en el carguero. Apagó la energía auxiliar, tanto para prevenir que las baterías se gastaran como para evitar que la luz de la nave se viera desde el exterior. Su mayor temor era que la descubrieran, lo que sucedería si alguien encontraba su nave. Sin duda alguna se la quitarían; tratarían de robar lo que ahora era suyo. No iba a permitir que eso pasara.

Intentó dormir en una de las camas en la cabina de la tripulación, pero se le plantearon dos problemas. El primero era que el ángulo de la nave hacía que se resbalara contra la mampara con todo su peso hacia ese lado, lo que resultaba incómodo, aunque soportable. El segundo, en cambio, era la cama en sí: era demasiado blanda. Acabó durmiendo en el suelo.

Nada más despertarse, Rey rompió el cierre de uno de los paquetes precocinados y disfrutó de la que para ella fue una de las mejores comidas de toda su vida. No tenía ni idea de qué era, pero llevaba carne de verdad y una salsa dulce y agria y algo que, pensó, podrían ser nueces, que crujieron entre sus dientes de una manera de lo más agradable. También había un pequeño disco cubierto por algún tipo de rebozado y, al comérselo, resultó estar mezclado con un azúcar picante tan intensa que casi se ahogó en tanta dulzura.

El siguiente punto en su lista era proteger la nave de miradas indiscretas. Al parecer, eso era algo con lo que los dueños anteriores de la nave estaban de acuerdo, porque mientras Rey buscaba entre la carga algo con lo que cubrir la fragata, encontró un panel del suelo desplazado y, con un poco de fuerza y haciendo palanca, se las apañó para abrirlo. En su interior aparecieron dos lonas dobladas. Al desplegar una, descubrió que era mucho más grande de lo que había pensado en un principio. Tenía una pestaña activadora en una esquina *y* Rey la pulsó sin saber qué esperar. Todavía sujetando el borde de la enorme manta, vio cómo desaparecía literalmente ante sus ojos o, para ser más exactos, cómo se fundía con el entorno. Cuando pulsó la pestaña de nuevo, la tela volvió a ser de un apagado gris sin matices. Recordó a un chatarrero klatooiniano negociando con Unkar sobre algo similar, pero mucho más pequeño. Lo había llamado «lona mimética».

Rey llegó a la conclusión de que quienquiera que hubiera sido el propietario del carguero antes que ella no había estado quizá demasiado preocupado por operar dentro de la legalidad.

Le llevó un buen rato de gateo por el casco colocar las dos lonas sobre la nave con pesos que evitaran que salieran volando con alguna ráfaga de viento súbita. Una vez activadas, el carguero prácticamente se desvaneció en el terreno que la rodeaba. Rey no tenía ni idea de cuánto durarían las lonas, si tenían que recargarse o si funcionaban con una batería o incluso con energía solar —eso estaría muy bien, pensó—, pero cumplían su función de manera más que aceptable. Tendrías que haber estado justo encima de la nave para darte cuenta de que allí había algo más aparte de desierto.

Rey volvió adentro. Se estaba familiarizando con la nave y le costaba menos moverse por ella. Encontró un viejo cuaderno de papel en el alojamiento de la tripulación y un par de lápices para escribir y se los llevó consigo cuando volvió a encender la energía auxiliar y las luces volvieron a funcionar. A continuación, se puso manos a la obra para confeccionar un inventario detallado de los sistemas de la nave, revisando desde los motores hasta la cabina. Comprobó el tendido eléctrico, el acoplamiento de energía, el cableado, los conductos, el cordaje, el neo-razado de los componentes, la circuitería. Era metódica y paciente y llenó página tras página del cuaderno con sus descubrimientos: lo que funcionaba, lo que no, lo que necesitaba reparar, a lo que podía hacerle un apaño, lo que necesitaría conseguir de otras naves, lo que tendría que intercambiar o, peor aún, comprar.

Le llevó cuatro días completar la lista y, cuando terminó, se permitió a sí misma comerse otro de los paquetes precocinados —sólo le quedaban once, y esos discos rebozados eran sin lugar a dudas sus favoritos—. Revisó todo lo que había apuntado y se preguntó si valía la pena seguir adelante. Era una ingente cantidad de trabajo. Ella misma podría reparar o apañar la mayor parte de los elementos de su lista, pero algunos de los artículos los tendría que remplazar por entero o reconstruirlos desde cero. Algunos, como la luna que le faltaba a la cabina del piloto, podía encontrarlos, pero le tomaría tiempo. El tendido corroído y los acoplamientos y conductos que faltaban los podía conseguir de otras piezas de chatarra, pero la cámara de premezcla para los motores de hiperespacio necesitaba una nueva unidad contenedora, y Rey no tenía ni los conocimientos ni las instalaciones para fabricar una. El emisor dorsal de sustentación repulsora de babor había sufrido daños totales y, aunque no era estrictamente necesario para volar —tenía otros tres emisores, y todos parecían más o menos intactos—, su falta convertiría el despegue y él aterrizaje en un desafío. Sin contar con el hecho, quizás el más crucial de todos, de que la nave no tenía combustible, tan solo lo que quedaba en las baterías auxiliares.

Sin combustible no había manera de que lograra pilotar su pequeño carguero hasta Niima.

Eso era algo, se dio cuenta Rey, que *deseaba* de verdad. Quería pilotar la nave y que todo el mundo levantara la cabeza para mirar. Quería ver la expresión en las caras de la gente mientras bajaba por la rampa y se daban cuenta de que era ella, Rey, la que había pilotado ése tesoro hasta casa. Quería ver los ojos saltones de Unkar abrirse como platos y su cara inflarse por la sorpresa, oírlo tartamudear mientras le lanzaba oferta tras oferta por la nave, *su* nave, antes de aceptarlas.

¿Quinientas porciones? Mejor *cinco mil* porciones, Unkar. Mejor cinco mil porciones y un deslizador nuevo, un nuevo set de herramientas, un generador extra y prioridad sobre los trozos de chatarra que lleguen en, digamos, los próximos dos —no, cuatro, no *cinco*— años.

Lo ansiaba con todas sus fuerzas.

Se percató de que eso significaba que era hora de ponerse a trabajar.

La tarea era más dura y lenta de lo que Rey había imaginado. Los problemas se magnificaban y crecían de manera exponencial, y no sólo por las reparaciones de la nave. Eso habría sido ya bastante malo, conseguir que todo a bordo volviera a funcionar. Eso habría sido en sí mismo un trabajo a tiempo completo.

Todavía tenía que comer, todavía tenía que sobrevivir. Debía trabajar, y eso significaba que tenía que trabajar el doble de duro, porque estaba, de hecho, haciéndose con materiales para dos trabajos. Cada pieza de chatarra que llegaba a sus manos ahora era sometida a una evaluación crítica: ¿era para la nave o para Unkar? Las mejores piezas, por supuesto, eran las más valiosas para el tendero y podían valerle numerosas porciones, pero al mismo tiempo, esas eran las piezas que Rey necesitaba para reparar su nave. Cuanto más costaba remplazarlas, más valían; cuanto más difíciles eran de sustituir, menos probable era que Rey encontrara más.

Por esa razón, *tenía* que pensar primero en la nave; esa tenía que ser su prioridad. De otra manera, todo el trabajo habría sido en balde. Transcurrieron dos meses, luego tres, luego cinco, y casi siempre tenía hambre, a veces pasaban dos días entre comidas antes de decidirse por fin a intercambiar a regañadientes con Unkar algo más que una sola porción cada vez. Pasaba los días a gatas en el cementerio, buscando desesperadamente fragmentos de cosas, devanándose los sesos, tratando de recordar dónde había visto un giro de oscilación que funcionara todavía, un plato protector de aleación reforzada que fuera lo bastante grande para sellar la raja en el costado de la fragata, una válvula de reciprocidad coactiva para los limpiadores de oxígeno. Era agotador. E interminable.

Todo ese trabajo le costó su precio, y Rey no fue tan cuidadosa como debería haberlo sido.

Necesitaba limpiar muchos de los materiales que recolectaba, tanto si los usaba en la fragata como si le valían para los intercambios con Unkar. Para ello acudía a la estación de lavado de Niima, escogiendo las horas en las que estaba menos frecuentada. Restregaba porquería, suciedad y arena de sus piezas, dejaba que se secaran y, entonces, tan a hurtadillas como le era posible, volvía a meter los componentes que necesitaba para las reparaciones en la mochila. Estaba claro que algunas de las cosas que llevaba carecían de todo valor de trueque. Los cables, por ejemplo, eran más o menos fáciles de encontrar, pero poco menos que inservibles en lo que a Unkar respectaba.

—¿Qué estás construyendo?

Rey estaba agachada, frotando un trozo de carbono demasiado tenaz que sobresalía de un limitador de banda. Levantó la cabeza bruscamente y fijó la mirada en los ojos de su interrogador, acusadora. Quien hablaba era una mujer humana, más baja que Rey pero de

la misma edad. Tenía el cabello corto, afeitado por los lados. Rey trató de recordar su nombre.

—Devi.

—Sí —dijo la mujer—. Tú eres Rey, ¿verdad? ¿Qué estás construyendo?

—No estoy construyendo nada.

—Unkar no te va a dar nada por eso. La tripulación de Porto trajo por lo menos cien limitadores de banda la semana pasada. Ya deberías saberlo.

Rey sacudió el componente para secarlo y lo guardó en la mochila, esperando que la conversación hubiera terminado.

No era así. Devi hizo una seña y su compañero —otro humano, casi una cabeza más alto que Rey, con el pelo afeitado igual que el de Devi— se sentó junto a Rey. Devi se sentó enfrente de ella.

—Conoces a Strunk, ¿no? —preguntó Devi.

Rey empezó a recoger las piezas que había puesto a secar. Tenía el bastón a la izquierda, a una distancia accesible, enfrente de donde se había sentado Strunk. Rey se preguntó si iba a tener que usarlo.

—Te estás guardando piezas —Devi se rascó la barbilla, lo que le dejó un rastro de grasa—. Lo hemos visto. O sea, tenías la caja de empalme para un inversor de potencia para series YT hace un par de días. Podías haber conseguido un montón con eso. Pero no lo intercambiaste.

—Y andas muy ocupada con circuitos y cables, además —añadió Strunk—. Como si estuvieras cableando algo, ¿no?

Rey clavó la mirada en él. Strunk se encogió de hombros y sonrió, conciliador.

—No queremos entrometernos, Rey —dijo Devi—. Tan solo sentimos curiosidad, eso es todo. No has estado por aquí tanto como antes y eso es… ya sabes, es raro. O sea, por qué no ibas a intercambiar todas esas cosas, ¿no?

—No tengo tanta hambre —contestó Rey.

Devi pareció sorprendida. Entonces se rio.

—Vale, de acuerdo. Lo entiendo. Cada uno se ocupa de sus propios asuntos. Lo entiendo.

—Sí —dijo Rey—. Eso es lo que hacemos.

Strunk asintió. Rey apiñó en la mochila los componentes que quedaban, agarró el bastón y se puso de pie.

—Un placer hablar con vosotros —se despidió Rey.

—Oye.

Rey se volvió hacia Devi.

—La cuestión es —prosiguió Devi— que nosotros nos hemos dado cuenta. O sea, que puede que alguien más lo haya notado también, ¿me entiendes?

Devi apuntó apenas con la cabeza hacia la ventana de Unkar. Rey no podía verlo dentro, pero eso no significaba que no estuviera mirando. Se volvió de nuevo hacia Devi.

—Lo tendré en cuenta —dijo Rey.

Pasaron diez días antes de que la encontraran. Rey sabía que acabaría por pasar. Las dos lonas miméticas que habían mantenido el carguero oculto se habían apagado, una detrás de la otra, el mismo día que había hablado con ellos en Niima, y como resultado había tenido que recurrir a cubrir el casco de la nave con paletadas de arena. Era un camuflaje muy pobre y, cada vez que él viento se levantaba, el casco quedaba expuesto ante quienquiera que estuviera tan cerca como para verlo.

Trató de ser más cuidadosa, pero había demasiados sitios en los que esconderse en el cementerio, demasiados lugares desde los que vigilar. Si Devi y Strunk de verdad iban tras ella, todo lo que tenían que hacer era ser pacientes y terminarían por descubrir a Rey sobre su deslizador al salir de casa. La seguirían y daría igual cuántas veces cambiara de dirección o volviera sobre el terreno recorrido, que condujera por la mañana o por la tarde. La verían. Así que, en realidad, la cuestión no fue nunca *si*, sino *cuándo*, y Rey ya lo había aceptado.

Estaba tumbada de espaldas en la cámara bajo la cabina del piloto, tratando de reconectar los ordenadores de navegación, cuando oyó que había alguien afuera.

—¿Rey? —era Devi—. Eh, Rey, ¿estás ahí?

Rey suspiró, se incorporó y salió de debajo del suelo. Colocó la microhoja junto al resto de las herramientas, agarró el bastón y entró en la cabina. Devi y Strunk estaban afuera. Ella sonreía y él tenía la boca abierta, como si no pudiera creer lo que veía.

—¿Qué queréis? —les preguntó Rey con acritud.

—¡Esto es *increíble*! —gritó Strunk, como si estuviera saliendo de un trance—. ¡Por los calzoncillos de R'iia, Rey! ¡Esto es *increíble*!

—Sólo es una nave —contestó ella.

Devi se rio.

—¿Sólo una nave? ¡Estás loca! ¡Fíjate en esto! ¿Cómo la encontraste?

Rey trepó hasta el asiento del piloto, se impulsó fuera de la cabina a medio reparar y se dejó caer en la arena. Sujetaba el bastón con ambas manos, inclinándose sobre él, pero le resultaría muy sencillo blandirlo de ser necesario. Miró primero a Strunk, luego a Devi.

—Imaginé que pasaba algo —empezó Devi—. Sabía que tenías que estar trabajando en *algo* grande, pero, o sea, nunca habría imaginado algo como esto. Pensé que a lo mejor era uno de los vehículos terrestres o un tanque repulsor o algo parecido. ¡Nunca se me ocurrió algo así! ¡Rey, tienes una nave, chica! ¡Te has hecho con una nave!

—Le falta un montón de trabajo —su propia voz sonaba extraña a sus oídos, como si estuviera hablando sólo por hablar, pero también se le notaba él orgullo.

—Sí, no lo dudo —Devi dio un paso al frente, estirando el cuello hacia atrás para ver mejor la parte inferior expuesta—. Parece que uno de los repulsores sufrió daños totales. Y el mecanismo de aterrizaje.

—Hay un Ghtroc 720 —dijo Strunk. Hablaba despacio—. ¿Sabéis cuál digo? ¿Ese cerca de la Punta de Feressee? ¿El que se partió en dos al estrellarse? Está del revés y hecho trizas, pero aún conserva el mecanismo. Esto también es un Ghtroc, ¿verdad?

—El 690 —contestó Rey.

—Podríamos moverlo entre dos —dijo Devi con excitación.

—Nos llevaría un día de trabajo, quizá dos, sacarlo y arrastrarlo hasta aquí.

Ambos la estaban mirando.

—Es mi nave —dijo Rey después de una larga pausa.

—Te podemos ayudar —trató de convencerla Devi—, venga. Strunk es grande, fuerte y estúpido, así que no tiene miedo, y yo soy pequeña y lista y puedo meterme en sitios reducidos. Podemos ayudarte a arreglarla, Rey.

—¿Y vosotros qué sacáis con ello?

—Nos llevas contigo —respondió Devi.

Rey parpadeó. La frase no tenía ningún sentido para ella, en absoluto.

—¿Adónde?

—Adondequiera que sea que vas.

—Voy a Niima. Se la voy a vender a Unkar.

Strunk abrió la boca para decir algo, pero Devi movió la mano de una manera que, entendió Rey, pretendía hacerlo callar. Strunk cerró la boca y se encogió de hombros.

—Unkar pagará un montón por ella, sobre todo si funciona en el espacio —dijo Devi. Asintió con la cabeza, de acuerdo consigo misma—. Sí, imagino, ¿qué? ¿Seis, quizá siete mil porciones? Pagará más si puede saltar al hiperespacio.

—La cámara de conversión está rota —dijo Rey—. Si puedo encontrar un remplazo y colocarlo, podrá saltar al hiperespacio. Necesita combustible.

Devi asintió con entusiasmo.

—Por supuesto, sí, ¡perfecto! Te ayudamos a arreglarla y nos repartimos las ganancias. Dividimos lo que Unkar esté dispuesto a pagar. Eso es lo que creo yo. Es justo, ¿verdad? O sea, cada uno de nosotros se lleva ¿un tercio?

—Es mi nave.

—Vale, es lo justo también, tu nave, tú la encontraste. Así que tú te llevas la mitad y Strunk y yo nos dividimos el resto. Eso te deja por lo menos con cinco mil porciones. Unkar se frotará las manos con esto, lo sabes bien.

Rey no dijo nada, pensativa. El reparto no le parecía justo por algún motivo, pero no estaba segura del todo de qué era lo justo.

Devi alzó la mirada hacia el casco de nuevo, como admirando la nave.

—De hecho, es muy probable que se frotara las manos por esto justo como está ahora.

Strunk tenía las manos en los bolsillos, con la mirada vuelta hacia el suelo, pero lanzaba ojeadas a Devi de vez en cuando antes de devolver la vista a sus botas. Devi giraba despacio sobre sí misma, todavía contemplando las líneas del casco.

No era una amenaza directa, supo Rey. Por la manera en que Devi lo había dicho, puede que no quisiera amenazarla en absoluto y se tratara de una simple observación, una

mera descripción de la codicia de Unkar y el valor del pequeño carguero de Rey. El problema era, por supuesto, que no había manera de estar segura. No podía estar segura de que, si Rey rechazaba su ayuda, se olvidarían de la nave y se marcharían por donde habían venido. No había manera de saber que no irían a ver a Unkar a hablarle de la nave y a reclamar el precio del descubrimiento, como mínimo. Cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta Rey de que no podía confiar en que no lo hicieran. Si no podía confiar en que guardaran su secreto, ¿cómo iba a confiar en que la ayudaran a repararla?

Pero no parecía haber otra opción.

—¿Qué dices? —preguntó Devi. Estaba mirando a Rey de nuevo—. ¿Socios?

Rey se miró las manos, apoyadas sobre el bastón. Tenía los dedos mugrientos, las uñas rotas y llenas de grasa. Consideró sus opciones y no le gustó ninguna. Suspiro.

—Permitidme que os la enseñe —dijo al fin.

Los beneficios de trabajar con Devi y Strunk fueron inmediatos, para gran irritación inicial de Rey. Estaba tan acostumbrada a estar sola que tenerlos por la nave —*su* nave— le provocaba dentera. Y Devi hablaba todo el tiempo, lo que lo hacía aún peor.

Pero eran buenos chatarreros, eso era innegable. Conocían el cementerio tan bien como la propia Rey, pero como todo el mundo que trabajaba en los desiertos de Jakku, habían encontrado sus propios lugares privilegiados, sus propios descubrimientos especiales que mantenían ocultos a los demás. Muchas de las partes que Rey había empezado a creer que nunca iba a poder reparar, y ya ni hablemos de remplazar, Devi y Strunk las encontraron en cuestión de días. Le trajeron el prometido montante de aterrizaje durante las primeras veinticuatro horas; tres días después, aparecieron una tarde arrastrando un complejo de sustentación repulsora entero que habían sacado de una pieza en una lanzadera estrellada de clase *Lambda*. Era un diseño imperial que no había sido pensado para incorporarse a los sistemas de un Ghtroc, pero a Rey sólo le llevó un día y medio más fabricar un convertidor de interfaz. Antes del final de la semana, habían remplazado el generador de popa que faltaba.

Rey subió a la cabina del piloto para asegurarse de que los sistemas se habían conectado de manera adecuada. Había remplazado las baterías del sistema de vuelo central meses antes y la nave se encontraba en modo de espera con la potencia a niveles mínimos. Devi y Strunk la siguieron, ansiosos y excitados, observándola de cerca mientras completaba con rapidez la secuencia de arranque y a continuación iniciaba los motores de sustentación repulsora. Cada uno de los emisores tenía su propio calibrador, barras azules verticales que medían la energía de sustentación en porcentajes, y los de proa y estribor respondieron de inmediato, indicando que estaban operativos por completo.

—¿Ha funcionado? —preguntó Devi—. ¿Funciona?

Rey jugueteó con el controlador de babor, tratando de sincronizar el motor de repuesto con los otros dos. La barra de potencia permanecía vacía y, entonces, de repente, se llenó al máximo. Los tres sintieron la nave temblar bajo sus pies, vibrando un poco. La arena botaba sobre el toldo reparado de la cabina y se deslizaba fuera de la ventana.

Strunk soltaba vivas, jaleando de manera desarticulada, y Devi se reía. La joven palmeó a Rey en el hombro, lo cual la molestó, pero no pudo evitar sonreír.

—¡Eres genial! —gritó Devi—. ¡Eres increíble, Rey!

Rey se apartó, deslizándose en el asiento del piloto.

—Vosotros también habéis ayudado.

—Claro, ¡si llamas ayudar a arrastrar trozos de naves espaciales por el desierto! *Tú* eres la que los ha montado. ¡Tú eres la que ha logrado que este cacharro funcione! —Devi se balanceó hasta el asiento del copiloto y lo giró sobre la base. La silla rechinó mientras daba vueltas—. ¡Vamos a hacer que despegue!

—¿Cómo, ahora?

Strunk parecía compartir la confusión de Rey.

—¿Dev?

—Claro que ahora —contestó Devi. Abarcó con una mano la vista fuera del toldo—. El sol ha bajado lo suficiente. Si nos mantenemos nivelados, nadie nos verá, ¿no? Estarían mirando al sol. ¡Vamos a hacerlo! ¡Quiero ver si puede volar de verdad!

Rey echó una ojeada a los indicadores en la consola, los niveles de potencia, los calibradores de temperatura, presión y flujo. Los repulsores estaban inactivos, con la potencia al máximo. El carguero parecía vivo, temblando de manera casi imperceptible.

—Sabes que quieres hacerlo —insistió Devi—. Sabes que quieres, no lo niegues, Rey.

Rey colocó las manos en la abrazadera y se pasó la lengua por el labio inferior.

—Sólo para asegurarnos de que todo está conectado como es debido.

—Por supuesto.

Rey apoyó los pies en los pedales de control y desactivó las cerraduras estáticas con el derecho. Una luz de advertencia se encendió para informar de que la nave no estaba presurizada de manera apropiada, así que la apagó y reconfiguró los controles para vuelo atmosférico. Devi la observaba, sonriendo como siempre, Strunk se había colocado detrás del asiento de su compañera y se agarraba al respaldo con tanta fuerza que Rey vio cómo el color abandonaba sus nudillos.

—¿Primer vuelo?

Strunk asintió.

—Para mí también —dijo Rey.

Soltó los frenos y aumentó la potencia de los repulsores, del mismo modo en que lo había hecho miles de veces antes en simulaciones. La nave se movió, levantándose en una línea casi completamente vertical, y Rey sintió cómo Jakku trataba de tirar de ella hacia abajo, de ella, de Devi y Strunk, y también de la nave, como si temiera dejarlos marchar. Sintió que la nave se tambaleaba un poco cuando sujetó los mandos, que el morro se hundía cuando soltó los pedales y dirigió el campo repulsor para que los propulsara hacia delante. El pequeño carguero titubeó, como si tuviera dudas sobre su relación con la gravedad. El estómago de Rey se encogió y Strunk emitió un sonido

mezcla de lloriqueo y gemido. Rey analizó la potencia y dirigió más hacia los repulsores; de repente, se estaban deslizando por el cielo de la tarde.

Estaban volando.

—Esto es genial —susurró Devi.

Rey tuvo que mostrarse de acuerdo. Según los instrumentos, estaban sólo a cincuenta metros, flotando a una apacible décima parte de la aceleración, pero la nave estaba viva bajo sus manos y el mundo afuera parecía distinto por ello. El cementerio, el Crujido, la Púa, lo reconocía todo, pero al mismo tiempo era completamente diferente desde aquella nueva perspectiva. Podía distinguir Niima en el horizonte, las diminutas motas de polvo de sus chozas y escasos edificios. Podía ver a un teedo solitario con su bestia lugga atravesando el desierto alejándose del sol poniente. Podía ver el cielo cambiando de color, volviéndose más intenso y profundo de lo que nunca le había parecido desde el suelo.

—Funciona —dijo Devi—. ¡Ya lo creo que funciona, Rey!

—Funciona —repitió Rey en voz baja. Algunas luces de advertencia estaban lanzando destellos, pero todas correspondían a sistemas contingentes, al menos por el momento. Los motores seguían sincronizados y a pleno rendimiento.

—Me alegra que funcione —dijo Strunk—. ¿Podemos aterrizar ya, por favor?

Devi se giró en el asiento para mirarlo.

—Eres un llorón.

—No, tiene razón —se mostró de acuerdo Rey—. No queremos que nos vean, al menos no todavía.

—Sí, claro.

Rey acercó la nave a tierra con una maniobra grácil y sin esfuerzo y dio vuelta hasta el punto en el que habían despegado. El sentido de movimiento, la respuesta de la nave a sus órdenes hicieron que volviera a sonreír. Su simulador de vuelo, con el maravilloso entretenimiento que le proporcionaba, nunca había capturado esa sensación, ¿y cómo podría? ¿Cómo podría haber sintetizado la realidad de esa libertad y ese poder?

Aterrizó la nave con tanta suavidad como con la que la había despegado, y a continuación apagó los motores en secuencia y colocó las baterías principales en modo de espera. El crepúsculo llenaba el cielo.

Devi saltó del asiento de copiloto y volvió a palmear el hombro de Rey.

—Mecánica *y* piloto, ¡lo tienes todo! Vamos, Strunk, volvamos a casa. Hasta mañana, Rey. Te vamos a encontrar esa cámara de conversión para el hiperespacio. Cuando la tengamos, ¡*entonces* estaremos listos!

Sin una palabra, Rey los miró desembarcar por la rampa de abordaje.

No podía dormir.

Entre las paredes del caminante, Rey estaba tumbada sobre su pila de mantas, contemplando el techo, escuchando el suave gemido del viento al colarse entre las grietas del casco. Había apagado la electricidad para la noche y estaba muy oscuro. Estaba cansada, pero no podía evitar que su mente fuera a mil por hora. Preguntas y pensamientos, recuerdos enterrados de hacía tiempo y otros nuevos. Cuando aguantaba la respiración, todavía podía sentir el carguero volviendo a la vida entre sus manos, la euforia del vuelo. Había sido extraordinario, mejor de lo que había imaginado nunca.

Y no era sólo eso. El sentimiento de triunfo era intenso. Había encontrado una nave espacial que había yacido en la arena durante años, incluso décadas, y le había devuelto la salud. La había devuelto al aire, con sus manos y su cerebro, una vez más. Eso era algo de lo que estar orgullosa, aunque el orgullo era un sentimiento nuevo para ella y no sabía muy bien qué hacer con él. No le llevaría mucho más terminar el trabajo, devolver al Ghtroc algo de su gloria pasada. Su objetivo estaba al alcance de la mano.

«Puede que ese sea el problema», pensó. Quizás ese fuera el origen del sentimiento sordo y angustiante que le comprimía las entrañas. La sensación parecía ir y venir y bailar por su mente, pero permanecía fuera de su alcance. Era como si estuviera persiguiendo imágenes dentro de un sueño, imágenes que no podía identificar y a las que no podía poner nombre.

Rey se removía sobre las mantas, luchando por acomodarse, tratando de sacarse de la cabeza los pensamientos que se negaban a abandonarla. No se fiaba de Devi ni de Strunk, ni juntos ni por separado. Pero cada vez que pensaba en ello, recordaba todo lo que habían hecho, todas las veces que habían mantenido su palabra. Habían cumplido todas las promesas, habían seguido todas sus instrucciones. La habían ayudado, de manera incuestionable, a devolverle la vida al carguero. *Debería* confiar en ellos. *Quería* confiar en ellos.

Pero no podía. La traicionarían. Tratarían de engañarla. De robar el premio y quitarle su parte. Por mucho que quisiera creer lo contrario, estaba segura de que Devi y Strunk se volverían en su contra, y de que lo harían pronto.

La nave: estaba sola, desprotegida, en medio del desierto.

Era noche cerrada y hacía un frío extremo.

Rey se sentó y alcanzó las botas en la oscuridad. Se las colocó y a continuación encontró las gafas y el bastón. Cogió una de las mantas y encendió una luz el tiempo suficiente para encontrar un cuchillo. Hizo un corte en el centro de la manta y se la pasó por la cabeza, a modo de poncho. Apagó la luz, abrió la puerta de un tirón y salió a la noche del desierto. En algún lugar, más allá de las dunas, Rey oyó el aullido distante de los roemandíbulas reuniendo las manadas.

El mundo brillaba. Las estrellas fulguraban, magníficas, y dotaban al desierto de un gris luminiscente. Rey condujo con las gafas protegiéndole los ojos y la cabeza baja, el poncho recién creado dejando mucho que desear como protección contra el frío. Le dolían las manos sobre los controles del deslizador. Aceleró más de lo que debía, pero no

tanto como era capaz, mientras un sentimiento de pavor la atenazaba desde su interior, como si pudiera treparle por el estómago y la garganta.

No tenía miedo de la violencia. No la disfrutaba, pero no la temía. Era una parte necesaria de la supervivencia en Jakku. Había aprendido a defenderse pronto. Se había visto involucrada en más peleas de las que podía recordar, por suerte, con más victorias que derrotas. Era tan buena que en Niima había corrido la voz de que más valía alejarse de ella y de lo que podía hacer con su bastón. Era capaz de pelear, y lo haría si tenía que hacerlo.

Devi, decidió Rey, era la peligrosa.

Strunk era fuerte, pero también lento y se limitaba a seguir las órdenes de Devi. La chica era rápida, y Rey había visto la vibrohoja que llevaba en su cinturón y sabía que también ocultaba una vara eléctrica en la pierna izquierda, bajo los pantalones. Si llegaban a las manos, Rey se encargaría primero de Devi. Luego lidiaría con Strunk. No es que ardiera en deseos de empezar a luchar.

La nave estaba justo como Rey la había dejado, intacta y silenciosa. Colocó el deslizador a cubierto en la popa de la nave y a continuación se quedó quieta, escuchando el silencio del desierto. No había viento. El único sonido que oía era el de su propia respiración. Tembló, se frotó las manos frías y doloridas y escuchó el susurro de la arena bajo sus pies mientras caminaba hasta la rampa de carga e introducía el código. El mecanismo hidráulico hizo descender la rampa con un sonido repentino y estridente en la quietud de la noche.

Rey subió a bordo y cerró y aseguró la rampa tras ella. El compartimento principal estaba a oscuras, iluminado tan solo por el débil resplandor de las estrellas que llegaba desde el corredor de la cabina. Siguió la luz hasta el asiento del piloto y se sentó. Se dejó las gafas colgadas del cuello y se apoyó el bastón sobre las rodillas. Se sentía estúpida. Había estado segura de que cuando llegara iba a descubrir que la nave había desaparecido o, si tenía suerte, a Devi y Strunk en el proceso de robársela. Había conducido por el Cementerio, a través del Crujido, se había expuesto a los roemandíbulas, a la congelación y a la posibilidad de estrellarse, y todo porque no podía convencerse de confiar en ellos. Se preguntó qué habría pasado si la situación hubiera sido la opuesta: si Devi y Strunk hubieran sido los que hubieran descubierto la nave y Rey hubiera tropezado con ella después, ¿habría sentido lo mismo?

¿Habría hecho Rey lo que estaba segura de que planeaban hacerle ellos? Estaba tan cansada…

Cerró los ojos. Sintió que el sueño tiraba de ella, que la arrastraba hacia abajo. Soñó con cierta calidez, con su infancia, con recuerdos perdidos tratando de salir a la superficie. Abrió los ojos y aún era de noche. Las estrellas titilaban en el cielo. Cerró los

ojos de nuevo y los volvió a abrir de golpe. Sobre el borde de la luna frente a ella percibió unas sombras moviéndose.

Rey se despejó del todo, sobresaltada, con una mano cerrándose alrededor del bastón. No estaba completamente segura de que no hubiera sido un sueño. Se deslizó hacia delante en el asiento del piloto, casi de rodillas sobre el suelo de la cabina, usando la consola de vuelo a modo de escondite.

Las sombras se movieron de nuevo. Dos figuras descendían por la duna en dirección a la nave. Aún sin poder distinguirlas del todo, vio dos formas más coronando la duna a lomos de bestias lugga.

Cuatro teedos se dirigían hacia ella.

A medida que se acercaban, Rey pudo distinguir más detalles. Los cuatro estaban armados, casi todos con varas, pero uno de ellos llevaba un rifle. No podía verles las marcas en la oscuridad, pero no le hacía falta. Habían venido a quitarle la nave o a destruirla. No importaba, Rey no iba a permitírselo de ninguna de las maneras.

El Ghtroc estaba armado con un cañón dual láser montado en el morro, pero el arma no se encontraba operativa. Rey había restaurado el cableado y los controles de disparo lo mejor que había podido, pero el gas tibanna necesario para cargar las armas se había evaporado en la atmósfera y era imposible reponerlo, sin mencionar que el uso del cañón era una solución drástica y, por mucho que estuviera dispuesta a defender su botín, no quería matar a nadie si podía evitarlo.

Rey rodó desde el asiento del piloto hasta él suelo y gateó con rapidez de nuevo hacia el pasillo de la cabina antes de incorporarse. Trastabilló en la negrura hasta la rampa de carga y descendió, saltando afuera antes de que hubiera tocado el suelo. Rey corrió hasta la parte delantera de la nave sujetando el bastón con las dos manos. Resbaló al detenerse y quedar cara a cara con los teedos.

Detuvieron su avance, y el más cercano —el que tenía el rifle— se quedó a seis o siete metros de distancia. Durante un largo momento, nadie se movió ni habló. Una de las bestias lugga resopló, golpeando la arena con la pezuña, mientras sus engranajes rechinaban.

—Esto es mío —dijo Rey—. Es mi nave, ¿lo entendéis? No es para vosotros.

Los teedos no respondieron. La oscuridad de la noche se había vuelto aún más profunda. Rey no podía distinguir a quién se estaba enfrentando, si a chatarreros o a algo peor. Tenía un nudo en el estómago y sentía un dolor en la boca de las entrañas y el corazón latiéndole en el pecho. Hacía, si eso era posible, más frío que antes. Cuando habló, su aliento formó nubes de condensación en el aire.

—Marchaos —les advirtió Rey—. Fuera.

El teedo más cercano a ella, con el rifle todavía bajo, volvió su cabeza vendada para intercambiar una mirada con sus acompañantes. Sus cuerpos siempre estaban ocultos, todo, incluyendo los ojos, así que incluso si la luz hubiera sido mejor, Rey no habría sido capaz de leer sus expresiones. A pesar de ello, su lenguaje corporal era claro. El teedo que estaba al frente volvió a clavar la vista en ella. No tenían intención de marcharse.

—No quiero pelear —advirtió Rey—. No quiero pelear, pero lo haré. Lo haré.

El teedo con el rifle se llevó el arma al hombro. Seis metros era un tiro a distancia corta, pero era demasiado lejos para que Rey pudiera ponerse a salvo antes de que disparase. Se dijo que tenía que intentarlo, en cualquier caso. Si tenía suerte, si le daba con el bastón, quizá podría golpear el extremo del arma antes de que disparara, quizá podría arrancárselo de las manos, obligarle a fallar el tiro. Rey dudaba de que se pudiera tener tanta suerte, pero no tenía otra opción.

Nunca tuvo la oportunidad de averiguar lo que habría pasado.

El rayo de un bláster golpeó la arena entre ella y el teedo del rifle. El tiro era de un rojo brillante en medio de la oscuridad e hizo que la arena chisporroteara y ardiera. Un segundo disparo siguió al primero, esta vez más cerca del teedo. Ambos provenían de la derecha de Rey, por encima de una de las dunas.

—Ya la habéis oído —dijo Devi—. Es su nave.

Estaba de pie justo sobre la elevación, con un pequeño bláster entre las manos. Strunk estaba junto a ella y, cuando Devi habló, corrió con torpeza, bajando la cuesta, levantando arena a medida que se movía. No estaba armado, pero parecía incluso más grande que antes, con el doble de la altura que el teedo más alto.

—No tengo muchos tiros en este cacharro —amenazó Devi—, pero me quedan suficientes. A un par de vosotros le voy a hacer daño de verdad. O puede que algo peor.

Strunk había llegado abajo y pasó trotando al lado de Rey. Le tocó el hombro al llegar a su altura, pero siguió avanzando a grandes zancadas hacia el teedo con el rifle.

Estiró la mano, agarró el largo cañón del arma y tiró hacia un lado. El teedo no lo soltó, pero no podía controlar hacia dónde apuntaba. Strunk dio un tirón y el rifle se escapó del puño de tres dedos del teedo. Strunk le dio la vuelta al rifle, encontró el cargador y lo sacó. Arrojó el cartucho sobre las dunas y le devolvió el arma al teedo.

—Es hora de que os marchéis —dijo Devi.

Los teedos dieron media vuelta y volvieron por donde habían venido.

—De nada —dijo Devi, siguiendo a Rey por la rampa hasta el interior de la nave. Las pisadas de Strunk sonaban pesadas sobre el metal tras ellas.

—¿Qué estabais haciendo aquí? —preguntó Rey. Encendió las luces del compartimento principal con un movimiento rápido y dio un golpe al interruptor para cerrar la rampa una vez más.

Devi guardó el pequeño bláster en uno de sus muchos bolsillos y se pasó los mugrientos dedos por el pelo, mirando a Rey desde abajo. Parecía confusa.

—Estábamos montando guardia.

—¿Montando guardia?

—Sí, Strunk y yo hemos estado acampando aquí fuera más o menos durante las últimas dos semanas, cada vez que te vas a casa —Devi parecía confusa de verdad—. Alguien tiene que montar guardia, ¿no?

—¿Dos semanas?

—Más o menos, sí. Pensábamos que te sentirías más agradecida.

Rey posó la vista sobre su bastón, en esos momentos sobre una mampara. No sabía cómo debía sentirse. Habían estado durmiendo a la intemperie bajo el frío durante dos semanas, expuestos a los roemandíbulas y a cualquier otro peligro sólo para custodiar la nave.

—No sabía que estabais montando guardia —dijo Rey.

—Tenemos uno de esos viejos refugios de emergencia que sacamos de un Ala-X estrellado hace un par de años. Se está bastante caliente dentro, aunque es demasiado íntimo —Devi le lanzó una sonrisa a Strunk, que estaba de pie, como una tumba, escuchando de cerca—. Solemos esperar hasta que te vemos llegar y entonces salimos a buscar las piezas y a por nuestras porciones, tal cual. ¿No te habías preguntado nunca por qué siempre llegas la primera?

—Creía que tan sólo llegaba pronto.

—No, Rey, nos hemos estado asegurando de que todo estuviera a salvo.

Rey lo consideró y descubrió que estaba luchando con lo que tenía que decir. Las palabras salieron de su boca con lentitud:

—Gracias.

Devi rio.

—¿Ves? ¡Eso es todo! ¡De nada! No es para tanto, Rey, sólo estamos protegiendo nuestra inversión, ¿verdad? Eso es todo. Nada más.

Rey asintió, también lentamente.

—Así que, escucha —dijo Devi—. Estaba hablando con Forna cuando estaba con Oth y Grand en Niima el otro día y dijo que la *X'us R'iia* descubrió un Uulshos XP, uno de esos yates, ¿sabes? Dicen que está completamente destrozado, le han sacado hasta las tripas, también dicen que el compartimento del motor principal ha quedado intacto. Ni yo ni Strunk recordamos que Unkar haya vendido alguna vez una cámara de conversión, es un aparato demasiado complicado de separar de la mezcla del empalme, ¿no? Pero la que está en este XP puede que aún esté intacta. Así que vamos a salir a echarle un vistazo, ¿qué te parece?

—Creo que es una gran idea.

—Pero separarla va a ser todo un fastidio. Strunk es lo bastante fuerte como para ayudarme a levantarla, pero desconectarla sin dejarla inservible o sin rajar el enrutador, esa es la parte que me preocupa.

—Puedo ayudar.

Devi pareció sorprendida.

—¿Estás segura? La nave se quedará sola.

—No, yo puedo ayudar con eso —dijo Rey—. Podemos ir Strunk y yo. Tú quédate con la nave.

Devi clavó la mirada en Rey y luego la apartó bruscamente. Cuando volvió a mirarla, a Rey le pareció que tenía los ojos empañados por las lágrimas.

—No dejaré que nadie la toque —prometió Devi.

Era un viaje de medio día desde el Ghtroc hasta donde Devi dijo que encontrarían el Uulshos XP y Rey condujo con Strunk en la parte de atrás de su deslizador. Los restos estaban casi por completo como Devi los había descrito, la nave rota en seis secciones que se habían dispersado a lo largo de más de un kilómetro y medio, con los motores en la zona más alejada. Todo lo que se podía usar había sido arrancado de la cabina y las áreas de tripulación y pasajeros y, a primera vista, Rey habría dicho lo mismo de la sala de máquinas. Quienquiera que hubiera estado trabajando allí, se había llevado hasta los tornillos.

—¿Qué te parece? —preguntó Strunk.

Rey tardó en contestar, agachándose bajo una viga transversal rota y colocándose entre los restos. Habían retirado los paneles del suelo y era complicado caminar. Sacó la

linterna de la mochila y la apuntó hacia el techo y luego al suelo, tratando de encontrar por dónde se había conectado el cableado al sistema de hiperespacio y siguiéndolo por fin hasta donde una vez se encontró el complejo inyector. Se quedó de pie durante varios segundos, asimilándolo todo, apagó la luz y se giró hacia él.

—Creo que funcionará —dijo Rey—. Creo que podemos hacer que funcione.

Sacaron las herramientas y comenzaron el laborioso proceso de desconectar el conversor del empalme. Fue un trabajo lento y paciente, porque Rey estaba tratando, en esencia, de retirar un elemento del sistema de hiperespacio que nunca había sido diseñado para ser intercambiable. En cualquier otra circunstancia, habrían considerado mucho más seguro y eficiente limitarse a extraer entera la matriz de hiperespacio, hasta los mismos motores, y reinstalar una nueva. Por razones evidentes, eso no era una opción. Rey sabía que podría haberse encargado de la separación física de la cámara del resto del motor, pero una vez que lo hubiera hecho, había notado enseguida, nunca habría sido capaz de sacarla de la nave ella sola. El problema era simple: ella no tenía tanta fuerza. Strunk apenas podía manejarla él solo. Trabajando juntos, sin embargo, se las apañaron para transportarla fuera de los restos y atarla a la parte de atrás del deslizador.

Ya se había puesto el sol cuando regresaron al Ghtroc y lo encontraron con las luces apagadas y Devi sentada en la rampa de carga extendida. Se puso de pie cuando los vio y golpeó el aire con el puño de manera triunfante mientras se acercaban. Strunk rio y Rey lo imitó. Trabajando juntos, sacaron el componente del deslizador y lo subieron a bordo del carguero. Compartieron la cena, una porción cada uno, sentados en el suelo, y Devi habló durante toda la comida, como era su costumbre, pero Rey descubrió que esta vez estaba disfrutando de la conversación. Cuando terminaron, Strunk se levantó para dirigirse a la rampa y Devi lo siguió.

—Te vemos por la mañana, Rey —dijo Devi, y luego se giró hacia Strunk—. Yo me encargaré de la primera guardia.

—Os podéis quedar en la nave —dijo Rey—. Aquí hace más calor.

Se detuvieron.

—Eso es cierto —contestó Devi—. Además, no huele tanto a Strunk. Lo cual, siento decir, sí que sucede bastante en el refugio.

—Yo no huelo —Strunk sonaba herido.

—Los *tres* olemos, Strunk. No recuerdo la última vez que estuve en un refrescador.

Rey señaló una de las pequeñas puertas cerradas del compartimento principal.

—Cien por cien operativo.

—¿En serio?

—No hay agua, pero los rayos sónicos funcionan.

Devi ya estaba a medio camino de la puerta.

—Puedes encargarte tú de la primera guardia, Strunk.

Desapareció dentro del refrescador con tanta rapidez que Rey no pudo evitar reírse.

Dos días después, Rey pilotó el carguero ligero Ghtroc 690 que había encontrado, la nave que había pasado casi un año reparando, hasta Niima, con Devi sentada en el asiento del copiloto junto a ella y Strunk tras las dos, con cada una de sus enormes manos apoyada en el respaldo de los asientos. El salto al hiperespacio funcionaba y se comunicaba sin problemas con el ordenador de navegación. El zumbido de los motores de repulsión los acompañaba con una eficiencia óptima. Los sellos de presión en los accesos exteriores eran firmes y la atmósfera era estable, constante y cómoda. Sólo quedaban dos luces de advertencia destellando en la consola, y ambas eran irrelevantes. Una informaba a Rey de que los tanques de agua estaban vacíos y la otra de que el Ghtroc había rebasado la fecha límite de su revisión después de veinte mil años luz.

Devi se había partido de risa cuando le había explicado lo que significaba la segunda luz.

Volaron desde el sur y Rey redujo la velocidad para que todo el mundo en Niima pudiera echarle un buen vistazo a la nave mientras descendía sobre la pista de aterrizaje. Casi todos los aterrizajes llegaban desde el este y Rey sabía que los observadores avispados notarían la diferencia y se preguntarían quiénes eran y de dónde venían. Se acercó a tierra trazando un círculo perezoso alrededor de la pequeña ciudad, observando a través de la luna la actividad en el suelo. Devi se inclinó e hizo lo mismo. Podían ver las pequeñas figuras de los chatarreros y vendedores saliendo de sus refugios y desde debajo de sus marquesinas, alzando las manos para protegerse los ojos del brillo del sol.

—¿Crees que han visto suficiente? —preguntó Rey.

—Creo que nunca han visto nada igual —contestó Devi.

Rey sacó la nave de su rumbo y entonces, por puro capricho, le dio a los motores un tirón inesperado. La fragata se disparó hacia adelante, el horizonte desapareció de su visión cuando subió el morro. Realizó medio rizo con la nave y a continuación volvió sobre sí misma y lo dobló. Devi lanzó un grito de alegría. Strunk se agarró a los asientos con más fuerza. Rey redujo la velocidad de nuevo mientras volvían a la pista de aterrizaje y dejó que el carguero flotara, permitiendo que se posara solo. Había un hueco entre la vieja fragata YT y una de las naves más limpias y nuevas que Unkar había adquirido. Con una precisión milimétrica, Rey la hizo descender con tanta suavidad que el aterrizaje no produjo ningún sonido cuando Jakku, una vez más, reclamó el peso del Ghtroc.

Pulsó los comandos de la consola para colocar la nave en modo de espera. Unkar querría saber que funcionaba, que *todo* funcionaba, y cuando Rey lo llevara a bordo quería poder presumir de su trabajo sin ningún retraso. Soltó los mandos y se levantó, seguida por Devi y Strunk. Cargaron su deslizador en el compartimento principal y Strunk activó la rampa. Mientras iba bajando, Rey pudo ver a la gente congregándose alrededor de la pista de aterrizaje, tratando de echarle un vistazo a los recién llegados.

—No dejes que nadie suba a bordo —le indicó Rey a Devi—. Sólo yo y Unkar, nadie más, sin importar qué prometan ni cuánto supliquen.

—Diez mil porciones, mínimo —dijo Devi.

—Para los tres —respondió Rey y sonrió. Condujo el deslizador por la rampa hasta la pista de aterrizaje, con un giro brusco y rápido que la llevó a la tienda de Unkar. Alguien gritó mientras pasaba, y un par de chatarreros en la estación de lavado lanzaron hurras cuando la vieron, comprendiendo de golpe la inmensidad de la hazaña de Rey. Estaba sonriendo de nuevo, las mejillas le dolían, pero esta vez no le importó demasiado.

Unkar la estaba esperando fuera cuando aparcó. Parpadeó con lentitud, mirándola, esperando a que apagara el deslizador y saltara al suelo.

—Es un Ghtroc 690 —dijo Rey—. Completamente restaurado, con hiperespacio funcional, todo funciona menos el cañón láser y los tanques de agua. Todo lo demás está cien por cien operativo, Unkar.

El tendero parpadeó de nuevo y giró su pesada cabeza a un lado, dirigiéndola a la pista de aterrizaje. Entonces fue cuando oyó el sonido del motor y Rey también se volvió a mirar, justo a tiempo para ver el Ghtroc alzándose en el aire. Ascendió con rapidez, casi demasiado rápido. Se separó del suelo con brusquedad, con el morro dando un respingo. Los motores principales se encendieron y un destello azul de gases ionizados salió a chorro desde popa.

El Ghtroc se convirtió en un punto en el cielo azul.

Y entonces desapareció.

Unkar soltó un gruñido y volvió a entrar en su tienda. Rey oyó cómo el puesto remoto volvía a la vida de nuevo a su alrededor, con la algarabía de chatarreros y vendedores; Niima regresaba a la normalidad.

Rey se quedó allí de pie durante largo rato. Cuando por fin se movió fue para montar en su deslizador y volver a casa, al caminante. Sabía que debería estar enfadada, pero no lo estaba. Entender el por qué la llevó hasta esa noche, mientras estaba sentada sobre las mantas, sacándole las lentes a golpes a un maltratado casco de soldado de asalto, había sido siempre una cuestión de confianza, pero no en Devi y Strunk; era sobre confiar en sí misma.

Devi y Strunk habían querido la única cosa que Rey jamás quiso; incluso se lo habían dicho desde el primer momento. Pero ella no había escuchado. No los había oído porque esa era la única cosa que Rey nunca se permitía siquiera considerar.

Habían querido marcharse.

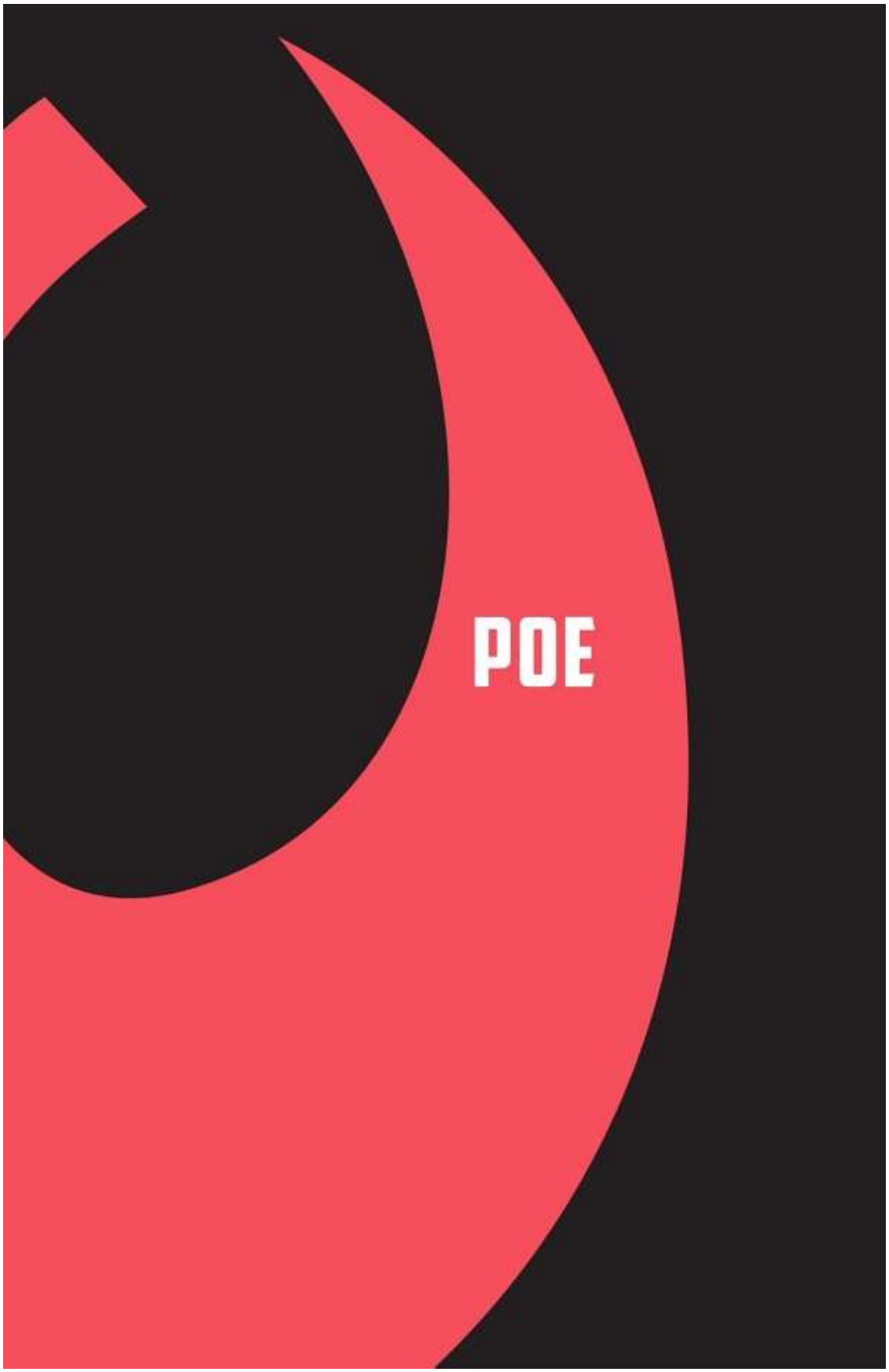
Pero Rey tenía que quedarse. Al menos hasta que volvieran a por ella.

Si se marchaba, sus padres no tendrían manera de encontrarla.

Suspiró y el sonido reverberó por el estrecho armazón que era su hogar. Se desplazó hasta la mesa de trabajo, encendió el ordenador y cargó el simulador de vuelo. Seleccionó un Ghtroc 720, un vuelo suborbital con condiciones atmosféricas tranquilas y sin complicaciones.

Rey voló.

Pero no era lo mismo.


POE

LA PRIMERA NAVE DE POE DAMERON fue el Ala-A RZ-I de su madre.

Era un buen caza, pequeño y estrecho, reparado mil veces y marcado por las cicatrices de sus años de servicio. Como interceptor, el Ala-A había sido fabricado para destacar en velocidad más que en fuerza. Los cañones láser gemelos que tenía montados a ambos lados del casco escupían suficiente potencia de fuego para resolver cualquier mano a mano —siempre y cuando el piloto a los mandos fuera lo bastante hábil— y sus dos lanzadores de misiles de impacto podían hacerle pasar un mal rato a cualquier transporte más pequeño que una nave capital. Alcanzaba una aceleración asombrosa a una velocidad inferior a la de la luz. Era más parecido a una cabina armada con motores pegados a la parte posterior que a un caza tradicional, ultrasensible y pensado para ser pilotado por una persona, sin copiloto o apoyo astromecánico.

El Ala-A había sido parte del paquete de compensación para su madre cuando los padres de Poe se decidieron a dejar la Rebelión, unos seis meses después de la Batalla de Endor, y los acompañó a su nuevo hogar, una colonia recién fundada en Yavin 4. Su madre lo había continuado pilotando durante un par de años más, sobre todo en protección civil, y de vez en cuando llevaba a Poe con ella. Él se sentaba en su regazo dentro de la apretada cabina con las manos en los mandos y las de su madre sobre las suyas, y podía sentir la nave respondiendo a su control. Notaba cómo se movían por el aire, con la atmósfera empujándolos y la presión de la gravedad tratando de rechazarlos.

Entonces atravesaban la fina capa que protegía al satélite que los cobijaba y el gigante de gas Yavin brillaba de repente con más fuerza recortado contra la negrura del espacio. Los empujones y tirones de la atmósfera y la fuerza de la gravedad desaparecían y la sensación se acercaba a la perfección, todo cuanto el joven Poe podía imaginar. Miraba con los ojos como platos a través de las ventanas, perdía la cuenta de las estrellas y sentía la libertad y las posibilidades, que podía ir adonde quisiera, que podía hacer cualquier cosa. En esos momentos fue cuando supo que, hiciera lo que hiciera, iba a convertirse en piloto.

Su madre había pilotado en la Batalla de Endor, había participado en la acción masiva de la flota contra la segunda Estrella de la Muerte mientras el padre de Poe aseguraba el terreno con los otros comandos de exploradores en los bosques de la luna bajo ellos. A su

madre no le gustaba hablar de su época de servicio, cosa que Poe sabía, y cuando le pedía que le contara cosas de esa época, se negaba con suavidad o cambiaba de tema. Era suficiente, le explicó a Poe, haber cumplido con su obligación, haber respondido cuando la habían llamado. Que *lo hubiera hecho* era más importante, decía, que *lo que había hecho*.

—La gente lo estaba pasando muy mal —le contó su madre—. La gente estaba sufriendo. Tu padre y yo no podíamos quedarnos de brazos cruzados.

No fue hasta varios años más tarde, mucho después de que ella hubiera fallecido y Poe se hubiera unido al servicio de la Nueva República como piloto, cuando empezó a entender la verdadera magnitud de su heroísmo, que la teniente Shara Bey había recibido la Nova de Bronce por Valentía Sobresaliente; que se había ganado su triple as menos de una semana después, durante la operación Mordisco de Mynock, asaltando una estación de combustible imperial en Beroq 4; que había volado en docenas de otras batallas, escaramuzas y acciones; que su ficha contenía numerosos testimonios de otros pilotos alabando su destreza, afirmando que le debían la vida a la madre de Poe Dameron.

El padre de Poe era más prolijo en las historias sobre la guerra, aunque nunca hablaba de sus propias intervenciones, sino que prefería centrarse en el valor y el arrojo de otras personas. Le contaba a Poe que el general Solo tenía la mejor puntería que había visto nunca con un bláster; o aquella vez en la que uno de sus compañeros de escuadrón les había sacado de una emboscada con un comunicador con los cables cambiados y dos cargadores de un transformador de respiración estándar; o que una vez su escuadrón estaba sitiando una base del ISB en el Borde Exterior y nadie tenía ni idea de cómo entrar hasta que, por puro azar, derribaron un AT-ST, que chocó contra la base y les abrió un acceso fácil.

—¿Alguna vez tuviste miedo? —le preguntó Poe en una ocasión cuando tenía nueve años, un año después de la muerte de su madre. Hasta entonces, Poe había imaginado los combates aéreos como demostraciones espectaculares de luz, velocidad e ingenio, radiantes e inmaculados. Había pensado en los soldados de asalto como armaduras vacías, no en los hombres y mujeres que llevaban dentro. Perder a su madre le había mostrado la muerte de una manera hasta entonces nunca antes concebida y con ello entendió que la guerra no era romántica; la gente moría y los muertos no volvían con sus seres queridos, por mucho que desearas que las cosas fueran distintas.

Era un pensamiento tan espeluznante como devastador.

Estaban fuera, en el linde de su propiedad, el pequeño rancho que sus padres habían edificado tras asentarse en Yavin 4. La tarde estaba acabando y los sonidos que llegaban de la jungla se volvían más altos y ominosos según se acercaba la noche. Su padre había estado reparando uno de los generadores de la verja del perímetro y Poe le estaba ayudando con la tarea. Trabajaron en silencio, igual que muchos de los días transcurridos desde que la madre de Poe murió, unidos en una pena compartida.

Así que Poe se sorprendió cuando su padre contestó, se sorprendió de que supiera a qué se refería.

—¿Que si tuve miedo alguna vez? —su padre estudió el martillo dinámico que tenía en la mano, la herramienta vibrando todavía, profiriendo su extraño gemido cantarín mientras resonaba. Lo apagó y lo dejó caer en la caja de herramientas a los pies de Poe. Se limpió las manos en los pantalones y entornó los ojos hacia la jungla. Sobre sus cabezas, el sol se deslizaba tras el gigante de gas Yavin, bañando el mundo con un tono rubí.

—Cuando estaba en tierra en Endor, hubo un momento en el que los cabezacubo nos tenían —dijo su padre—. Los soldados de asalto nos habían rodeado, a todos, nos tenían atrapados. Pensaba que estábamos acabados. Creía que había perdido, y me refiero a todo. La guerra, todo. Miré hacia arriba, más allá de los árboles, hacia el perfecto cielo azul. Apenas se podía ver la Estrella de la Muerte durante el día. Sabía lo que estaba pasando por encima de nosotros, la batalla que estaban librando.

Su padre le dirigió una sonrisa triste.

—Y pensé que tu madre estaría mirando hacia abajo, hacia mí, justo en ese momento. En mitad de lo que fuera que estuviese haciendo, en medio de la batalla en la que se encontrara envuelta, fue como si sintiera sus ojos sobre mí. Pude sentir cuánto nos quería a ti y a mí.

Se volvió a limpiar las manos y cogió otra herramienta de la caja, devolviendo su atención a la verja.

—La cuestión es que estaba *preocupado*, pero no tenía *miedo*.

—Entonces, ¿*nunca* tuviste miedo? —Su padre rio en voz baja.

—No he dicho eso. Lo que estoy diciendo es que de lo que tenía miedo entonces no es lo que me asusta ahora.

—¿De qué tienes miedo ahora?

Poe contempló a su padre mientras levantaba los ojos de la verja y los posaba en el cielo que anochecía. El sol casi se había deslizado detrás del gigante de gas y en los últimos momentos del día todo parecía tener un brillo extraño, como si estuviera más enfocado.

—De que todo haya sido en vano —se lamentó su padre.

BB-8, sujeto en la cámara astromecánica tras la cabina del Ala-X de Poe, balbuceó una pregunta. Cuando estaba enchufado al caza, el habla binaria del droide se descifraba y aparecía en la consola automáticamente, pero en realidad Poe no necesitaba leer la traducción para entender lo que el droide estaba diciendo. Sonrió y estiró la mano por encima de su hombro izquierdo para afinar una de las ruedas que controlaban la energía de los motores de babor, ajustando la velocidad del flujo en el dorsal de los dos propulsores fusiales.

—Sólo estaba hablando conmigo mismo, Bebe-ocho —contestó Poe—. Trasteando en el baúl de los recuerdos.

Revisó el escáner y volvió a contemplar el vacío completo que lo rodeaba. Lo acompañaban otros tres Ala-X Incom-FreiTek T-85, volando en formación de cuña de cuatro. Era el Escuadrón Estoque, a sus órdenes, *su* escuadrón.

—Todas las naves, informen —dijo Poe.

—Estoque Dos —Karé Kun sonaba aburrida como una ostra—. Todo correcto, señor.

—Estoque Tres, y estoy de acuerdo con Estoqué Dos, señor —era Iolo Arana quien hablaba, volando a estribor por detrás de Poe—. Esto vuelve a ser una pérdida de combustible y de tiempo.

—Estoque Cuatro, a la espera.

—Fijaos —dijo Poe—, ahí todos tendríais que seguir el ejemplo de Muran. ¿Habéis oído lo bien que ha informado Estoque Cuatro, sin comentarios editoriales ni nada del estilo?

El sonoro bostezo de Karé resonó en los altavoces de Poe. Sonrió a pesar de sí mismo.

—Cambiad a uno-cuatro punto cuatro —ordenó Poe—. Una última vuelta y volvemos a la base.

La formación se inclinó como uno solo, cada caza moviéndose según su turno en rápida secuencia, siguiendo el ejemplo de Estoque Uno. BB-8 borboteó de nuevo, hablando para sí más que comunicándose, y Poe se preguntó qué estaría computando la pequeña máquina. Cada droide manifestaba su propia personalidad y la mayoría de los que había conocido era predecible según ciertos estereotipos mandones, malhumorados, taciturnos, de acuerdo con su propio programa. BB-8 era otra cosa; en ocasiones podía ser infantil, otras veces precoz, pero de vez en cuando Poe se preguntaba si no estaría soñando despierto, lo cual era absurdo, por supuesto, porque supondría que BB-8 poseía una imaginación activa.

Iolo interrumpió sus pensamientos refunfuñando por el comunicador.

—Lo que no entiendo, comandante, es por qué seguimos haciendo estas salidas.

—Somos miembros de la Armada de la Nueva República —dijo Poe—. ¿O has olvidado lo que te propusiste proteger cuando te alistaste?

—Sé que es nuestro *trabajo*. Lo que digo es, a ver, entiendo que a la República le preocupe la piratería en las líneas de comercio, lo entiendo. Lo entiendo del todo, por completo. El impacto sobre el mercado galáctico, la seguridad ciudadana, el imperio de la ley, todo eso. Pero hemos estado patrullando durante tres semanas…

—Cuatro —le corrigió Karé.

—Cuatro, gracias, Karé, y ni un contrabandista, ni un pirata, ni un delincuente, leches, nuestros escáners no han recogido ni un vehículo no tripulado. A estas alturas, aceptaría hasta un pedazo de basura espacial. Lo que sea.

—¿Qué quieres que te diga, Iolo? —respondió Poe—. He escrito a los guavianos a diario pidiéndoles que detengan sus actividades criminales, pero hasta ahora no me han respondido.

—Ese es el problema —intervino Karé—, los guavianos no saben *leer*, Poe. Tendrías que haber escrito a los hutt.

La cabina se llenó de risas, incluida la de Muran, y Poe se encontró a sí mismo sonriendo y sacudiendo la cabeza, hasta que de repente BB-8 empezó a piar y a soltar pitidos excitados. Poe revisó el escáner y ajustó el volumen mientras se enderezaba contra el asiento.

—Estoy detectando algo.

Las risas se cortaron de golpe.

—Bebe-ocho, envíalo al escuadrón.

Oyó un gorjeo de respuesta, un estallido de estática y entonces una voz forzada, con una modulación poco natural —como si alguien estuviera hablando a través de un transformador de respiración— llenó la cabina.

—*merciante libre* Yissira Zyde… *jo ataque, por favor, cualquier nave …nos reciba, estamos…*

—Bebe-ocho, conéctame, transmite a todos los Estoques.

El monitor de la consola se activó. El mapa del sector de la patrulla cambió al sector Mirrin.

—*… hemos …dido potencia para vuelo sub… uz motores no pueden man… …pito no podemos maniobrar… bajo ataque… varios… azas…*

El corazón de Poe empezó a latir con fuerza mientras miraba el mapa, contemplándolo mientras BB-8 seguía aislando la llamada de auxilio. No servía de nada decirle al droide que se diera más prisa; el astromecánico trabajaba todo lo rápido que podía, computando a plena potencia, pero aun así Poe no podía dominar su creciente impaciencia, la necesidad de moverse, en ese mismo momento, incluso si no tenía todavía un lugar al que ir. Las líneas cruzaban el mapa, haciendo zoom, cada vez más apretadas.

—Lo tengo —exclamó Poe—. Suraz 4. Todos los Estoques, confirmen coordenadas de hiperespacio.

Casi de inmediato, Estoque Dos las confirmó, seguido de Estoque Cuatro, luego de Estoque Tres.

—Vamos a entrar en acción —informó Poe—. Lánzanos.

Salieron de la velocidad de la luz uno tras otro, con lo que según el mapa de Poe era Suraz 5 justo enfrente de ellos.

—Sitúen los alerones S en posición de ataque —ordenó Poe—. Todos los Estoques, informen de su situación.

—Estoque Dos, a la espera.

—Estoque Tres, a la espera.

—Estoque Cuatro, a la espera.

—Acelerad y permaneced juntos.

Poe recalibró la potencia y empujó el mando hacia adelante, bajando el morro de su Ala-X mientras sentía como los alerones de estabilidad se levantaban y se colocaban en posición de ataque. El caza aumentó la velocidad a su orden, impulsándose hacia delante, como lanzado desde atrás por un golpe repentino. El mismo movimiento le traía a la cabeza el recuerdo de su madre, de pilotar con ella su Ala-A. La piloto no había manejado en su momento nada tan rápido y ágil como los nuevos T-85 y, no por primera vez, Poe deseó que hubiera vivido para verlos, para verlo a él dirigir su propio escuadrón.

—*Yissira Zyde* —dijo Poe—. Aquí Poe Dameron, de la Armada Republicana, hemos recibido su señal de socorro y nos encontramos en ruta para ofrecerles auxilio.

No hubo respuesta.

Aun en formación, los Ala-X se abrieron alrededor de Suraz 5, dirigiéndose hacia Suraz 4 a velocidad de ataque. Poe esperaba encontrarse con piratas e imaginaba que el enfrentamiento sería breve. La mayor parte de las organizaciones criminales que operaban en las líneas de comercio del sector Mirrin estaban mal financiadas y usaban naves que se mantenían más por fuerza de voluntad que por algo similar a la ingeniería. Cuatro Ala-X solían ser más que suficientes para dispersar a cualquiera de ellos. Eso era lo que imaginaba. Eso era lo que esperaba ver.

No era lo que se encontraron.

—Por el alma de Carayá —la voz de Estoque Dos sonaba sin aliento y apenas perceptible a través de los altavoces de la cabina.

El carguero, sin duda el *Yissira Zyde*, escorado en medió de la nada, escupía aire a través de un boquete abierto a estribor en el casco, con una nube de desechos mezclándose con la corriente evaporada. Aun desde la distancia, Poe pudo ver las diminutas figuras del grupo de abordaje saliendo de las lanzaderas de ataque que se habían detenido junto a la nave, el fulgor de las mochilas de repulsión transportando las brillantes figuritas blancas a través del vacío del espacio hasta entrar en la nave atacada; Tanto la partida de abordaje como los transbordadores estaban mejor equipados, mejor armados, y eso le dijo a Poe todo lo que necesitaba saber, incluso antes de que viera aparecer los TIE, ocho naves, volando para interceptar al Escuadrón Estoque.

—La Primera Orden —dijo Poe—. División, dos elementos. Estoque Dos, conmigo.

—En posición, Jefe Estoque.

—Estoque Tres, tú y Estoque Cuatro tratad de separar a esos transbordadores.

—Confirmado —respondió Iolo.

—Dos contra ocho, jefe —apuntó Karé.

—Sí —contestó Poe—. Lo siento por ellos.

La oyó reír y entonces se lanzaron al ataque.

Durante un momento, Poe estuvo seguro de que se saldrían con la suya, de que harían huir a la Primera Orden con el rabo entre las piernas y rescatarían el carguero. Alineó su

primer tiro, apretó el gatillo y los cañones de cuatro láseres dispararon dos pares de rayos. El TIE que estaba a la cabeza se resquebrajó, estalló en llamas y de repente había desaparecido. Se abrió hacia su derecha con un tirón de los mandos. BB-8 cantó una retahíla de código binario y de pronto Poe estaba detrás del segundo TIE. El caza enemigo dio un bandazo hacia la izquierda, pero Poe lo vio venir. Cuando el TIE rectificó, tratando de virar hacia estribor esta vez, cruzó justo por el centro de su campo de tiro y, sólo con eso, ya había dos menos.

Entonces Karé apareció desde debajo de otro y, en lugar de ocho TIE, quedaban cinco. Estoque Tres y Estoque Cuatro habían atravesado la línea de los cazas. Desde su cabina, Poe los contempló abriendo fuego sobre el primer transbordador y vio como los rayos chisporroteaban y se disipaban contra los escudos de la Primera Orden. Ambas naves abandonaron su posición de inmediato, una elevando el rumbo y la otra, descendiendo, imaginó Poe que para ponerse a salvo.

Dos de los TIE lo habían encañonado, lo que lo obligó a zigzaguear para tratar de sacudírselos de encima. Dispararon y los rayos lo adelantaron, inofensivos, pero no se detenían ni cedían. BB-8 gimió, preocupado.

—No pasa nada —lo tranquilizó Poe.

BB-8 produjo un sonido que, creyó Poe, sonaba bastante escéptico.

Recalibró la potencia, incrementando los deflectores frontales, aún serpenteando, agitándose de arriba abajo, sacudiéndose para impedir que los cazas tras él le acertaran. Extendió de nuevo la mano por encima del hombro hacia los reguladores de flujo, reduciendo en un instante ambos motores de estribor a un goteo, y entonces dio un tirón con los mandos hacia babor. El Ala-X dio una vuelta sobre sí mismo, de modo que las tiras que sujetaban a Poe al asiento se le clavaron en los hombros, y quedó con el morro apuntando al enemigo. Dos de sus disparos lo golpearon y crepitaron sobre el escudo, y entonces Poe abrió fuego.

En ese momento, quedaron sólo tres TIE y, cuando Estoque Dos derribó su segundo caza, fueron sólo dos. Poe restableció sus motores de estribor y comprobó la posición de los transbordadores a tiempo para ver a Estoque Tres y Estoque Cuatro haciendo estallar otro de ellos. Contempló cómo el otro parecía inmóvil en medio de la nada por un momento antes de saltar al hiperespacio. Los TIE restantes dividieron su formación, huyendo en desbandada, y Poe se lanzó de repente tras uno, mientras Estoque Dos cruzaba sobre él persiguiendo a otro. Se convirtieron en sendas bolas de fuego. Poe voló en círculos, buscando otras naves y, por el rabillo del ojo, vio cómo un brillo empezaba a formarse en la popa del *Yissira Zyde*.

—¡Muran! ¡Iolo! ¡Hacia babor! —gritó.

Estoque Tres se movió con rapidez arriba y a la izquierda, pero Muran fue hacia abajo a la izquierda, y no fue suficiente ni a tiempo. El carguero se estiró y desapareció de golpe del espacio real, y la estela de su salto a la velocidad de la luz sacudió el Ala-X de Estoque Cuatro, cercenando de su casco primero el alerón superior de estribor, luego el inferior.

—¡Muran! —gritó Karé—. ¡Muran, eyecta!

El Ala-X de Estoque Cuatro explotó.

—Es una desgracia —dijo Lonno Deso—. Nunca es fácil perder a un miembro de tu escuadrón. Pero he revisado los datos de vuelo, he analizado el enfrentamiento incluyendo la telemetría astromecánica, y no hay nada que pudieras haber hecho. La muerte de Muran ha sido una tragedia, pero en mi opinión, visto lo visto, era inevitable.

—No estoy de acuerdo.

—No puedes culparte a ti mismo.

La compasión en la voz y el rostro de Deso era innegable, tanto que Poe sintió en el pecho un ramalazo agudo, casi ardiente, de rabia. Apretó los puños, los relajó y a continuación miró más allá de Deso, hacia la pared de la sala de juntas tras él. Una pantalla mostraba la galaxia, con transparencias de colores marcando las zonas de influencia política. Su posición en la base republicana de Mirrin Prime se indicaba con un punto dorado que latía suavemente en el mar de azur que representaba la esfera de influencia de la Nueva República. Se extendía a lo lejos, desde el Núcleo Interior hasta franjas del Borde Exterior. Una banda gris designaba el área neutral de las Regiones Fronterizas y, detrás de estas, un círculo carmesí, el territorio de la Primera Orden.

Por primera vez, Poe vio el mapa y pensó que mentía.

—No me culpo a mí mismo —dijo Poe. Miró a Deso de manera enfática—. Estoy culpando a la Primera Orden.

—Comandante. —Deso suspiró—, no vamos a tener esta conversación otra vez.

—Este no es otro incidente aislado, Lonno. He leído los mismos informes de inteligencia que tú.

—El Comité de Inteligencia del Senado ha analizado los informes y ha decido que son inconcluyentes, como mucho exagerados en exceso, Poe. Esto no es un problema. La galaxia es grande. La Primera Orden es un retazo nacido de una guerra acabada hace treinta años. Sí, persisten, sí, siguen ahí, pero según nuestra información, apenas tienen importancia. Son, en el mejor de los casos, un puñado de conservadores desorganizados, mal equipados y peor financiados que usa la propaganda y el temor para inflar su fuerza y su importancia.

—Están volando TIE de vanguardia, están usando partidas de abordaje de comandos y lanzaderas de ataque de última generación en clara violación de la Concordancia Galáctica —Poe se inclinó hacia delante, presionando la mesa con su dedo índice. Deso levantó una ceja. Contemplando el dígito ofensor y luego a Poe. Este continuó—. Están entrenando tropas y pilotos. Hemos interrumpido una operación militar, Lonno, no un atraco de tres al cuarto. Querían el *Yissira Zyde* y lo han conseguido. Lo querían tanto que pagaron por él ocho TIE, sus pilotos y toda la gente que estuviera a bordo de la

lanzadera que Muran y Iolo derribaron. Esa no es una fuerza desorganizada. Ni una fuerza *desmotivada*. Es una amenaza real.

—Una amenaza emergente, entonces, Dameron.

Poe se enderezó, volviendo a apoyar las manos a los lados.

—Dádsela a la Resistencia.

Deso gruñó, como si Poe le acabara de ofrecer una fruta demasiado amarga.

—No seas ridículo. El papel de la Resistencia se ha exagerado tanto como el de la Primera Orden.

—¡Al menos están haciendo algo contra ellos!

—*Se rumorea* que están haciendo algo —lo corrigió Deso.

—Tenemos que actuar.

Deso se aclaró la garganta.

—Daré a conocer tu preocupación al alto mando.

—Eso no es suficiente. Necesitamos saber qué transportaba el *Yissira Zyde*. Tenemos que saber por qué se lo llevaron y, más importante todavía, adonde. Solicito permiso para movilizar a los Estoques para tratar de rastrear su trayectoria, encontraremos el carguero.

—Denegado.

—Hay preguntas que…

—He dicho denegado, Dameron. Estoque tiene asignada patrulla en el sector Mirrin, eso es todo. Sus órdenes son continuar del mismo modo. Ni más ni menos —Deso ladeó la cabeza, como si tratara de ver las palabras entrando por los oídos de Poe—. ¿Estoy siendo claro?

Poe lo intentó de nuevo.

—Va a volver a ocurrir, te das cuenta de eso, ¿verdad?

—Si es así, nos encargaremos de ello cuando ocurra.

—Entonces, ¿no vamos a hacer nada? ¿Esa es la solución? ¿Hay una amenaza emergente y la ignoramos?

—Correcto.

—Es una locura —repuso Poe.

Deso abrió la boca, pero entonces pensó mejor lo que estaba a punto de decir. Suspiró y salió de detrás de la mesa para colocarse junto a Poe. Cuando volvió a hablar, su tono era mucho más conciliador.

—A mí tampoco me gusta, pero son las órdenes del mando republicano, ¿lo entiendes? No nos enfrentamos a la Primera Orden ni la provocamos. Me gustan tan poco como a ti, pero esas son las *órdenes*. Si las incumples, serás imputado. Perderás tu comisión.

—Va a volver a ocurrir —repitió Poe.

—Entonces responderemos cuando llegue el momento.

Poe sacudió la cabeza. Eso no era lo que había querido decir. Estaba pensando en su padre.

En lo que le daba miedo aquel día mientras arreglaba la valla en Yavin 4.

Su Ala-X descansaba en el área de estacionamiento del hangar, junto a los de Estoque Dos y Estoque Tres. El espacio para Estoque Cuatro era un vacío doloroso, con tan solo una mancha oblonga de aceite en el suelo, donde una fuga de anticongelante había marcado el permacreto.

Poe contempló el hueco durante varios segundos antes de volver su atención hacia su propio caza, caminando a su alrededor con lentitud, tomándose su tiempo. BB-8 rodaba junto a él, piando para sí mismo. Bajo las luces del hangar, la pintura de la chapa parecía deslustrada, pedía a gritos unos retoques. La base negra que cubría la mayor parte del fuselaje estaba erosionada, arañada por impactos micrometeóricos y quemaduras atmosféricas, reducido casi a un gris oscuro. Las marcas de vuelo, en naranja, estaban gastadas de manera parecida. Colocó una mano sobre el lateral del morro del Ala-X y sintió el metal del casco frío y sólido bajo la palma. La nave había sobrevivido al combate sin un rasguño, tan dura, preparada y segura como siempre.

Recordaba haber visto a su madre hacer lo mismo. Mucho después de haberse retirado, con su Ala-A aparcado entre las unidades de almacenamiento en el rancho, todavía andaba alrededor del caza, tocándolo de vez en cuando aquí o allá, como para calmarlo, o para calmarse a sí misma, recordando quizá lo que había hecho para detener al Imperio. Recordando lo que había estado dispuesta a sacrificar.

—¿Vamos a terminar con esto? —la voz de Karé resonó a través del hangar casi vacío.

Poe se dio la vuelta y la vio de pie junto a Iolo, justo en las puertas de la habitación de preparación para los pilotos. Ambos llevaban sus trajes de vuelo, con los cascos en la mano. Sendos droides astromecánicos esperaban pacientes a su lado, una vieja unidad R4 a la que Karé había confiado su vida desde que Poe la conocía y un modelo R5 que Iolo había adquirido hacía apenas seis semanas.

Poe sacudió la cabeza.

—Comandante, se han llevado ese carguero a alguna parte —Iolo lanzó una mirada a su unidad R5 y la empujó un poco con la punta de la bota. El droide rodó un par de centímetros y luego volvió, emitiendo un sonido que Poe tomó como el equivalente binario de una confirmación; estaban en esto juntos. Iolo lo miró con sus ojos de colores extraños. Era un keshiano, en apariencia casi idéntico a un humano, pero por algún motivo la naturaleza había permitido a su gente percibir el mundo a través de un espectro visual más amplio, desde el ultravioleta hasta el infrarrojo. Esa cualidad lo volvía mortífero en un combate aéreo, ya que era capaz de distinguir objetos o naves que Poe no podía detectar a simple vista.

Karé era humana, con el cabello recogido en una serie de elaboradas trenzas. Otra colona, como Poe, lo que la gente llamaba «niña de la victoria», una de los cientos de millones —si no miles— de criaturas que habían sido concebidas en respuesta a la caída del Imperio. Poe se preguntaba a veces cuántas personas habían decidido no tener hijos

mientras vivía Palpatine, cuántos habían decidido que traer niños a la galaxia del Emperador habría sido una maldición en lugar de una bendición.

—Digo yo que tendremos que descubrir adonde —dijo Karé—. Se lo debemos a Muran, ¿no es así?

—Denegado —contestó Poe—. Ordenes de Deso.

—¿Qué? —se sorprendió Iolo.

Karé se dio la vuelta.

—Eso ya lo veremos.

—Karé, no —dijo Poe—. No es su decisión. Esto viene de más arriba.

Ella volvió a encararlo, suspicaz.

—¿«Arriba» de quién?

—No lo quiere decir, aparte del mando. Podría ser incluso del Senado. Cualquier salida que hagamos que no sea una patrulla de rutina hará que nos imputen.

Iolo apretó los labios, con las comisuras hacia abajo. Se volvió hacia Karé, luego de nuevo hacia Poe.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer, Poe? ¿Nos quedamos de brazos cruzados?

—No —contestó Poe—. Salimos a patrullar.

Esperó a estar fuera del alcance de Mirria Prime y más allá del borde del sistema antes de teclear en su comunicador.

—Estoque Dos, Estoque Tres —dijo—, conectad vuestros droides astromecánicos a Estoque Uno y enviadle los datos telemétricos del combate de Suraz a Bebe-ocho, por favor.

Oyó a Karé reírse en voz baja.

—Eres un zorro, Poe.

Iolo necesitó un segundo más y entonces preguntó:

—¿Vamos a hacerlo?

—*Yo* lo voy a hacer —contestó Poe—. No voy a permitir que los dos echéis vuestras carreras por la borda por cargos de desobediencia. Si alguien va a caer en desgracia por esto, ese voy a ser yo. De todos modos, espero no estar fuera mucho tiempo. Esto es sólo un reconocimiento. Si todo sale bien, volveré incluso antes de que Deso sepa que nos hemos separado.

BB-8 pitó y comenzó a cantar una retahíla de trinos y gorjeos.

—Tu droide parece contento —dijo Karé.

—Ha localizado la trayectoria del salto al hiperespacio del *Yissira Zyde* —Poe revisó el mapa y frunció el ceño. No había nada en la ruta del salto que tuviera sentido, ningún sitio habitable en lo más mínimo. Se dio cuenta de que era muy posible que las tropas de la Primera Orden que habían robado el carguero hubieran planeado varios saltos, cambiando la dirección y el rumbo de vuelo, incluso podían haber vuelto sobre sí mismas—. Puede que esto sea como buscar una aguja en un pajar.

—Pero puede que no lo sea —apuntó Iolo.

—No suenes tan lúgubre, Estoque Tres.

—Ya hemos perdido a un buen piloto —dijo Iolo—. Y no creo que Karé esté muy interesada en una promoción de campo a Estoque Uno.

—Desde luego —asintió Karé—. Ten cuidado Poe, y vuelve rápido, ¿de acuerdo?

—Ni lo dudes —Poe separó el Ala-X de la formación mientras BB-8 seguía preparando las coordenadas para el salto al hiperespacio.

—Oye, Estoque Uno.

—Adelante, Estoque Dos.

—Que la Fuerza te acompañe.

Poe sonrió, el espacio real a su alrededor desapareció y estaba en el túnel.

BB-8 informó a Poe de que el *Yissira Zyde* era un carguero de clase NK-Witell. Construido por Sanhar-Witell, la nave requería una tripulación mínima de dos miembros, pero contenía espacio para acomodar a doce pasajeros. Con la configuración adecuada, la nave podía acarrear 75 toneladas métricas de carga, aunque lo habitual era un máximo de 50. Viajaba más rápido que la velocidad de la luz gracias al uso de un hiperimpulsor Sanhar modelo 67, evaluado como clase tres, con velocidades inferiores proporcionadas por un Hoersch-Kessel modelo alfa. La clase, continuó explicándole BB-8, fue introducida en el servicio común diecisiete años antes y, en el momento presente, se estimaba que quedaban todavía 137.417 en uso a través de las líneas comerciales que corrían desde…

—Gracias, Bebe-ocho, creo que ya me hago una idea —dijo Poe.

El droide emitió un pitido, impasible. Sin que Poe se lo pidiera, una nueva oleada de datos mucho más pertinentes a sus intereses se desplazó por la consola. El *Yissira Zyde* se había detenido por última vez antes del secuestro en el centro de comercio de Mennar-Daye, donde había sido sometido a un chequeo meticuloso por parte de las autoridades de la República antes de recibir un nuevo cargamento. Este consistía en 47 matrices de carga de alta capacidad, el tipo que se usaba para aumentos de descarga de energía y que podía adaptarse con facilidad al uso militar, por ejemplo, en turboláseres de borda. El siguiente puerto de destino de la nave estaba en el sector corporativo y, por lo que parecía, la transacción era legal, aunque Poe se preguntaba si la Primera Orden no lo habría organizado todo desde el principio. Comparando la capacidad de vuelo de los NK-Witell y revisando más a fondo el itinerario registrado, BB-8 fue capaz de estimar la cantidad de combustible que le quedaba en el momento en que la Primera Orden lo secuestró. Esto les daba una distancia máxima en las rutas de hiperespacio, siempre y cuando, por supuesto, el carguero no hubiera vuelto al espacio real para cambiar de dirección, en cuyo caso…

—En cuyo caso, no tenemos nada que hacer, sí, lo entiendo.

Teniendo en cuenta estos datos, informó BB-8 a Poe, había siete posibles sistemas en los que el carguero podía haber salido del hiperespacio —de nuevo, presuponiendo una línea de viaje directa— antes de terminar con su provisión de combustible. El Ala-X tenía

suficiente alcance como para llegar a cinco de estos destinos antes de alcanzar el punto de no retorno.

—Vayamos por orden —ordenó Poe a BB-8.

Iban por la tercera parada y Poe estuvo a punto de saltársela porque no había nada en absoluto que tuviera un mínimo interés en los mapas galácticos de esa posición. Pero si su madre le había enseñado a pilotar y a disfrutar haciéndolo, su padre le había enseñado que cuando te comprometes a hacer algo, te comprometes a hacerlo bien o no lo haces. Así que Poe los devolvió de golpe al espacio real en un sistema tan desolado que los exploradores que lo descubrieron ni se habían molestado en ponerle nombre, sólo una designación alfanumérica: OR-Kappa-2722.

Lo primero que ocurrió cuando las estrellas volvieron a su sitio y el Ala-X volvió asentarse en el espacio normal fue que BB-8 gritó. Era un sonido sorprendente e hizo que Poe saltara en el asiento. No era un grito de dolor —Poe había oído gritos de dolor antes y encontraba el quejido de muerte de los droides astromecánicos especialmente desgarrador— ni eran los repetidos balbuceos jubilosos en binario de un droide triunfante. Era un sonido de sorpresa, como si BB-8 hubiera dado la vuelta a la esquina esperando encontrar una habitación vacía y, en lugar de eso, se hubiese topado con la guarida de un rancor.

Lo cual, razonó Poe, de hecho no era una mala analogía para la situación en la que se encontraban.

—Bueno, al menos no es *toda* la flota —se oyó decir a sí mismo. Había parecido más gracioso en su cabeza.

Había —y esto era basándose sólo en lo que podía ver, aunque más tarde le complació saber que el ordenador de vuelo estaba casi completamente de acuerdo con su primera estimación— tres Destructores Estelares, uno de ellos de clase imperial; cuatro fragatas, dos de clase lancera; dos cruceros pesados máxima-A y un crucero ligero de clase disidente. Esto no incluía la variedad de naves más pequeñas de todo tipo que parecían pulular alrededor de la flota, desde droides y vehículos no tripulados de reparación hasta lo que, tras contarlos, Poe tomó por más de setenta cazas TIE.

BB-8 chirrió una pregunta.

—Todavía no —dijo Poe—. ¿Puedes encontrar el *Yissira Zyde*? ¿Puedes verlo?

BB-8 pitó y soltó unos quejidos.

—Bueno, ya que hemos llegado hasta aquí, creó qué no deberíamos irnos con las manos vacías.

Un quejido lleno de dolor. Otra pregunta, tan solo un trino suave y ligero.

Frente a ellos, en algún lugar entre el Destructor Estelar más cercano y el primero de los cruceros pesados, unas dos docenas de cazas TIE giraban al unísono. Había algo hermoso y extraño en la maniobra, todas las naves columpiándose a la vez hacia el

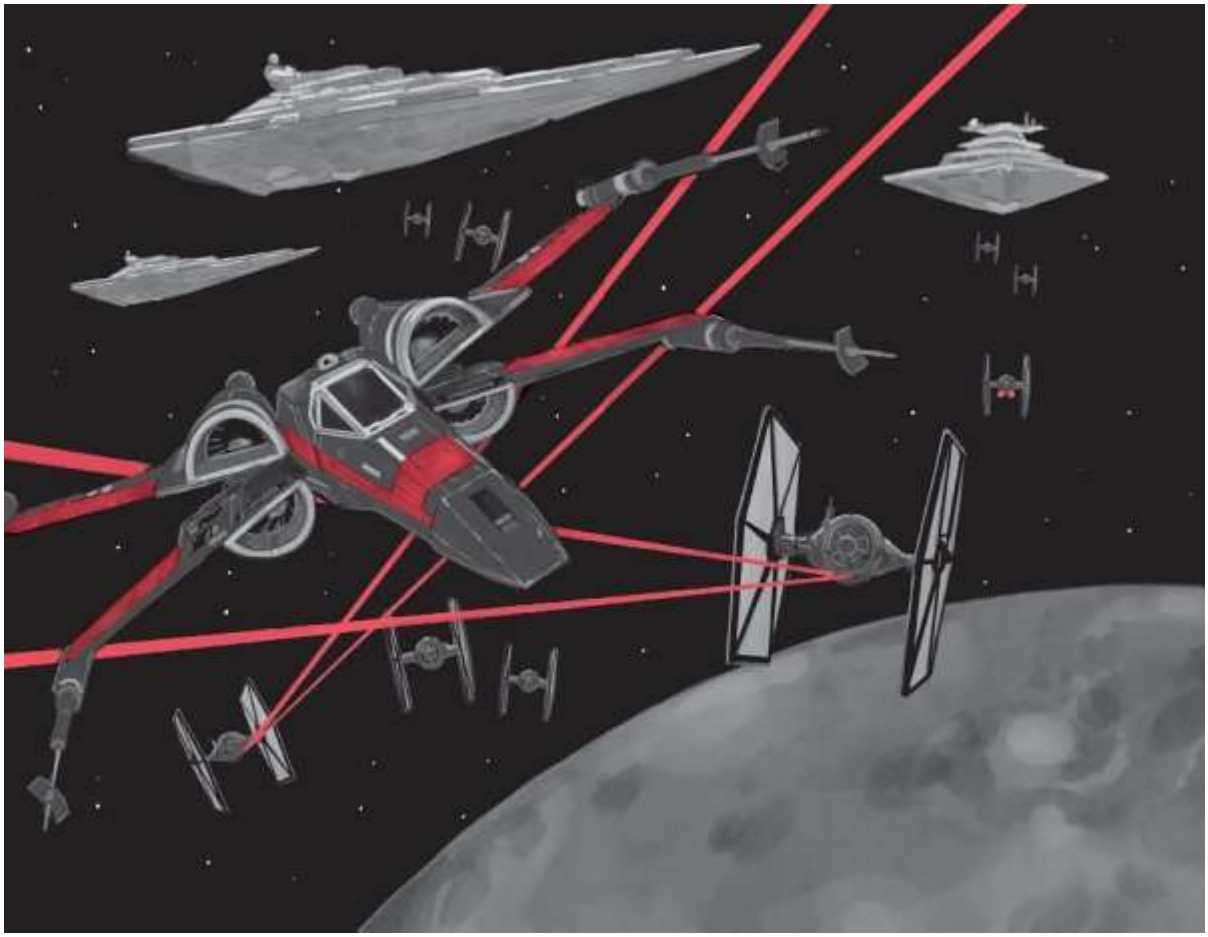
mismo objetivo. Poe recordó cuando observaba las bandadas de pájaros susurro, la manera en que cambiaban de ángulo y caían en picado juntos en silencio sobre la jungla de Yavin 4.

—Sí, Bebe-ocho —contestó Poe—. Creo que nos han visto.

Lo único que habían tenido a su favor, al menos al principio, era el elemento sorpresa, no la sorpresa de un Ala-X apareciendo en medio de un punto de concentración de la Primera Orden —aunque Poe se sentía un tanto orgulloso pensando en el caos que su llegada debía de haber causado en los distintos puentes de mando de las naves frente a él—, sino más bien la sorpresa de lo que BB-8 y él hicieron a continuación.

Cargaron.

BB-8 zumbó.



—Sí, yo también creo que incrementar los deflectores frontales es buena idea —le dijo Poe—. Y reduce la potencia de las armas, desvíala a motores.

BB-8 pitó, de acuerdo con que esta era una muy buena idea para una situación muy mala.

—Sólo hasta que lo encontremos —murmuró Poe—. Sólo hasta que tengamos pruebas.

A continuación, Poe Dameron no tuvo mucho que decir, porque estaba demasiado ocupado tratando de mantenerlos a los dos con vida. Se lanzó en espiral, extendiendo sus alerones S como había hecho antes, con un giro brusco hacia estribor y, entonces, casi inmediatamente, dando una vuelta con un apretado giro corelliano que lo arrojó de bruces justo en medio de los TIE que lo atacaban. Se dispersaron a su alrededor, virando en medio del vuelo para acercársele por la cola, y varios abrieron fuego.

Fue un error por su parte. Se habían acercado con demasiado entusiasmo, oliendo la sangre, ansiosos por destruir el solitario Ala-X. Pero había demasiados TIE tras él, y la primera salva de disparos demostró lo mala idea que era cuando dos de los cazas fueron alcanzados por fuego amigo y lanzados girando en arcos fuera de control, mientras otros tres o cuatro —a Poe le costaba contar y mantenerse vivo al mismo tiempo— no lograban impedir una colisión. La explosión refulgió tras él mientras daba un brusco bandazo para efectuar un rápido giro de desplazamiento, que lo colocó a tiro de la fragata más cercana. La nave enemiga disparó de inmediato y los TIE a espaldas de Poe volvieron a dispersarse, desesperados por evitar ser derribados por la nave aliada. El Ala-X se tambaleó y hundió el morro de golpe cuando un rayo rebotó sobre los reflectores frontales, pero el escudo dejó de estar verde tan solo durante un segundo y Poe aún mantenía el control.

—Dime qué ves, Bebe-ocho —musitó Poe. El droide no contestó. Ahora, el Ala-X estaba tan cerca de la fragata que Poe habría jurado que podía ver soldados de asalto y oficiales de la Primera Orden con la mirada clavada en él a través de los ojos de buey cuando pasó a su lado a toda velocidad. Los disparos de la fragata se detuvieron. Alguien en alguna cubierta de mando había ordenado de manera muy razonable un alto el fuego de las naves capitales por temor a volarse en pedazos unas a otras. Poe elevó el Ala-X y volvió a descender, cruzó el eje ventral de la fragata y, sin tener que pedírselo, notó que BB-8 redistribuía la potencia del caza, equilibrando los escudos de nuevo y aplicando más fuerza a los motores. El caza rodó, corrigió el vuelo y empezó a elevarse con el morro apuntando al vientre de uno de los Destructores Estelares.

BB-8 silbó una advertencia.

—Sí, ya sé que tienen rayos tractores —dijo Poe—. ¿Lo has encontrado?

Durante la larga pausa que se produjo a continuación, los TIE se volvieron a echar encima de Poe con rapidez, aunque quizá con mayor prudencia. El fuego de los cañones láser quemaba a través del espacio a su alrededor, zarandeando el Ala-X.

Desde atrás, BB-8 emitió una canción triunfante y Poe lanzó una mirada al monitor durante una fracción de segundo, lo suficiente como para ver la palabra «transpondedor» traducida del lenguaje binario del droide.

—Excelente —dijo Poe—. ¡Prepara un salto y salgamos de aquí!

Dos de los TIE se habían acercado, flanqueando su Ala-X, preparándose para atraparlo entre ambos, y también tenía otros tres en la cola, cubriendo sus ángulos de giro. Se estaba quedando sin opciones y sin tiempo.

—Si te dieras prisa sería estupendo, Bebe-ocho.

El droide borboteó y le recomendó que cambiara la destinación a uno-cero coma dos.

—Espera —dijo Poe, comprobando sus flancos. Los TIE a su cola estaban disparando, hostigándolo. De todas las que se le ocurrían, le quedaba sólo una maniobra, una que su madre le había explicado que había visto ejecutar a otro piloto, una sola vez, en atmósfera. Una posición A'Lullo, la había llamado. No tenía ni idea de si funcionaría en el vacío en gravedad cero.

Limitó el impulso de los motores y una fracción de segundo después tiró hacia atrás del mando. El morro del Ala-X dio un golpe brusco, todavía a la carrera por la inercia del rumbo anterior. En atmósfera, la resistencia del viento y la gravedad ralentizarían el caza, lo que en teoría haría que los perseguidores fallaran el tiro. En condiciones no atmosféricas, la deceleración sería nimia sin la ayuda de contrapropulsión.

Con el morro hacia arriba, Poe volvió a encender los motores, efectuó un giro de ciento ochenta grados y bajó de golpe la popa del caza una vez más. Por el momento, estaba volando hacia atrás tan rápido como lo habría hecho hacia delante, por encima de los TIE al ataque. Otra salva rasgó el cielo bajo su nave, mientras el enemigo trataba de seguir sus movimientos.

—Potencia —le dijo a BB-8.

Los cañones láser volvieron a la vida con el propulsor principal y Poe abrió fuego sin perder un segundo. El primero de los TIE había previsto la maniobra y giró bruscamente hacia estribor, descendiendo, pero eso dejó expuestos a los otros dos. Los disparos del Ala-X cortaron la oscuridad, dos rayos brillantes que acertaron primero a un caza, luego al otro. Los TIE dieron varias vueltas en el aire, su líder dando sacudidas, alas chocando contra alas, cabinas aplastándose entre sí. Las dos naves explotaron y Poe tiró con fuerza del mando para iniciar un movimiento espiral que evitara los restos de la colisión. BB-8, casi gritando, le comunicó que ahora tenían el rumbo correcto, de modo que Dameron niveló el morro y activó el hiperimpulsor de un puñetazo. Lo último que vio antes de saltar al hiperespacio fueron los disparos de los TIE *fighters* que lo perseguían mientras quedaban a años luz detrás de él.

Iolo y Karé no estaban en posición cuando abandonó la velocidad de la luz al borde del sistema Mirrin y ajustó su rumbo a Mirrin Prime. BB-8 balbuceó, contento consigo mismo. La señal del transpondedor del *Yissira Zyde* había sonado alta y clara y, mientras viajaban por el hiperespacio, el droide había sido capaz de analizar los datos de vuelo recogidos durante el enfrentamiento. BB-8 había localizado el carguero a bordo del segundo Destructor Estelar. La misión, en lo que a Poe respectaba, había resultado un éxito.

Cualquier sensación de triunfo se esfumó por completo cuando el control de Mirrin apareció en línea mientras se acercaba.

—*Estoque Uno, aquí Vuelo de Mirrin, responda*.

La voz pertenecía a un hombre mayor que Poe no pudo identificar.

—Estoque Uno —respondió.

—*Aproxímese al hangar de aterrizaje veintidós, tiene permiso para aterrizar*.

—Vuelo de Mirrin, el Escuadrón Estoque amarra en el hangar siete, confirmen, por favor.

—*¿Comandante Poe Dameron?*

—Así es —contestó Poe.

—*Se le ha redirigido al hangar veintidós. No desvíe su rumbo. Vuelo de Mirrin, corto y cierro*.

El comunicador se quedó en silencio. Detrás de Poe, BB-8 pió, dolido.

—Sí —asintió Poe—. Tenemos un problema.

El hangar veintidós estaba vacío cuando Poe llevó a tierra el Ala-X. Apagó los repulsores a medida que el caza se asentaba sobre su mecanismo de aterrizaje, así como los demás sistemas de la nave. Por un momento, consideró la posibilidad de dejar los motores en espera a baja potencia, pero desechó la idea. Si lo iban a arrestar y tenía que enfrentarse a un consejo de guerra, no tenía sentido tratar de escapar. Se enfrentaría a las consecuencias de sus actos y los defendería como las decisiones correctas. Abrió la cabina y trató de disfrutar de la primera bocanada de aire no reciclado que había respirado en horas. La cabina siempre acumulaba cierto mal olor después de un vuelo largo, aún peor tras el combate, con la combinación de electricidad, metales calientes y su propio sudor. En ocasiones, al salir de la cabina su traje estaba empapado en sudor y se sentía tan exhausto como si hubiera estado corriendo durante horas. El estrés físico y mental del combate de cazas siempre se cobraba un precio.

Tecleó el código para liberar a BB-8 de su hueco y a continuación se desabrochó el casco y se quitó los guantes. La zona de aparcamiento estaba vacía y con las puertas cerradas, lo cual no sólo resultaba peculiar, era muy extraño. Incluso en un hangar en desuso, siempre se podía encontrar algo: acoplamientos eléctricos en la pared, cables enrollados en una esquina, pedazos de piezas de repuesto o partes sueltas de artillería… algo.

Allí no había nada, como si hubieran barrido la zona de aterrizaje, como si la hubieran esterilizado.

Poe pulsó el desabroche rápido de su arnés y saltó al suelo desde fuera de la cabina, sin molestarse en usar las asas. El sonido de sus botas chocando contra el piso reverberó en el espacio vacío. Sintió a BB-8 apretándose contra su gemelo y lo oyó silbar suavemente.

Las puertas de la zona de aterrizaje se abrieron y tres figuras entraron dando zancadas en su dirección. El que estaba en el centro, a la cabeza, parecía tener cincuenta y tantos años, quizá más. Era un hombre humano que vestía un uniforme militar de la República. Los otros dos eran sin lugar a dudas policías militares, un devaroniano de cuernos cortos

y una mujer humana. Llevaban las armas enfundadas, pero tenían aspecto de que estaban en guardia y no iban a tolerar que se produjese ningún incidente.

El hombre al frente se detuvo a escasos dos metros de Poe y BB-8 lo miró de arriba abajo con rapidez. Las insignias de rango que lucía en el cuello lo distinguían como mayor. Poe nunca lo había visto antes.

—¿Comandante Dameron?

—¿Y usted es?

—Mayor Ematt. Acompáñenos, por favor.

—Tengo un informe que debo presentar a Deso. Hemos localizado el *Yissira Zyde*.

—Deso está ocupado —el hombre, Ematt, se volvió de nuevo hacia la puerta y comenzó a caminar de inmediato, sin atisbo de duda de que Poe lo seguiría. Los dos policías esperaban.

Poe lo siguió, con BB-8 rodando junto a él.

Un deslizador, un transporte bajo militar estándar, los esperaba fuera. La agente de policía lo condujo, con el mayor Ematt sentado junto a ella. El devaroniano se sentó con Poe en la parte de atrás y BB-8 se colocó en el suelo entre ambos. El droide estaba más silencioso que de costumbre, pero su lente negra central rotó sobre su cabeza en forma de cúpula de Poe al devaroniano, como si tratara de entender lo que estaba ocurriendo. Poe podía entenderlo. Se inclinó hacia delante.

—¿Estoy arrestado?

—¿Quiere estarlo?

—¿Dónde está el resto de mi escuadrón? ¿Kun y Arana?

—Se están encargando de ellos.

A Poe no le gustó cómo sonaba eso.

El deslizador frenó al doblar la esquina y aceleró de nuevo después del giro, dejándoles fuera de la porción del campo de aviación de la base de Mirrin, volando sobre el pavimento que separaba los grupos de cazas de los edificios principales. Más allá de los límites de la base, el cielo sobre ellos era grisáceo y auguraba tormenta, Poe podía ver las montañas y el centelleo de la lluvia en la distancia. El tiempo cambiaba con rapidez y se preguntó si estarían a cubierto antes de que la tormenta los alcanzase. El viento se estaba levantado.

No se dirigían a la base principal, sino a un grupo de edificios prefabricados construido en el lado norte. La tormenta estalló cuando se detuvieron, la fría lluvia cubrió la tierra de golpe hasta formar charcos, que ondeaban y se extendían empujados por los repulsores mientras el deslizador flotaba en el aire. Ematt bajó, empapado por completo, y esperó a que BB-8 y Poe lo siguieran. Poe dudó, tratando de interpretar la situación. Algo en la actitud de Ematt, su porte, le recordaba a su padre, y Poe se dio cuenta de

repente: puede que Ematt y Deso compartieran rango, pero Ematt, como el padre de Poe, era un veterano. Había vivido la guerra, quizá demasiado.

Poe salió del deslizador y BB-8 rodó detrás de él, golpeando el suelo con un ruido sordo y un leve chapoteo. El deslizador se alejó. Ematt los condujo al cobertizo más alejado y apoyo la palma de la mano en el panel de seguridad de la puerta. Esta soltó un pitido al verificar su identidad, se oyó el sonido de los candados retirándose y la puerta se abrió.

—Adelante —dijo Ematt—. Tu droide y yo esperaremos aquí.

Poe asintió, todavía inseguro. Atravesó la puerta, que se cerró de inmediato tras él. Entró en una sala de juntas reformada, minimalista, con quizá dos docenas de sillas y un escritorio. Sin embargo, en el extremo más alejado del cobertizo, alguien había colocado un catre y un baúl, así que tenía el aspecto tanto de una oficina como de un alojamiento. Un holoproyector, diseñado para analizar y planear, brillaba en la esquina opuesta, mostrando uno de los canales republicanos de noticias, pero le habían quitado el sonido y el reportero parecía estar hablando en pantomima. En la pared del otro lado en frente de la puerta, dos monitores, parecidos al mapa de transparencias de la oficina de Deso, mostraban la galaxia, A Poe le llevó un segundo darse cuenta de la diferencia, de que estos no eran mapas políticos, sino operativos, y que mostraban movimientos de tropas y flotas.

Sentada a la mesa había una mujer con la cabeza baja trabajando en un bloc de datos. Poe esperó, consciente de que estaba mojando el suelo. Se dio cuenta de que todavía estaba sujetando su casco de piloto y se sintió un poco estúpido, así que lo dejó sobre una de las sillas vacías. Cuando se enderezó de nuevo, la mujer se había levantado y lo observaba con atención, como si pudiera ver no a través de él, sino *dentro* de él. Era mayor que Ematt, con el cabello en trenzas apretadas, cada cabello en su sitio. Era baja de altura, pero no en presencia. Tenía algo que no sólo parecía llenar el espacio, sino *comandarlo*. Llevaba uniforme, pero no era de la República, al menos no del todo. Parecía como si lo hubiera sido al principio y luego, en algún momento, hubiera dejado de lado lo ceremonial en favor del sentido práctico. Era, sin lugar a dudas, muy hermosa, casi regia.

—Comandante Dameron —dijo la mujer—, ¿sabe quién soy?

Poe asintió. De repente fue aún más consciente de que su traje de vuelo estaba empapado de lluvia y de sudor, de que con seguridad olía como el trasero de un bantha y de que había desobedecido órdenes directas que no venían sólo de Deso, sino de más arriba, tanto como del alto mando, quizás incluso del Senado.

Se puso firme, saludó y antuvo el saludo.

—General Organa —dijo.

Leia Organa mantuvo la mirada sobre él un segundo más sin cambiar de expresión, con sus ojos marrones que parecían cansados y fuertes al mismo tiempo. Entonces sacudió una mano, descartando el saludo, como si le aburriera la necesidad de tales protocolos.

—Descanse. Siéntate, Poe. Voy a llamarte Poe, si te parece bien.

—Cómo usted prefiera.

—Lo prefiero.

Se apartó del escritorio y, con la punta de la bota, se acercó una de las sillas antes de sentarse. Hizo un gesto hacia las sillas vacías y Poe también se sentó.

—Deberías verte la cara —dijo Organa. Sonrió y la sonrisa le llegó a los ojos, dándoles una calidez que hizo que Poe sintiera que tenía nueve años otra vez—. No puedo ser tan aterradora.

—No, señora. No tan… No, señora.

—El problema con tener cierta reputación es que puede convertirse en legendaria —Organa estiró el hombro de su uniforme, ajustándolo. Se encogió de hombros—. No te engañes, Poe. No soy una leyenda.

El piloto sonrió y sacudió la cabeza.

—Usted no está en mi lugar.

—Soy un soldado, Poe, como tú. Un soldado con rango y experiencia, demasiada experiencia, quizás. Pero sólo un soldado.

—Si usted lo dice, señora.

—Lo digo. Y deja de llamarme señora.

—General.

Ella rió entre dientes.

—Conque esas tenemos, ¿eh? Muy bien. *Comandante* Dameron, ¿sabe por qué está aquí?

Poe sacudió la cabeza. Tres minutos antes había estado más o menos seguro de la respuesta, porque, en el mejor de los casos, estaba a punto de ser degradado a soldado raso y jamás iba a volver a volar.

—Cuéntame la historia del *Yissira Zyde* —dijo Leia—. Entera.

Lo escuchó con atención, con la barbilla en la mano y el codo sobre una rodilla. Poe no podía recordar sentirse tan *escuchado* por nadie en toda su vida. Cuando mencionó el encuentro en OR-Kappa-2722, la general se levantó, se dirigió a los mapas que indicaban los movimientos de la flota y las tropas y los examinó mientras le pedía que siguiera hablando. Hizo algunas anotaciones en cada mapa antes de volver a su asiento y, cuando Poe terminó, permaneció callada durante al menos un minuto mirando por encima del hombro, hacia la nada, o quizá hacia algo que sólo ella podía ver. Sus recuerdos o el futuro, Poe no sabía a qué. Por fin, volvió a centrar su atención en él.

—Eso ha sido de una estupidez excepcional por tu parte —dijo Leia—. Por poco no sales con vida.

—En mi defensa, no había manera de que pudiera haber sabido que iba a encontrarme un punto de concentración de la Primera Orden.

—Pero esperabas hacerlo. O algo parecido.

—Sí —contestó.

—La necesidad de hacer lo correcto y quizás encontrar algunas aventuras por el camino.

Poe se agitó en su asiento.

—Me recuerdas a mi hermano —dijo Leia con suavidad—. Y vuelas como él, por lo que parece.

Poe la miró, sorprendido y halagado a un tiempo. La pregunta pugnaba por salir de sus labios, pero antes de que pudiera encontrar el valor para formularla, ella continuó.

—¿Has oído hablar de la Resistencia, Poe?

—Rumores casi todo.

—¿Como por ejemplo?

—Como que son una escisión del ejército republicano que… siente que la República no está tomándose ciertas amenazas tan en serio como quizá debiera, en concreto, la amenaza que supone la Primera Orden.

—Esa es una manera muy diplomática de decirlo, pero no desacertada del todo —Leia Organa suspiró y se echó atrás en la silla, apartando la mirada de él una vez más. Volvió a sonreír, con algo parecido a la tristeza—. Has enfadado mucho a ciertas personas, ¿eres consciente de ello, Poe? Negándote a alejarte de una situación cuando te lo ordenaron, desobedeciendo órdenes directas. Si nos ponemos técnicos, podría decirse que robaste un Ala-X de la República para tu uso personal.

—Soy un oficial de la República. Hice el juramento de que la protegería, de que…

Ella levantó una mano.

—No me has entendido. Me gusta. Fue precipitado por tu parte, como ya he dicho, fue una estupidez. Pero nos vendría bien un poco de precipitación en estos tiempos, y ser estúpido y ser apasionado son cosas que a menudo se confunden. La pasión es algo que necesitamos desesperadamente.

Poe parpadeó.

—Puedo encubrir tu viajecito a OR-Kappa-2722. Puedo esconder tus trapos sucios, digámoslo así. Podrás volver a liderar tu Escuadrón Estoque y a topar a cada paso contra el alto mando, contra Deso y contra los políticos, que no se dan cuenta de lo que está sucediendo justo delante de sus narices. Puedo hacer que todo esto desaparezca, Poe.

Se inclinó hacia delante.

—O puedes unirte a la Resistencia y ayudarnos a detener a la Primera Orden antes de que sea demasiado tarde.

—¿Dónde tengo que firmar? —preguntó Poe.

Karé y Iolo se unieron a él, los supervivientes del Escuadrón Estoque juntos bajo el ala de la Resistencia. Durante los meses siguientes, Poe pasó más tiempo en la cabina de piloto del que había pasado desde su entrenamiento, esta vez tras los mandos de un viejo Ala-X T-70. Aparte de algunos intentos de reclutamiento para encontrar pilotos adicionales, la

mayor parte del tiempo lo pasó en misiones de exploración, reconocimiento a larga distancia, buscando señales de movimientos y posiciones de la Primera Orden, un intento, en palabras de Organa, de «encontrar la cabeza del dragón».

El Escuadrón Estoque fue transferido desde Mirrin Prime y reasignado a bordo de un crucero Mon Calamari reacondicionado llamado *Eco de Esperanza*. Poe se encontró con que, aunque todavía conservaba el rango de comandante, ahora estaba a cargo de su propia ala de cazas, con Iolo y Karé ascendidos a capitán bajo su mando, cada uno de ellos responsable de su propio escuadrón, Daga el primero, Estilete la segunda. Entre las misiones de reconocimiento, tenían sesiones informativas, partes e innumerables reuniones, a menudo con la misma Organa y con Ematt, y en dos ocasiones con el almirante Ackbar, a quien Leia había convencido de volver de su retiro.

La Resistencia, descubrió Poe, era pequeña, pero entre su personal se encontraban algunas de las personas más dedicadas y motivadas que Poe había conocido jamás, llegadas de todos los rincones de la galaxia. La mayor parte del mando central que rodeaba a Organa eran ellos mismos veteranos, muchos con experiencia desde la Guerra Civil Galáctica, y en más de una ocasión se encontró charlando con alguien que había conocido a su familia, que había volado junta a su madre u ocupado una trinchera con su padre. Era, de un modo extraño, como volver a casa, como si este fuera el lugar al que Poe hubiera pertenecido todo ese tiempo.

Pero también había muchos que no habían vivido Endor o Hoth u otra de las innumerables batallas entre ambas. Dos miembros de su nuevo escuadrón —Teffer y Jess, ambos humanos— eran más jóvenes que él, y los dos contaban historias sobre la Primera Orden que hacían que Poe se sintiera seguro de haber elegido la opción correcta. No había una sola persona en la Resistencia que no percibiera lo que la Primera Orden era de verdad, que no creyera que su amenaza era real y urgente.

A pesar de su compromiso, la Resistencia se veía limitada. El espacio de la República y el de la Primera Orden se encontraban separados por una zona amortiguadora de sistemas neutrales y la paz que se había negociado —una paz que muchos, incluyendo a Poe, creían que existía sólo de nombre— suponía que las acciones militares emprendidas por cualquiera de los bandos contra el otro se consideraba un acto declarado de guerra. No parecía importar que las pruebas de incursiones de la Primera Orden en espacio republicano continuaran aumentando, la República se negaba a emprender acción alguna más allá de la más formal de las protestas diplomáticas. Un ataque directo a la Primera Orden estaba fuera de discusión. Como Leia le explicó a Poe, las acciones de la Resistencia debían permanecer encubiertas al menos hasta que pudieran presentar al mando republicano evidencias irrefutables de las violaciones del tratado de la Primera Orden.

Esto fue lo que llevó a Organa a reclutar a Poe para la Operación Golpe de Sable.

—Este es el Senador Erudo Ro-Kiintor —le explicó Leia a Poe. Estaban solos en su oficina a bordo del *Hogar Uno*, fuera del salón de estrategia—, el senador republicano por Hevurion más antiguo.

El holograma giraba despacio, mostrando a un humano alto y delgado, completamente calvo, que llevaba un visor de franja estrecha sobre los ojos. Era una imagen de prensa, tomada en algún acto oficial y, a ojos de Poe, el senador parecía demasiado arreglado y pagado de sí mismo, pero eso podía ser su percepción personal más que otra cosa. No se sentía demasiado amigo de los miembros del Senado republicano en esos tiempos.

—Si usted lo dice.

Leia apretó un control en el monitor y la imagen se desvaneció para ser remplazada por otra que giraba de manera similar, esta vez de una nave. Estaba pulida, era estrecha por la mitad pero de mayor anchura lejos de la quilla, con lo que Poe consideraba ensanchamientos, ostentosos e innecesarios en las alas.

—Este es el *Gracia de Hevurion*, el yate personal de Ro-Kiintor —informó Leia.

Poe asintió ligeramente.

—Es una nave de lujo clase pináculo, fabricada por la compañía Vekker. He visto algunas pináculo en el pasado. Son naves exclusivas, con todos sus elementos producidos a mano, o al menos eso dicen los anuncios de Vekker. Sólo gente muy acomodada puede permitírselas. Cambian la eficiencia por el lujo, poco más que cuelgan del casco una invitación para los piratas que diga «Dinero fácil aquí».

Organa sonrió y, al hacerlo, sus ojos parecieron más vivos que nunca, con ese color castaño brillante.

—¿Podrías pilotar una?

Poe se pasó una mano por el pelo.

—Claro. Está diseñada para ser pilotada por una persona, aunque se lleva mejor con dos pilotos. Sin contar, por supuesto, con los sirvientes que el dueño quiera tener a bordo.

—Bien —dijo Leia—. Quiero que la robes.

Poe desvió la mirada desde ella hasta la imagen de la *Gracia de Hevurion* y de vuelta a la general. Le devolvió la sonrisa.

—Claro. ¿Algo más, ya que estoy? ¿Le traigo uno de esos nuevos Nebulon-K, quizá?

—No estoy muy segura de que los Nebulon-K hayan resuelto sus problemas de escudo de combustión —apagó el monitor y su sonrisa desapareció. La broma había terminado.

—¿Qué está pasando aquí, señora?

—Sospechamos que Ro-Kiintor ha estado conspirando con la Primera Orden durante años. Ha retrasado o directamente hecho fracasar mociones que van desde sanciones a aumento de apoyos para la armada republicana. Se ha tomado numerosas vacaciones repentinas y sin planear a localizaciones en la región colchón de los territorios neutrales. Hemos tenido avistamientos del *Gracia de Hevurion* en espacio de la Primera Orden. Se han transferido grandes sumas de dinero a sus cuentas con empresas fantasmas y

compañías externas a través de la CSA. No sólo está metido en la Primera Orden, está metido hasta el cuello, Poe. Puede que tenga acceso a los altos mandos, a Hux, quizás a Snoke —Leia se frotó la sien con el pulgar—. Pero no hemos logrado demostrar nada de todo esto. No hay pruebas sólidas, es todo circunstancial. Y lo hemos intentado, créeme. Ematt envió a sus hombres a bordo del *Gracia de Hevurion* dos veces el año pasado después de uno de los viajes del senador para tratar de acceder al diario de bitácora, el ordenador de navegación, para probar dónde había estado. Las dos veces los archivos habían sido eliminados antes de aterrizar.

—¿Quiere que secuestre a un senador de la República?

Leía pareció alarmada por la sugerencia.

—No, no, eso es justo lo que *no* quiero que hagas. Quiero la nave, quiero ese diario, los datos del ordenador de navegación, todo, antes de que nadie tenga la oportunidad de cubrir sus huellas, ¿entendido? Pero nada de muertes, no quiero que ni el senador ni la tripulación se lleven ni un rasguño si se puede evitar. Y tiene que ser algo que nadie relacione con nosotros. Ro-Kiintor es un traidor, estoy segura, pero hasta que podamos probarlo, sigue siendo un miembro del Senado, y la Resistencia lo honrará como tal. *Tenemos* que hacerlo, o no seríamos mejores que la Primera Orden.

Poe frunció el ceño.

—Sí están eliminando los datos, es casi seguro que lo están haciendo a los pocos minutos de salir del hiperespacio.

—Eso es lo que cree Ematt también.

—Es muy poco tiempo para abordar la nave. Y tiene que hacerse en el espacio, no puede esperar a que el senador haya aterrizado.

—Soy consciente de eso. Soy muy consciente de lo difícil que será esta misión. Por eso te estoy dando la oportunidad de negarte, Poe —Leia se estiró, tomó su mano y se la apretó. Lo miró a los ojos con más seriedad de la que él le había visto nunca—. Esto *no* es una orden. Podría salir muy, muy mal y, si es así, la Resistencia tendría que negar cualquier tipo de implicación. Tú y quienquiera que lleves contigo estaréis solos en esto.

Le soltó la mano y se tiró hacia atrás. Una vez más, despedía un aire de tristeza. Su padre había estado sumido en una melancolía similar tras la muerte de su madre; Poe la veía posarse sobre sus hombros como una sombra, como una manta hecha de ternura y recuerdos y anhelo y pérdida. Leia cargaba con algo del mismo material y, no por primera vez, Poe se preguntó cómo lo había adquirido y, quizá más importante, quién se lo había dejado.

—Voy a necesitar algunas cosas —dijo Poe.

—Antes que nada, esta es una misión voluntaria —les contó Poe a Iolo y Karé—. Si queréis negaros, nadie os lo tendrá en cuenta. Es probable que yo tenga mejor opinión de vosotros si os negáis. Es casi una locura. Es completamente extraoficial.

Karé estiró las largas piernas y cruzó los brazos detrás del cuello, a modo de reposacabezas improvisado. Estaban en la residencia de Poe a bordo del *Eco de Esperanza*, tarde durante las horas nocturnas de la nave, los tres solos con sus droides. Cualquier sentido de formalidad que mantuvieran frente a sus escuadrones había desaparecido por completo.

—Me encanta cuando dice esas cosas —le dijo Karé a Iolo—. Cuando dice esas cosas, se sabe que siempre viene algo bueno.

—No estoy muy seguro de que «bueno» sea la palabra —contestó Iolo.

—Aún no lo hemos oído.

—Y no lo haréis si no me dejáis hablar —protestó Poe.

Karé metió las piernas bajo la silla y se enderezó en el asiento.

—¡Señor, sí, señor, comandante, señor!

Poe rio, se volvió hacia BB-8 y el droide lo tomó como señal para empezar a proyectar la ayuda visual para la reunión desde su lente central. Las imágenes flotaron frente a los tres pilotos, parpadeando de vez en cuando: los planos esquemáticos del *Gracia de Hevurion* y la información de archivo sobre su tripulación y pasajeros, incluyendo a Ro-Kiintor. Karé rio cuando se dio cuenta de a quién estaban mirando y los ojos ya grandes de Iolo se abrieron todavía más. Pero ninguno de los dos puso objeciones, ambos escucharon con atención mientras Poe explicaba la operación, el objetivo y su plan.

—Tenemos poco tiempo —continuó Poe—. Tenemos que arremeter contra la nave justo cuando salga del hiperespacio, inutilizarla, llevarme a bordo, meter al senador y a quienquiera que esté dentro en las cápsulas de escape y alejarlos del navío, reiniciar los motores y salir de allí otra vez. Y tenemos que hacerlo en ocho minutos.

—¿Por qué ocho minutos? —preguntó Iolo.

—Es el tiempo de respuesta de la República al sistema Uvoss —dijo Karé. Poe asintió—. No está en ninguna de las rutas de patrulla y es probable que por eso el senador lo haya estado usando como punto de entrada y salida al hiperespacio en estas excursioncillas.

—Pero lo primero que harán cuando se den cuenta de que están siendo atacados será enviar una señal de socorro —dijo Poe—. El escuadrón republicano más cercano necesitará por lo menos ocho minutos para responder.

—Así que tenemos que habernos esfumado para cuando lleguen —recapituló Iolo.

—Exacto —asintió Poe.

—¿Al menos ocho minutos?

—Mínimo. Podrían tardar más.

—Entonces esperemos que tarden más —dijo Iolo.

Puesto que la misión era secreta, ninguno de ellos usó naves afiliadas a la Resistencia, así que tuvieron que prescindir de sus Ala-X. Tras unos cuantos tejemanejes y el uso juicioso de algunos favores que le debían, Poe se las apañó para adquirir tres antiguos cazacabezas Incom Z-95 para la operación. Los cazas se habían fabricado durante las Guerras Clon y eran considerados, en muchos sentidos, los precursores de la clase Ala-X. Retirados del uso militar oficial desde hacía tiempo, los Z-95 habían terminado dispersándose por la galaxia hasta encontrar nuevos hogares junto a contrabandistas, gánsteres, piratas y cualquier otro que necesitara un caza para hacer negocios, legítimos o no. Si las cosas se iban al garete, al menos nadie podía acusar a Poe, Karé y Iolo de estar usando recursos republicanos o de la Resistencia para su operación no permitida.

Para complicarlo todo aún más, ninguno de los Z-95 era apto para asistencia astromecánica, lo que significaba que todos sus saltos al hiperespacio, hasta el sistema Uvoss y desde él, donde pretendían interceptar al *Gracia de Hevurion*, tenían que estar preprogramados. El lado bueno era que esto significaba que Karé y Iolo ganarían un puñado de segundos para su huida; Poe tendría que confiar en un chip de datos que llevaba consigo para comprimir a la fuerza las coordenadas del salto en el ordenador de navegación del *Gracia de Hevurion* cuando se hubiera hecho con el control de la cabina.

A BB-8 no le gustó la idea de que lo abandonara y comunicó a Poe su descontento.

—Voy a estar sentado en la cabina de un Z-95 con un traje espacial —dijo Poe al droide—, ¿y tú quieres sentarte en mi regazo? Preocúpate menos por que te deje atrás y más por que los misiles de impacto estén cargados con las cabezas explosivas adecuadas, ¿de acuerdo, campeón?

El droide hizo lo que le había pedido, pero Poe tenía la inequívoca sensación de que BB-8 estaba enfurruñado. No había otra forma de describirlo.

—Volveré —le aseguró Poe—. Siempre lo hago.

Habían estado estacionados poco menos de siete horas, flotando en el silencio frío del sistema Uvoss. El motivo por el que la República no patrullaba el área resultaba evidente. De los tres planetas del sistema, dos eran gigantes gaseosos tan enormes que por muy poco no se habían convertido en estrellas por derecho propio. Tenían el tamaño suficiente como para que sus pozos gravitacionales crearan un distintivo aunque menor riesgo para el viaje por el hiperespacio. El tercer planeta era, dicho de forma amable, un trozo de hierro bulboso que zumbaba en una órbita cada vez más apretada alrededor del sol de Uvoss, en sí mismo una estrella amarilla poco destacable. En un par de miles de años más, la roca planetaria se convertiría en una merienda ligera para el sol.

Eso era todo, no había nada más. Sólo el silencio y el frío, y tenían que armarse de paciencia. Poe, Karé y Iolo ni siquiera podían hablar entre ellos, obligados a mantener silencio por radio. Incluso para Poe, que hacía tiempo que había aprendido a mantener a raya el aburrimiento de los viajes estelares y tenía la paciencia requerida para combatirlo,

la espera resultó extenuante en extremo. La cabina del Z-95 era pequeña de por sí —Karé se había quejado sin parar de la falta de espacio para las piernas—, pero sumándole el traje espacial que llevaba, casi no había espacio para moverse. Para ahorrar tiempo, había sellado el traje al despegar, lo que significaba que estaba encerrado por completo, con casco y todo.

Mientras estaba a bordo del caza podía conectarse a los controles ambientales de la nave mediante una manguera en el interior del traje, pero hacía tiempo que el aire que respiraba había empezado a dejarle en la boca un regusto a sudor rancio y a plástico. Poe nunca había deseado tanto en su vida lavarse los dientes.

Se le ocurrió que los tres iban a hacerle al *Gracia de Hevurion* lo mismo que la Primera Orden le había hecho al *Yissira Zyde*.

Una cosa es estar aburrido y ser paciente. Otra cosa muy distinta es estar aburrido, ser paciente y tener que permanecer alerta, y esa era la parte más dura de todas. Los pilotos flotaban, cada uno solo con sus propios pensamientos, batallando contra la inevitable somnolencia, luchando para mantener un ojo en el lugar donde esperaban que Ro-Kiintor reapareciera en el espacio real y el otro en sus controles. Poe estaba tan aburrido que de hecho empezó a contar los bostezos que iba reprimiendo.

En ese momento, los motores de Iolo latieron al encenderse, y Poe supo que el keshiano había visto con su visión especializada lo que Poe y Karé aún no podían ver. Una onda en el tejido del espacio real, quizás, o un incremento en el espectro infrarrojo. Poe arrastró su pesado pulgar enguantado hasta el activador y envolvió el mando con la otra mano, igual de cargada, sintió el Z-95 volver a la vida justo cuando el *Grada de Hevurion* pareció estirarse hasta la realidad desde la nada. La nave no estaba allí y, de repente, sí que estaba; al momento, Iolo y Karé se precipitaban hacia delante en la oscuridad y Poe estaba a su cola, siguiendo su ataque.

Al principio todo salió a pedir de boca.

Como habían predicho, el *Gracia de Hevurion* transmitió su señal de auxilio mientras intentaba virar, momento en el que Poe tecleó en un dispositivo en el brazo del traje. Un temporizador iluminado se hizo visible dentro de su casco, fácil de leer por el rabillo del ojo, contando ocho minutos.

Empezaba la cuenta atrás.

Iolo disparó primero, dos misiles de impacto modificados que surcaron el espacio hacia el yate, con los de Karé persiguiéndolos. El *Gracia de Hevurion* trató de iniciar una maniobra evasiva, se las apañó para disparar su contramedida, una explosión de bengalas diseñada para obligar a los misiles que se acercaban a estallar de manera prematura, pero a pesar de sus esfuerzos, dos misiles atravesaron la defensa. El primero impactó en lo alto de la popa del yate y el segundo detonó cerca, quizás a un kilómetro de la proa. Rayos de energía explotaron y zarcillos azules recorrieron el casco de la nave, danzando y brillando, fluyendo por cada viga del navío.

El *Gracia de Hevurion* se apagó en medio del espacio, con su energía parpadeando mientras la ionización se apoderaba de los controles.

Poe redujo la velocidad, deslizando su caza entre los de Karé y Iolo mientras cada uno se abría a estribor y a babor. Programó el piloto automático, con el morro de su nave apuntando a unos doce metros por debajo del vientre del yate, en línea con el gigante gaseoso que se cernía tras él. Trastabilló con la expulsión rápida sobre su pecho, con dedos torpes dentro de los enormes guantes, el cronómetro todavía en cuenta atrás con más de siete minutos y medio restantes. El *Gracia de Hevurion* se acercaba con rapidez. El arnés que lo rodeaba lo liberó y Poe estrelló el puño izquierdo en el panel de eyección para abrirlo de golpe y alcanzar el asa. Tiró de ella violentamente e incluso a través del casco pudo oír las alarmas de la nave, lo que le llevó a plantearse cuan acertado era abandonar el caza en ese momento, en ese lugar, a esa velocidad. Tiró de nuevo del asa y los rayos explosivos del techo detonaron y lo lanzaron hacia arriba, por encima de la cola del Z-95, y casi con la misma rapidez. Poe sintió cómo resbalaba de su asiento, ligero y sin ataduras, cuando el campo elevador microrrepulsor lo escupió fuera del caza.

Y entonces se encontró en el espacio, todavía impulsado hacia delante por la trayectoria del Z-95, todavía precipitándose hacia el *Gracia de Hevurion* demasiado deprisa. A esa velocidad, una colisión con el casco del yate resultaría fatal, convertiría a Poe en una masa de gelatina dentro del traje espacial. Bajo sus pies, podía ver el Z-95 manteniendo el mismo ritmo, una ilusión óptica que hacía parecer que tanto él como el caza estaban inmóviles y que era el yate el que se acercaba en lugar de lo contrario. El localizador de rango en el HUD de su casco medía la distancia a toda máquina, más rápido que el reloj, cuyos números disminuían inexorables.

Poe esperó todo lo que pudo, más de lo que hubiera debido, antes de activar los jets de maniobrabilidad del traje, la deceleración a plena potencia disparada desde la pechera, las botas y el casco al mismo tiempo. El yate todavía se aproximaba con rapidez y por un momento estuvo a punto de entrar en pánico, cuando creyó que la maniobra no iba a funcionar; pero entonces miró hacia abajo y el Z-95 había desaparecido, y cuando levantó la vista, pudo ver el fulgor de sus motores, ya lejos del *Gracia de Hevurion*, fundiéndose ante el gigante gaseoso. El caza nunca alcanzaría la superficie, reducido a sus componentes básicos por la inmensa presión de la atmósfera del planeta.

Poe chocó contra el yate con tanta fuerza que la cabeza le dio una sacudida hacia delante dentro del casco, tanto que sintió el impacto recorriendo su cuerpo y su aliento formó una capa de condensación en el interior del visor. Notó el sabor de la sangre en la boca. Se revolvió buscando un punto de apoyo y, cuando lo encontró, empezó a tirar de sí mismo, avanzando con las manos a lo largo del casco del yate. La cabeza le pitaba y se sentía incorpóreo. No fue hasta que se le aclaró la visión cuando se dio cuenta de qué había logrado alcanzar el puerto de acceso y ya estaba usando el soplete de fusión de su cinturón para abrir los sellos.

El temporizador marcaba seis minutos cuarentaisiete segundos.

Uno de los Z-95 cruzó su campo de visión y Iolo se hizo visible durante un instante mientras bamboleaba su caza, sacudiendo las alas. Karé cruzó en la dirección opuesta, cada uno volando en una patrulla limitada alrededor de la nave.

El último sello explotó y la escotilla se abrió lo suficiente como para permitir que Poe metiera las manos enguantadas por el agujero. Estaba luchando contra su propia falta de peso tanto como contra el yate, e incluso con los guantes y botas magnetizados pegados al casco, había un límite de cuánta fuerza podía ejercer. Empujó y tiró, y el temporizador había bajado a seis minutos y tres segundos cuando por fin logró abrir la apertura lo suficiente como para meterse dentro. Perdió otros diecisiete segundos volviéndola a sellar tras él. Con la energía del yate inutilizada, los simuladores de gravedad se habían apagado también, y tuvo que tirar de sí mismo con las manos mientras bajaba por la escalerilla hasta el interior propiamente dicho de la nave, con el camino sólo iluminado por el foco reflector de su casco.

Acababa de golpear el fondo cuando las luces y la gravedad se restablecieron. Poe se permitió un instante para agradecer al ser o cosa que protegía a los pilotos estúpidos y temerarios. Sólo unos segundos antes y habría aterrizado de cabeza sobre la cubierta, en cuyo caso con toda probabilidad se habría partido el cuello.

Poe se enderezó y alcanzó la carabina bláster que llevaba atada a la espalda. Dio una palmada al activador de la puerta, levantó el arma a la altura del hombro y activó los altavoces de su traje mientras avanzaba.

—¡Esta nave es ahora propiedad de los chicos de Irving! —los altavoces distorsionaban su voz, haciendo que sonara más droide que humana, amplificada y reverberante.

Obtuvo el resultado deseado.

Tres seres se encontraban de pie en el pasillo cuando Poe apareció. Asumió que uno era el piloto, a juzgar por cómo iba vestido, y los otros, un sirviente y el mismísimo Ro-Kiintor. Todos se volvieron y clavaron los ojos en Poe, oculto tras el traje espacial, completamente sorprendidos por el abordaje. Lo contemplaron con la boca abierta, inmóviles, y Poe sólo pudo imaginar lo que estaban viendo, una figura gigantesca con un abultado traje de presión, con la cara oculta tras el visor tintado del casco, empuñando una carabina bláster, de una pequeñez cómica por comparación.

—¿Sabe quién soy yo? —farfulló el senador—. ¿Cómo se atreve…?

Poe disparó a la cubierta, lo que hizo saltar chispas por el aire.

—¡Mía! —rugió Poe—. ¡Eres buen material! ¡Serás un esclavo estupendo!

El senador palideció y retrocedió hasta esconderse tras su criado.

—Bueno… No nos precipitemos…

—¡Tenéis diez segundos para salir de mi nave! —gritó Poe—. ¡O vosotros también seréis míos!

Disparó a la cubierta una segunda vez para añadirle énfasis.

El senador, el piloto y el sirviente corrieron atropelladamente hacia las cápsulas de escape.

Cuando quedaban tres minutos y veintinueve segundos en el temporizador, todo empezó a torcerse.

Poe estaba en la cabina, con el casco y los guantes tirados sin ceremonias sobre el suelo, el chip de datos con las coordenadas del hiperespacio conectado al ordenador de navegación. Estaba tratando de reiniciar los motores principales del *Gracia de Hevurion* cuando la voz de Iolo sonó a través del comunicador.

—Oh, no.

Sólo eso fue suficiente para que Poe apartara la cabeza de golpe de su trabajo y se pusiera a escudriñar el espacio vacío a través de las ventanas de la cabina. Cabía la posibilidad —una posibilidad mínima— de que hubieran calculado mal y la República hubiera conseguido responder con más velocidad de lo que habían anticipado. Pero incluso mientras lo pensaba, Poe supo que no era así. Los ojos keshianos de Iolo habían visto venir el peligro, pero no a tiempo como para poder hacer algo al respecto y, lo que antes había sido un paisaje vacío, de repente se empezó a llenar con una nave, luego otra y otra más, mientras los transportes iban apareciendo en el espacio real.

—¡La Primera Orden! —gritó Poe a su comunicador—. ¡Saltad! ¡Iolo, Karé, salid de aquí!

Ya había TIE lanzándose desde el vientre de los dos Destructores Estelares, entre ellos un nuevo modelo clase Resurgente. Un escuadrón se desprendió de los amarres junto al Nebulon-K que los acompañaba. Ante sus ojos aparecieron otras embarcaciones más pequeñas, naves de asalto. Las alarmas de proximidad del *Gracia de Hevurion* empezaron a proferir alaridos, y Poe se apresuró a apagar interruptores para restablecer el silencio.

—Comandante, ¿cuál es tu tiempo para el salto?

—Capitana Kun, le he dado una orden.

—Lo siento, no puedo oírte con todos estos cazas TIE que se me están echando encima.

Poe echó un vistazo al cambiante monitor del hiperespacio. El rayo de iones había forzado el reinicio de casi todos los sistemas de abordo y aunque el ordenador de navegación tenía las coordenadas del salto aseguradas, era necesario restablecer el impulsor. Aunque no estaba familiarizado con los controles de vuelo de los yates de clase pináculo, Poe sabía que pasarían al menos noventa segundos antes de que los motores gemelos SoroSuub Hawke de la nave alcanzaran su máxima potencia. Cualquier intento de saltar antes de que eso ocurriera sería en vano; los motivadores de hiperimpulsión del *Gracia de Hevurion* se limitarían a no activar los motores.

—Va a tardar unos cuarenta y cinco segundos —dijo Poe—. Puedo evitar a estas babosas durante ese tiempo.

—Así que un minutó y medio —dijo Iolo. Su tono sonaba resignado—. Comandante, eres mal mentiroso.

—No lo soy —Poe estaba indignado.

—Te los quitaremos de encima —volvía a ser Karé—. Para empezar, ya se lo pones difícil para pegarse a ti.

—Los dos estáis desobedeciendo mis órdenes —mientras hablaba, Poe activó la propulsión de los motores de iones del yate. Al menos *esos* estaban funcionando al máximo—. No penséis que lo voy a olvidar.

—Nos puede someter a un consejo de guerra más tarde, señor —dijo Karé.

A Poe no le llevó mucho tiempo darse cuenta de lo en serio que se estaba tomando la Primera Orden detener al *Gracia de Hevurion*. El primer grupo de TIE, dieciocho de ellos, ignoraron a Iolo y Karé en sus Z-95 sin pausa ni desvío, en una carrera directa hacia Poe y el yate. Los dos TIE a la cabeza habían abierto fuego incluso antes de tenerlo a tiro. Poe dedujo tres cosas de su acción: primero, que los pilotos de esos TIE tenían más entusiasmo que sentido común; segundo, que fuera la que fuera, la información que la Resistencia podía descubrir en los ordenadores del yate valía su peso en oro; y tercero, como resultado del segundo hecho, la Primera Orden se tomaba *muy* en serio evitar que escapara.

Pero esa tenacidad les iba a pasar factura.

A pesar de su reputación de mero crucero de lujo, Poe descubrió que el yate poseía una ligereza sorprendente en sus manos. Cuando activó los propulsores y giró en ángulo, dirigiéndose a uno de los gigantes de gas de Uvoss, la nave saltó hacia delante con una explosión de energía. Su objetivo era poner de por medio todo el espacio posible entre él y las naves capitales; y estas, observó de inmediato, se le estaban acercando, aunque mucho más despacio que los TIE. Estaba convencido de que podía encargarse de los cazas; los deflectores del yate estaban cargados al cien por cien y Poe confiaba lo suficiente en sus habilidades como piloto, y aún más en Iolo y Karé, como para creer que sobreviviría el tiempo suficiente para saltar. Pero esas naves principales eran harina de otro costal, su potencia de ruego era aterradora; un disparo directo de cualquiera de las baterías de turbo-láseres podía convertir al *Gracia de Hevurion* en vapor, y a Poe Dameron con él.

Por ello el gigante gaseoso era en verdad su única opción. Si pudiera acercarse lo suficiente, incluso podría ganar cierta ventaja táctica gracias a la intensa gravedad del planeta. Ese era el plan, pero volar en línea recta permitiría a los TIE volarlo en pedazos, con lo que se encontró dando bandazos para esquivarlos, retorciendo el yate de maneras que estaba seguro que habrían hecho llorar a su dueño.

Los TIE lo siguieron en cuanto acabó de virar, y *ese* fue su error. Iolo y Karé acercaron sus Z-95 en apretados giros de combate corellianos, alineándose con las colas de los cazas de la Primera Orden. En un espacio de veinte segundos, los compañeros de Poe habían reducido la fuerza inicial de dieciocho cazas a nueve, antes de que los TIE restantes detuvieran la persecución, más preocupados por el momento por seguir con vida. Karé se apuntó otros dos tantos mientras se separaban y Iolo se ocupó de uno más.

—Dejad alguno para los demás —bromeó Poe.

—Quien la sigue la consigue —dijo Karé—. ¿Tiempo para el salto? El de verdad, por favor.

El piloto comprobó el metro de carga y calculó mentalmente con rapidez:

—Otros cuarenta segundos.

El rayo de un turbloblástér atravesó el espacio frente a él, un disparo tan brillante y tan cercano que Poe se encogió un poco. Un instante más tarde, el yate empezó a dar sacudidas, tambaleándose mientras los tiros de dos TIE que lo ametrallaban impactaban en la parte superior del casco. La consola se iluminó con varias advertencias, desde la reducción de los reflectores plasta qué se abrochara el arnés de seguridad.

—Una ayudita —pidió Poe.

—Estoy en ello —contestó Iolo, y de repente vio el destello del borde de un ala del Z-95 sobre la cabina y el brillante fulgor de la destrucción de un TIE.

—Ese Resurgente se está acercando rápido —advirtió Karé.

—Vosotros dos tenéis que marcharos, ahora —ordenó Poe.

—Después de ti.

Poe contuvo una maldición. El Destructor Estelar en cuestión era una bestia, capaz de emprender un asalto devastador con sus cañones pesados y sus baterías antinave. En línea recta, navegando a máxima velocidad, podía ser incluso más rápido que los TIE que parecía escupir en oleadas interminables, alimentado como estaba por múltiples y gigantescos impulsores de iones diseñados para propulsar su mole a través del espació. Tenía una cantidad de motores impactante. El lado negativo era, por supuesto, que volar en línea recta a máxima velocidad significaba que se requería una cantidad igual de importante de contrapropulsión para cada maniobra, incluyendo el cambio más mínimo de dirección. Los destructores estelares eran grandes y poderosos, pero sólo el comandante más imprudente los emplearía sacrificando su maniobrabilidad a cambio de su rapidez.

Poe se dio cuenta de que tenía que tomar una decisión. Podía continuar la carrera hacia el gigante gaseoso con la esperanza de que la enorme gravedad del planeta asustara a las naves principales, o…

—Dirigíos al Resurgente —dijo Poe.

—Perdona, ¿cómo? —se sorprendió Karé.

—Un tiro de esos turboláseres y estamos fritos —objetó Iolo.

—Y un tiro de esos turboláseres y los TIE están fritos también.

—A esa distancia, eres vulnerable ante sus rayos tractores…

—Los emisores de rayos de los Resurgentes están en el morro —Poe ya estaba reequilibrando los propulsores de la nave, girándola de nuevo en un tirabuzón y cambiando de dirección—. No os acerquéis desde delante.

—Ah, bueno, eso lo arregla todo —dijo Karé—. Claro, carguemos contra el Destructor Estelar, ¿por qué no? ¿Vienes, Iolo?

—¿Tengo alternativa?

—No —respondió Poe.

Los dos Z-95 se posicionaron junto a su ala de estribor y se escalonaron hacia atrás. La segunda escuadra de TIE aún estaba a una distancia razonable, pero no por mucho tiempo. Poe echó un vistazo fuera de las ventanas y vio una niebla blanca flotando desde el centro del ala de uno de los Z-95, junto con una chispa eléctrica ocasional.

—Iolo, revisa tu babor.

—Sí, lo he visto —dijo Iolo—. No hay mucho que pueda hacer al respecto ahora mismo.

—Podrías marcharte —tanteó Poe.

—¿Y perderme esto? Karé nunca dejaría de restregármelo.

—Eso es verdad —admitió Karé.

—Separaos —ordenó Poe.

Todos conocían la maniobra y la ejecutaron con tanta rapidez que las tres naves se alejaron casi antes de que Poe hubiera acabado de dar la orden. A la cabeza, Poe llevó el yate hacia arriba, trepando y girando, mientras Karé llevaba su Z-95 a babor bajo él y Iolo colocaba su caza en una zambullida en tirabuzón. Los TIE se abrieron una fracción de segundo más tarde, sus disparos pasándolos, inofensivos, y a continuación dividieron la formación; Poe adivinó que al menos la mitad iban a seguir al *Gracia de Hevurion*.

El Resurgente se estaba acercando. Un rayo turboláser detonó a apenas un kilómetro de Poe y sintió el yate temblar mientras aceleraba a través de la energía que se disipaba al poco. En contra de su propio consejo, estaba aproximándose por el morro, con los TIE acercándose desde la derecha y por detrás. La nave dio sacudidas y se estremeció cuando uno de los cazas perseguidores le disparó unos rayos bláster que rebotaron contra el yate. Los escudos parpadearon, pero resistieron.

El *Gracia de Hevurion* no se había construido para el combate, pero eso no significaba que estuviera indefenso. Contaba con una sola torreta de cañón dual, montada sobre el dorsal, cerca de la cola.

Poe se dio cuenta de que era automática. Realizó una caída en picado con el yate y desvió parte de su velocidad reorientándose para apartar la nave de la proa del Resurgente que se abalanzaba sobre él. El movimiento lo acercó a dos de los TIE y Poe pudo imaginarse a los pilotos con sus trajes de vuelo, los pulgares impacientes sobre los gatillos, alineando los disparos. Pulsó el activador de la torreta y notó más que oyó cómo el cañón abría fuego. La salva voló en pedazos los dos TIE más cercanos y desmochó otros dos que los habían estado siguiendo de cerca. Los perseguidores dieron media vuelta para tratar de reabrir un nuevo ángulo de ataque sobre el *Gracia de Hevurion*.

Podía oír el parloteo de Iolo y Karé a través del comunicador, fuego racheado de un lado y del otro, ambos trabajando al unísono. Otro TIE derribado, y otro más. Pero por cada uno que Iolo y Karé destruían, otros tres parecían ocupar su lugar.

—¡Iolo! ¡Cuidado!

—¡No tengo espacio!

—¡A babor, a babor, yo me encargaré de él!

La estática estalló a través del comunicador y siseó, seguida de una fracción de segundo de silencio que se hizo mucho más larga.

Y a continuación, la voz de Iolo.

—… dado, me han dado, pierdo potencia…

—Iolo, salta —ordenó Poe. El clase Resurgente se convirtió en un borrón fuera de la cabina mientras ascendía en espirales, dando marcha atrás hacia la torre de mando—. ¡Ahora!

—¡No voy a dejarte!

Los turboláseres del Resurgente estaban disparando casi sin cesar. El yate volvió a temblar cuando el *Grada de Hevurion* recibió el impacto de otra detonación, esta vez en la popa. Uno de los propulsores de iones parpadeó y vació su carga y, al mismo tiempo, el motor de hiperimpulsión anunció que estaba preparado para iniciar el salto a la velocidad de la luz. Otro rayo detonó tan cerca de la cabina que Poe temió que las ventanas fueran a hacerse añicos.

—Nos vamos todos —anunció Poe—. ¡Retiraos y saltad a la velocidad de la luz!

Tiró de los mandos con tanta fuerza que los simuladores de gravedad del yate hicieron que se golpeara la cabeza contra el asiento. De alguna manera, el clase Resurgente pasó de estar frente a él y más abajo a colocarse detrás, y ascendía con rapidez dando vueltas. Pudo ver los Z-95 tan solo un instante, tratando también de encender los vectores de salto. Ahora que su objetivo se había alejado del Destructor Estelar, los TIE los perseguían de nuevo, el fuego de ataque borroso contra la descarga turboláser de reanudación.

—¡Saltad! ¡Ahora!

El caza de Karé saltó primero, estirándose hasta desaparecer, seguido por Iolo. Poe alcanzó el iniciador de salto, tiró de él suavemente hacia atrás y el *Gracia de Hevurion* retumbó a su alrededor. En ese momento, los TIE, la fragata y el Destructor Estelar, junto con el resto de Uvoss, desaparecieron, remplazados por el remolino hipnótico del túnel de hiperespacio.

Iolo y Karé estaban en el hangar esperándole cuando Poe aterrizó a bordo del *Eco de Esperanza*. Lo observaron mientras bajaba la rampa principal y, por un momento, los tres pilotos se limitaron a mirarse entre sí. Entonces, Karé se echó a reír y lo abrazó, mientras Iolo le daba palmadas en la espalda, y los tres empezaron a hablar a la vez de que *eso* había sido volar y de que Iolo había tenido suerte y de que Karé lo había salvado y de que él la había salvado a ella y de que habían perdido la cuenta de cuántas veces se habían cuidado las espaldas. Rieron al pensar en la Primera Orden tratando de explicarle a Hux o a quienquiera que fuera cómo se las habían apañado para ser humillados por tres pilotos con un yate de lujo y dos Z-95 arcaicos y…

—A Muran le habría encantado verlo —dijo Iolo.

Se volvieron a quedar en silencio por un momento mientras los tres recordaban al amigo ausente.

—Habría estado orgulloso —añadió Karé.

—Sí —contestó Poe—. Lo habría estado.

Más allá de Iolo y Karé, en la entrada del área de estacionamiento, vio a Organa con el droide de protocolo que a menudo la acompañaba. Llamó su atención y Poe asintió y apoyó las manos en los hombros de Iolo y Karé.

—Id a cambiaros —dijo—. Luego brindaremos por Muran.

Leia esperó a que se marcharan antes de acercarse a Poe.

—Trespeó, sube a la nave, por favor, y mira a ver qué puedes sacar de los ordenadores de vuelo.

—Por supuesto, princesa Leia —contestó el droide.

Inclinó la cabeza hacia Poe en una imitación forzada de reconocimiento humano y a continuación subió por la rampa.

Leia miraba a Poe desde abajo, sonriendo apenas.

—Polluelos. Sois todos iguales.

—También tenemos polluelas —dijo Poe.

—Kun es una piloto excepcional, como lo es Arana, por cierto. Pero es poco común que un piloto se enfrente a una fragata y dos destructores estelares y viva para contarlo.

—Las noticias vuelan rápido.

—Sí —asintió Leia—. Lo hacen.

—¿Princesa Leia? —el droide de protocolo la llamó desde la parte superior de la rampa—. Creo que quizá debería ver esto.

—Nunca es nada bueno cuando dice eso —le confió Leia al piloto.

Ya era la mañana siguiente, antes siquiera de que Poe hubiera tenido tiempo de desayunar, cuando descubrió cuánta razón tenía Leia.

Le había costado dormir. Mientras la euforia del éxito de la misión se desvanecía a medida que las horas nocturnas iban transcurriendo, empezó a darle vueltas a pensamientos sombríos y, a decir verdad, deprimentes. Cuando por fin consiguió conciliar el sueño, este fue inquieto y poco satisfactorio y, al despertar, tuvo la sensación de no haber descansado en absoluto.

En cuanto Poe encendió la luz de su habitación, BB-8 se echó a rodar, gorjeando suavemente y dirigiendo la atención de Poe hacia la luz parpadeante de un mensaje en su consola. Era de parte de la general, que le pedía que acudiera a verla de inmediato. Tomándoselo al pie de la letra, se vistió sin molestarse en pasar por el refrescador y se encaminó a su oficina a través del corredor.

Organa lo recibió en la puerta y cerró detrás de él. Sus movimientos eran reflexivos y lentos, como ensimismada en sus propios pensamientos. Apagada en comparación con el día anterior, parecía estar luchando con un profundo dilema personal. Le señaló a Poe una silla, pero ella misma no se sentó, caminando en cambio de un lado a otro de la habitación durante varios segundos, con la barbilla sobre el pecho y el ceño fruncido.

—¿Cómo estás? —preguntó de repente. Le estaba mirando fijamente.

—Me… Me encuentro bien.

Ella arqueó una ceja.

—Lo preguntaré de otra forma: *¿cómo* te sientes? Poe se preguntó si podía ver en su cara los pensamientos que le habían impedido dormir por la noche. Se preguntó, por un momento, si la suya también había sido igual de mala.

—Estoy enfadado —admitió Poe—. Y estoy preocupado. Un miembro del Senado republicano estaba tan metido en la Primera Orden que cuando envió una señal de socorro, *ellos* fueron los que vinieron a tratar de rescatarlo, y no escatimaron recursos para hacerlo: dos destructores estelares y más TIE de los que fui capaz contar. Y puede que supieran que él ya no estaba a bordo, pero puede que no, y aun así querían ver el *Grana de Hevurion* destruido a toda costa. Estaban dispuestos a asesinar a su peón para evitar que nos hiciéramos con esa nave.

Hizo una pausa, temiendo que quizá se había excedido, pero Leia lo escuchaba igual que lo había hecho en Mirrin Prime y, tras un instante, continuó.

—No puedo dejar de pensar que este hombre, Ro-Kiintor, es un *senador*. Está en el corazón de la República. *Nuestra* República. Y es un traidor. Me pregunto cuántos más hay como él, cuántos más están trabajando para la Primera Orden, cuántos más nos han vendido.

—Y aun así sigues creyendo en la República, Poe.

—Por completo, sí —Poe lo dijo sin vacilar—. Recuerde la forma en que mis padres hablaban de la vida bajo el Imperio. Decían que el miedo era como una nube que lo llenaba todo, que era tan espeso que podías… podías respirarlo. Solían decir que antes de la Rebelión… Decían que podías ver la desesperación en los ojos de toda la gente que te encontrabas.

—Esa es la palabra —Leia hablaba casi tanto para sí misma como para Poe—. Falta de esperanza.

—¿Adonde fue? —preguntó. Y la pregunta sonó mucho más importante de lo que pretendía, pero según la hacía estaba pensando en su padre y en su madre, en todo lo que habían sacrificado y en todo por lo que habían luchado. En Leia Organa, una de las últimas supervivientes de Alderaan, de pie frente a él. En todo lo que ella había perdido, tanto lo que Poe sabía como lo que se rumoreaba.

—No lo sé —contestó Leia—. Pero sé que tenemos que encontrarla de nuevo.

Se enderezó, cuadrando los hombros y apretando la barbilla, con la determinación por la que era famosa una vez más completamente visible. Fuera cual fuera su debate interno, había tomado una determinación. Poe la observó mientras la general se volvía hacia su mesa y tecleaba una secuencia en la caja fuerte alojada en una de las patas. Un cajón se abrió y de él extrajo un chip de datos, alargado y tintado de azul.

—Hemos conseguido mucha información de los ordenadores de a bordo del *Gracia de Hevurion* —dijo Leia, contemplando el chip—. Una plétora de información. Pero

había algo más, algo que… puede que a otros se les haya pasado por alto. La pieza de un puzzle que he tratado de resolver… durante largo tiempo.

Depositó el chip de datos en la mano de Poe.

—Creo que la Primera Orden también está intentando resolverlo, Poe. Tenemos que lograrlo antes que ellos. Tenemos que *encontrarlo* primero.

—¿A quién?

—A Lor San Tekka.

—Lor San Tekka —repitió Poe—. ¿Por qué la Primera Orden tendría tanto interés por encontrarlo?

—Creen que sabe algo. Yo también espero que sea así —Leia tomó su mano y cerró sus dedos alrededor del chip de datos. Le miró a los ojos—. Espero que Lor San Tekka sepa dónde encontrar a mi hermano, Poe. Y bien puede que Luke Skywalker sea nuestra única esperanza.

GREG RUCKA

Greg Rucka es un escritor galardonado y supervenías del *New York Times*, autor de cientos de cómics y más de una veintena de novelas. Vive en Portland, Oregon, junto con su mujer, la autora Jennifer Van Meter, y sus dos hijos, Elliot and Dashiell. Visitó una galaxia muy, muy lejana por primera vez cuando tenía siete años. Aún no ha regresado.

PHIL NOTO

Phil Noto comenzó su carrera en Walt Disney Feature Animation, donde trabajó en películas como *El rey León*, *Pocahontas*, *El jorobado de Notre Dame*, *Mulán* y *Lilo y Stich*. En 2001, Phil se estrenó en el mundo del cómic como autor de las cubiertas del cómic de DC *Birds of Prey*. Desde entonces ha trabajado en numerosos proyectos, como *Danger Girl*, *Jonah Hex*, *Los vengadores*, *Uncanny X-Force*, *X-23*, *The Infinite Horizon* y más recientemente en *Black Widow* de Marvel.